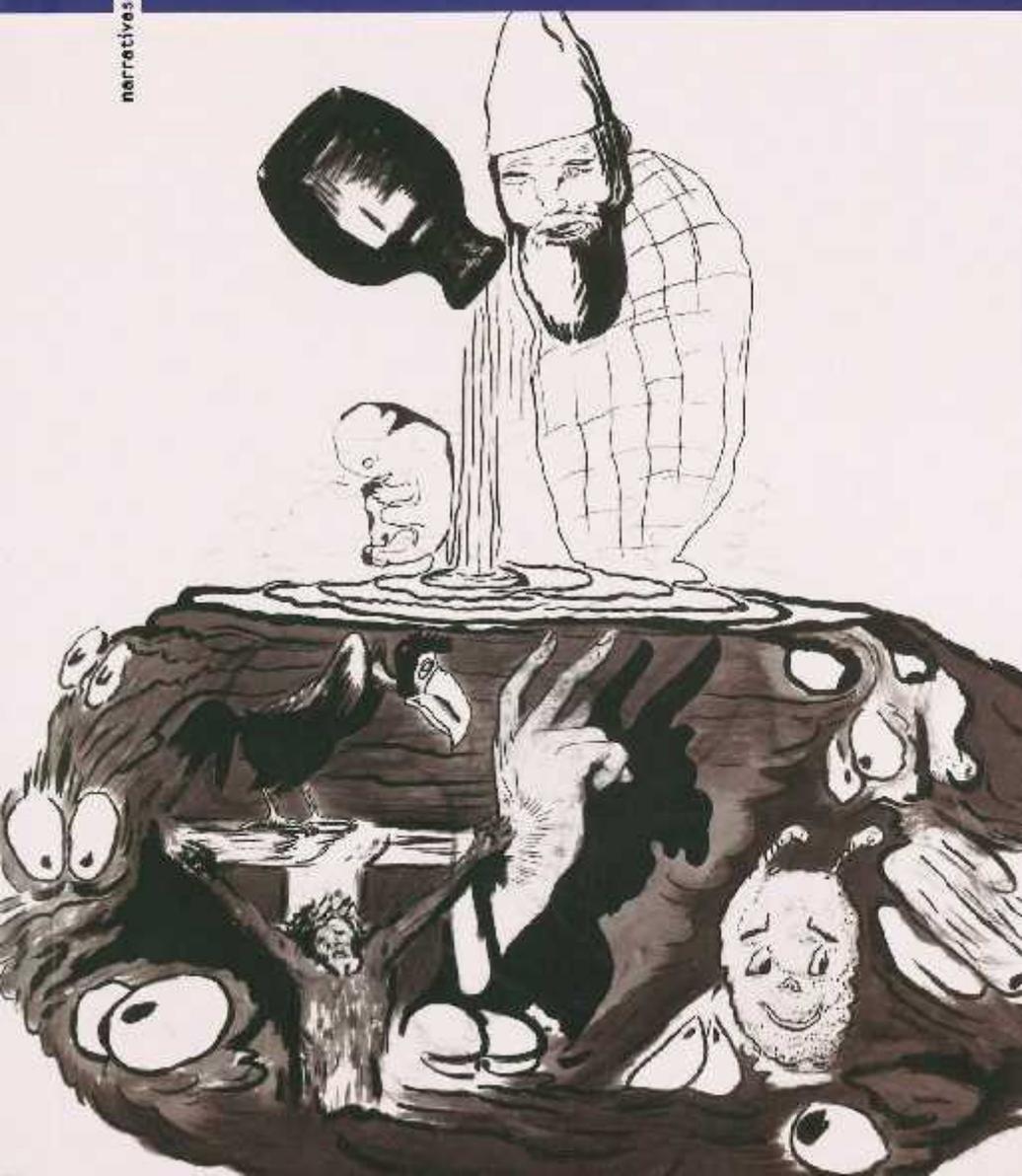


YAKARTA

RODRIGO
MÁRQUEZ TIZANO

narrativesextopiso



Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright © Rodrigo Márquez Tizano

Primera edición: 2016

Ilustración de portada:

© Daniel Guzmán

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2016

París 35-A

Colonia del Carmen, Coyoacán

04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.

c/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda

28014, Madrid, España.

www.sextopiso.mx

Diseño

ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación

QUINTA DEL AGUA EDICIONES

ISBN 978-607-9436-31-5

Impreso en México

A Paula

Thought I heard a dog barking.

It's possible. The simplest basic units develop
into the richest natural patterns.

DONALD BARTHELME

1.

Voy a reunirme con los muchachos. A indagar en los túneles: la piedra lo exige así. Es opaca y lisa como las lenguas de los perros que encontrábamos camino a Arroyo Muerto. Clara se concentra frente a ella cada día. En respuesta, la piedra emite una luz rosácea que poco a poco va alumbrando el interior de los animales. Hace de su frente un prisma, luego se dilata. Los animales también se hinchan: por dentro son todos iguales. Como cavernas. Las púas de luz rosa salen despedidas de la superficie de la piedra y se parten en cuatro casi siempre. Son estalactitas luminosas: clavan sus filos en las cuatro esquinas del cuarto, donde hay casi nada. Una vasija, un perro, dos monedas. Puntitos dibujados en rojo y azul sobre muro pelado. Tuve una maestra en quinto grado, una monja arrugada como sólo se arrugan las monjas, los bauchers y las franjas sísmicas. Daba geografía o casi. A falta de nuevos territorios terminaba por enredarse hablando sobre el alma. Mejor: nombraba países y nosotros devolvíamos capitales. Luego se largaba a hablarnos de la vida después de la vida y sobre lo que ocurre con los suicidas cuando se suspenden.

2.

Las grandes viruelas, tifos, fiebres, pestes, disenterías, tuberculosis y malarias han sido transmitidas por insectos. Uno se descompone y otro lo afilia: entonces comienza el derrumbe. Es una posibilidad entre tantas. Basta un malfuncionamiento,

una desatención si quiere verse de ese modo. Después no hay marcha atrás. Durante los primeros meses la Secretaría de Sanidad, Servicios Sociales y Salud Pública se empeñó en incriminar a las ratas, pero fue sólo a través de sus parásitos que los hombres nos volvimos vulnerables. Es cierto que las hembras infectadas se comportaban de manera violenta y apuntaban a los tobillos. Es cierto también: sus primeras víctimas fueron los niños. Pasaban horas en el charco y sus hábitos los convirtieron en presas fáciles. Correteaban sabandijas, les aventaban basura, cascos de cerveza, rocas. Durante las largas caminatas de reconocimiento reportamos a la central decenas de pequeños cadáveres sembrados por la costa. Quedaban entre los peñascos o medio ocultos por la arena hasta que comenzaban a oler. Tardaban menos en morir que las ratas y menos aún en descomponerse. Yo no me sacaba de la cabeza que, apreciados desde cierta distancia, quizá adulterados los sentidos por la escafandra, los textiles aislantes y la sensación de pánico, eran tantísimas aquellas similitudes entre sus cuerpos y los de los perros atropellados que metíamos en bolsas de basura cuando chicos. Morgan le tomaba el pulso a los cadáveres y se limitaba a llenar formas. Yo los etiquetaba con una rotuladora. Pegaba las marcas alrededor de los dedos gordos, cuando tenían dedos gordos, o en lo que quedara, en el apéndice mejor conservado. Era trabajo para sepultureros de ocasión: talacheros lóbregos con jumpers en flúor, un trabajo de mierda, mal pagado y peor gamado, aunque tal obviedad no nos impedía ejercerlo con la indolencia habitual de los subalternos. Tampoco estábamos autorizados para levantar los cuerpos y en cuanto hallábamos un muertito había que dar parte a la oficina. Las operadoras llenaban entonces otras fichas extensas, repletas de subapartados y alveolos con especificaciones técnicas y otras no tanto para requerir al Ministerio Público la inspección de modo que, una vez comprobado por el perito en turno que efectivamente había muerto el nene a causa del mal y no de, digamos, un resfriado común, podíamos solicitar al agente del Registro Civil que enviara la ambulancia para trans-

portar el cuerpo a los laboratorios. Un método a prueba de ocurrencias. ¿Habría sido más efectivo tomar una pala y peinar el litoral sin preocuparse más que de llenar el cajón con cuerpos? Al principio, tal vez. Pero había que seguir un orden, incluso entre las montañas de basura y carne. Sin orden, sobrevivir se convierte en un negocio complicado. Aquellos primeros días se subcontrató a una tanda nueva de operadoras, más por precaución que por abastecer el triple turno. Temiéndose lo peor, algunos padres proporcionaban por adelantado el santo y seña de sus criaturas, mientras que otros tantos, quizá no los padres sino sus vecinos, colmaban las líneas para quejarse porque las criaturas de los demás despedían un hedor insoportable, sólo comparable al del charco en verano. Luego las llamadas fueron disminuyendo, los sardos evacuaron la ciudad y a nosotros nos sumieron en los túneles. Ahí aprendieron a respetarnos. O nos tildaron de abandonados, al menos, sin mayor ambición que la de contraer la enfermedad. Empezó todo de esa manera, si empezó: entramos a la tierra y el mal se propagó en silencio. Los parásitos venían del interior. Sorbían la rata enferma hasta disolverla y más tarde abandonaban el cadáver para dirigirse a otras ratas o a los hombres.

3.

La pelota pica justo por encima del zuncho. Un palmito apenas pero es buena. No preciso verificarlo. Son cosas que se aprenden con los años. Puedo reconocer la trayectoria del cuero, el haz de calor que mapea a setecientos cuarenta y cinco kilómetros por hora según el velocímetro integrado en la parte inferior de la pantalla. Tras una jugada compuesta de doce tiros sencillos y veinte carambolas, el match termina a favor de los colorados. Con el marcador tablas nadie esperaba un tiro de esa naturaleza, ni siquiera los vencedores, recién ascendidos a la máxima categoría y clasificados por la porcentual como flojitos en los últimos tercios. Natural habría sido

depositar la pelota con suavidad sobre la contracancha, un toque apenas, cortada con efecto para exigir al rival a descomponer su formación tras un par de obligadas. Pero el disparo surgió como una bengala desde la ajaka del forward colorado, y si acaso Yaguatí IX fue capaz de prever el movimiento en algún punto, o pronosticar al menos la intención del contrario cuando lo vio torcer el cuerpo hasta terminar desparramado sobre la duela, zanca de apoyo a cuarenta y cinco grados para dibujar un arco largo y tenso con la zurda, mi contrincante no. Solicita, pues, escrutinio: identificado con el folio 56148 y en lazo desde algún lugar del Curumbay Alto. El corredor consciente y demoran sólo una fracción de segundo en aparecer los distintos ángulos y velocidades de repetición disponibles. Dos milímetros sobre la franja luminosa que señala el linde del frontis: una marca de poliéster salta en la zona franca durante la posterior revisión ultravioleta. Todo en centésimas. Justo después asoman las estadísticas del partido a detalle y se suman al resto de datos acumulados en una cascada sin orden aparente bajo el extremo derecho de la pantalla, encima de mi cuenta, que por el trasiego de los adicionales ganados o perdidos en muy diversas apuestas de menores montos no detiene nunca sus decimales. Tras el fallo se adicionan los créditos correspondientes. Ahí el orden, que no el éxito. Se puede postergar la derrota, al menos. Tensar la cuerda hasta que no quede otra sino caminar sobre ella, con la cacerola al toque, presta para el desbarranque. Y así lo intento: por intentar no quedará. La abuela nos aconsejaba a sus nietecitos economizar el campo de visión y emplear sólo los recuentos de los últimos veinte matches. De todos modos, decía, aunque la esperanza de vida tipo de cada jugador puede variar según la constructora, no debe sobrepasar la media de treinta duelos por vakapitari, cuando mucho y en caso de asegurar una racha ganadora que les permita mantenerse. Al menos en lo mecánico pudo llevar razón la abuela. Entonces se utilizaban carburadores a dos tiempos en lugar de inyección multipunto y vapor de aceite para calibrar los propulsores del bote. Hoy un pelotero con

buenos implantes y mantenimiento regular puede conservarse hasta diez años arriba. Los números, sin embargo, han estado siempre ahí, antes que cualquier cacharro. Es algo que la abuela nunca se dio la oportunidad de advertir. Sobra decir que murió en calidad de morosa ante la Secretaría de Caos y Azar. Desde entonces un porcentaje de mis hipotéticas ganancias ha quedado destinado a saldar su mal juicio.

4.

Clara frente a la piedra, yo observo. Tiene la cara cubierta de lagañas. Se descubre ahora un ventilador que revuelve el aire caliente encima de nosotros. Tuc tuc tuc. La vasija sobre una mesa, las monedas regadas a su alrededor, el perro superpuesto, en transparencia. Todo pasa a un plano secundario de la piedra. Es bien sabido que las lagañas cristalizan con mayor rapidez entre más lejos queden del lagrimal. Se trata de una condición química. Polvo y células muertas. Van desprendiéndose de nosotros y pocas veces sucede al revés. Ninguno se pregunta por ellas una vez que el cuerpo se levanta. Sirven para expulsar lo que el organismo no admite. A pesar de los resultados arrojados por ciertos estudios dedicados a establecer un vínculo directo entre los ciclos nocturnos y su mediación en las secreciones del cuerpo, es imposible rastrear el contenido de un sueño a partir de las formas que de él se desprenden. A veces sobreviven a las horas. Los rezagos apuntan diminutas vergüenzas, descuidos, falta de higiene. Helguera mantenía bajo su papelería un muestrario de lagañas. Había de todas formas y tamaños, un catálogo colgante de piedritas oscurecidas. La Pájara Helguera y su colección de estalactitas. El Chapparro Zermeño y su repertorio de encueradas. Morgan, Morgan, Morgan, ¿qué juntaba? Pienso en todo esto. Formo apenas la idea de un eslabón, a caballo entre los remanentes del sueño y la imagen de Clara frente a la piedra. Una descarga. Otra. Clara, exhausta, sume la cara entre las rodillas, tan flacas. Se

queda así unos minutos hasta que alza la mollera de un tirón y las imágenes comienzan a formarse.

5.

Nuestra escuela era parte de una beneficencia religiosa que operaba numerosos internados y colegios en el estado. Además de sus diligencias educativas, la operadora escolar se encargaba de organizar colectas y obras para la asistencia de aquellos que la directora, una morsa centenaria, solía llamar sin dolo los más necesitados. Alguna vez le pregunté a la abuela qué era lo que necesitaba esa gente. Muchas cosas. Comida, abrigo, casa. Todo mundo necesita algo. ¿Hasta nosotros? En especial nosotros. No podía sacarme de la cabeza el eco brusco de aquella repentina necesidad. Cada mañana, en cuanto el timbre del despertador me regresaba a flote, chancleteaba por el malecón rumbo al colegio y pensaba en la sonoridad del terminajo, la distancia entre sus sílabas, esa terminación pusilánime y nasal: iba ya rumiando su estruendo fofo sobre el adoquín del rompeolas, desde que el filo del tungsteno despuntaba al oriente y una procesión de voluntades enclenques, con la comprensión aún depositada en el radio de pilas donde escuchábamos los matches de pelota, o en el programa de preguntas y respuestas televisado cada noche anterior, marchaba encogida como rumbo al matadero, las pupilas abisagradas en el muelle donde germinaban síntomas vegetales de distintos tonos, tan parecidos a nosotros, proyectos de sargazo chaparros por la sal y el viento que no echaban en falta acodo ni estaca para invadir el litoral con su incorrección, pero más pensaba, porque no quedaba otro pasatiempo en el rango emocional que ése, cuando la marea de cabecitas untadas en gel y con olor a jabón de barra me arrastraba hasta el interior de un edificio capturado por el moho, un caserón a punto del derrumbe que algún cura probo y su corte de profesas habían llenado de ábacos, espiros y pupitres: uno sobre otro, papeleras, banquitos, paletas, es-

taciones de trabajo, todas mínimas y vandalizadas a pequeña escala con tijeras de punta roma, compases y tinta colorada, pupitres llenos de mensajes y frases amenazantes, apodos, declaraciones de amor, fórmulas matemáticas, fórmulas de odio, una sobre otra también, no anulándose sino formando capas de mensaje, cada uno engullendo y amplificando al otro, más recados y ecuaciones, variables por despejar, medidas de física discontinuadas o pertenecientes a sistemas extranjeros, pupitres sobre pupitres, niños sobre niños, hasta que la masa entera, la colección completa de objetos se hacía acreedora al nombre de colegio. Un colegio de necesitados. Pensaba en ello: en cómo sólo algunos son catalogados de tal forma a pesar de que, sin excepción, nos componemos de necesidades: sujetos de necesidades por completo, y éstas no tienen por qué ser aisladas o específicas ni mucho menos, sino que van construyendo sociedades hasta volverse una red de necesidades idéntica a la de los sistemas óseo o muscular, que de manera independiente pueden distinguirse como objetos de estudio dentro de la anatomía descriptiva y ocupar, según su función, zona, tejido o profundidad, un lugar en la clasificación, cierto, pero que en plena labor, en el accionar del cuerpo, en el día a día del cuerpo, exigen formar parte de un todo para justificar su existencia: igual sucede con esta necesidad: no provocada por unos a otros y menos aún de unos por otros, sino de algo, cualquier cosa, y esta cosa, cualquiera que sea, habrá de originar tantas otras, no sólo en un conteo sumario, sino anulándose una a otra, pues llegado el momento las necesidades recién adquiridas perfectamente pueden alinearse en contra de las que ya han sido asimiladas con anterioridad. Las monjas entretanto, formadas de acuerdo a su rango y complexión, nos miraban desfilar por estaturas a lo largo del patio mientras dedicaban sus fanales gastados a inspeccionar el largo de las cabelleras, los botones sin hilos sueltos, la grasa pulida de los choclos, siempre antes del primer rezo del día, como los pájaros de carroña que, sin molestarse en vigilar la fracción visible de su propia necesidad, son capaces de calcular la vida sobrante de sus futuras presas.

6.

Esta ciudad tiene dos grandes enemigos: la pelota y su industria. No faltará quien se atreva a asegurar que apuesta y pelota son la misma cosa, que ambas poseen un origen en común, son indivisibles en la práctica, y por tanto, es una necedad tratar de entenderlas por separado, incluso cuando su naturaleza aliada adeude más a la casualidad que a una justa ponderación entre desempeño, resultados y utilidad. Dijeron entonces que el interés amainaría de a poco hasta desaparecer cuando la Secretaría de Caos y Azar mudó a los grandes teams y sus millones a la capital bajo el incontestable lema de «regularizar la situación hacendaria y barrer el gansterismo que ha secuestrado con malas artes la cultura popular y el patrimonio inmaterial de nuestra nación». Todo lo contrario: con el dinero apartado del hervidero local pudimos al fin dilapidarnos sin intermediarios, eludiendo de paso el alto impuesto que la municipalidad y sus padrotes, siempre al corriente de los usos y costumbres pecheros, tuvieron a mal imponer hace tanto. Es decir: el dinero, que iba a perderse lo mismo, pasó a perderse de manera más organizada.

7.

A veces Clara pregunta sobre mis tiempos en la brigada y cuestiona las dosis y el método. Pregunta y mira al vacío, a la piedra, de vuelta hasta su ombligo. Arrastra la vista por donde estoy pero pasa de largo, como si no estuviera ahí o se encontrara ante un reflejo mío tintineando a través de la onda de luz, pródida de imágenes. Yo sé que el vacío es otra cosa. Músculo, cartílago, flema, sangre. Algo que a veces nos ocupa sin pertenecerle o pertenecernos del todo. Lo que se pudre cuando el cuerpo deja de servir. Y entonces me hurgo en los bolsillos y encuentro cuatro pedazos de metal que suman seis si contamos los dos que descansan sobre la mesa, junto a la vasija china que

podría no serlo (no hay dragones o gatos dorados que agiten la pata, ni siquiera un ideograma, y eso, se sabe bien, es China): exacto, podría no serlo, salvo por el hecho de que hoy en día todo tiene su origen en China y las probabilidades de que esta vasija también haya sido maquilada en China son muy altas. Sobre la vasija un perro. O al mismo tiempo: no es posible pensar en uno sin que la visión del otro se traslape. Todo es dependiente de algo, dice Clara con la cabeza, agitándola en círculos suaves. Y luego de algo más.

8.

Cualquiera que haya puesto un pie en un frontón sabe que el verdadero combustible de la afición son los números. Sus implicaciones y rupturas, la posibilidad de encomendarse a un orden compuesto por encuentros inesperados. Miren, larvitas: el frontón como tal no existe más, pero la pelota es inmortal. Nos sobrevive, igual que el bicho. Estuvo antes y estará. También el dinero, desde siempre, es inmortal en su promesa: la sonoridad del dinero y su habla disonante, porque en el largo corredor que mediaba entre grada y enlosado se especulaba a bramidos de pecho entero con cantidades que nunca iban a palpase pero igual retumbaban entre los tres muros y de vuelta, sobre el gentío y la humareda, sobre las papeletas arrugadas y los jaiboles a medio vuelo, porque así se usó desde siempre y también desde entonces el dinero ha sido poco menos que la tercera consecuencia, mal necesario para apremiar el vicio del azar. Al fin y al cabo, sólo sostenido por el misterio de la estocástica es que el asombro por el juego ha mantenido su brillo intacto, porque sin ser la misma cosa ni venir del mismo sitio, ambas fracciones han terminado por depender una de la otra con tal de hacer frente a esta irremediable y cansina voluntad de superación que nos corroe el gazarate. La palabra progreso es de uso común en el charco y su presencia en nuestro lema y escudo no es casualidad. Por igual da vida a puentes y ríos

y puertos y hasta mares, que a arengas y discursos atildados, que presta su maña esdrújula al ancestral rito de la inauguración de obras públicas, pues es de hombres con visión certera orientar esa misma certidumbre en el futuro y las bonanzas que supuestamente han de venir con él, nunca en el cochino pasado que siempre por ser pasado —o por haber estado bajo los designios de otra administración, da igual— ya es intratable: colocar la primera piedra mirando al horizonte, cortar el listón como quien separa dos mundos de un filetazo, sacarse la foto rodeado de gaitas tuneadas y doñas en plastipiel que rondará las portadas de los tabloides en sucesivos días sin importar, dato menor y ciertamente omisible, que el cemento aún no cuaje, haya varilla suelta, el equipo de cardiología siga detenido en la frontera, o el ala tal del pabellón aquel se bocete en polines de segunda y bastidores que no conocerán volumen alguno: con estas formalidades, entrañables conciudadanos, y pensando en el bien común que este gesto representa para todos nosotros y las generaciones venideras, queda inaugurado oficialmente el Hospital Progreso o la Avenida Progreso o el Bulevar Progreso o la Unidad Ampliación Progreso. Y lluvia de flashes. Por otro lado, Progreso figura también, y a nadie ha de extrañarle, como uno de los nombres propios más explotados en el Registro Civil. Luego de Juanes, acá hay más Progresos que otra cosa. Esta en verdad es la tierra de la pelota y sus desdichas. No lo digo yo: basta con preguntarle a cualquier Juan Progreso, digamos Pérez de apellido, al primero que la calle nos regale, para comprobarlo. Dirá: antes se juega que se come. En otros tiempos, aun terciando bicho, hambruna o plagas, no había fin de semana en que los trinquetes de la costa, desde Las Huertas hasta San Martín Jagua, dejaran de colgar el cartel de entradas agotadas. Las grandes ciudades contaban con un elenco fijo, adobado por la pléyade de vakapitaris extranjeros en gira y cuyo brillo componía la mayor parte de los carteles. En el interior la mecánica era otra: cuando el partido ameritaba, ya por la calidad de los jugadores o porque el ardor vecinal así lo exigía, pueblos enteros se movilizaban en pese-

ros rentados para la ocasión o bien en caravanas que desfilaban por carreteras terciarias y fangales a medio enguijarrar: así escoltaban a la gloria local hasta el frontón que albergara el duelo, sin importar la distancia o el gasto. Se trataba, dicen, de un asunto de identidad. A día de hoy la identidad es lo último que un vakapizale atiende. O la atiende y la juega, en travesía doble. Es mejor así. No queda más que alinearse con los números. A pesar de todo, sobreviven todavía algunas canchas ilegales, perdidas en localidades tirando al golfo, terrenitos ajenos a las medidas oficiales de la liga en cuyos frontis resquebrajados por los años y el descuido se corren aún apuestas insignificantes, punto simple apenas, morralla que pasa de mano en mano como cualquier cosa con el único propósito de no olvidar el principio. Algo está claro, hay un principio: tarde o temprano, todos terminan por perder. Es la curva del juego. Una línea oval. Y eso no lo compone ni el progreso. Quien diga que juega para ganar sólo alimenta la naturaleza de la pérdida.

9.

Me acuerdo de un comienzo de año. La piedra también se acuerda. Aquel verano, durante las vacaciones, una novicia se había quitado la vida en la capilla de la secundaria. Nos enteramos por Zermeño, que se robaba los ejemplares de *La Voz del Puerto* abandonados por los clientes en la peluquería de su padre y al día siguiente, durante el descanso, revendía los pósters donde figuraban, remosqueadas y a doble página, las encueradas de diario. Era su negocio. Todos teníamos uno. El mío consistía en pasar desapercibido igual que una grieta en la pared. Zermeño, en cambio, traficaba con pornografía de voceador y a veces tenía el detalle de filtrar, sin enterarse, información de un mundo insólito a través de aquellas páginas de un papel tan corriente que a trasluz confundían letras, clasificados y puchas. Por mi parte, los lunes entregaba a Zermeño una porción notable del dinero que le trincaba a mi abuela.

A cambio recibía los resultados de la jornada y los cromos de los vakapitaris que solían acompañar la edición dominical. Me acuerdo bien: era inicio de año pero fin del verano, esa contradicción triste que aprendimos a consentir con el tiempo. Apenas sonó la primera chicharra del curso, Zermeño sacó de su mochila la plana policiaca y se formó una bola alrededor. La noticia era una más entre muchas otras líneas dedicadas a los ahogados de rutina, que a falta de bicho o sucesos más emocionantes indigestaban el diario a ocho columnas. Ahogados, reportes del clima y esquelas: ahí el núcleo duro del nuevo periodismo charqueño. Zermeño leyó el artículo completo en voz alta, gangosa y con prisa, pero bajo el cuerpo de la nota faltaba la foto de la monja muerta. Estaba la fachada de la casona con un enorme moño negro, el escudo de la escuela, el asta bandera, las cubetas de cemento apañando el paso, el vigilante fumando el cuarto cigarro de la mañana, pero no la monja, ni siquiera el féretro. Habrán tomado la foto un sábado temprano o poco antes del mediodía. Siempre me pareció raro ese detalle, que el fotógrafo no se preocupara por conseguir un primer plano de la muerta. No hay que tener escaño en el CONATYC para saber que los lectores prefieren siempre los cadáveres a las piedras.

10.

El bicho. Cada dos o tres décadas más o menos, reaparece. A veces puede demorar hasta medio siglo y otras se adelanta. Tiene muchas maneras de manifestarse y por eso en esta ciudad nunca se han podido tomar las medidas adecuadas para hacerle frente. De una sola cosa estamos seguros: no hay modo en que se alivie esta suerte. Y eso que, uno ha de entenderlo así, no pretende tanto la suerte dañar como asombrarnos. La piedra chupa la luz de la habitación. Desde hace días se comporta distinto. Esmalta un tono negro más intenso y eso parece rúbrica de la vida que comienza a gestarse en su interior.

A esta existencia íntima e intangible la monja podía llamarle de tantas formas: espíritu, sustancia, esencia, psique, psiquis, sensibilidad, sentimiento, voluntad, inteligencia, imaginación, memoria, conciencia, comprensión, entendimiento, vida interior. Yo creo que es todo menos eso. Es lo que sobra. Lo que nadie quiere llevarse. Clara tampoco cree en esa clase de supersticiones. Pero ahora sospecha que de haber nacido con esa vida íntima e intangible, ya no le pertenecería. En caso de que pudiera palpase y por tanto ingresar en las anchuras mercantiles de la compraventa, alguien se la habría llevado lejos hace mucho. Ahora cree haber encontrado algo: lo primero que vale la pena. Yo pienso lo mismo pero no lo digo. Ella y la piedra, en cambio, parecen seguras. Sí dije: los tesoros no se buscan, llegan a ti o no llegan o acaso te convences de que alguna vez llegarán y un buen día descubres un cofre o la cruz marcada en la superficie de un pergamino arenoso: una señal, la suposición de una señal que te hace especular un cambio de suerte o aires, pero al final, tanto cisque y tanto tiempo echado al botadero terminan por convencerte de que es mejor desencantarse de antemano, perder en automático, creer que el tesoro se revelará en trampa o truco, tarde o temprano y de ningún otro modo: por consiguiente ese tesoro, el envoltorio del tesoro, su esperanza, digamos, ha de quedarse esperando bajo llave o tras un capelo, porque es más fácil sentir que uno puede hacerse responsable de su propia frustración, elegir no abrirlo, poder elegir al fin, y de ahí en adelante acostumbrarse a la frustración, o darle al menos trato de asunto conocido, de sistema métrico, de transformador de voltaje, todo antes de acabar pisoteado por la certeza de que ahí dentro no hay más que nada, mil pedazos de nada. Y Clara, pobre, es casi nada aunque en una sola pieza. Luce muy madreada. Apenas le quedan fuerzas. No sonrío pero muestra las encías: ¡qué dientes blancos y alineados! Se le notan más porque casi no tiene ya carne. La poca que le cuelga de los brazos parece abreviada en el inventario de la habitación: ventilador, piedra, corpiño: estamos en el ventilador, piedra, corpiño, vasija, perro,

pellejo, monedas. Tuc tuc tuc. El tiempo, los cortes entendidos como tiempo, ya no son una medida útil para ella que tiene todo el tiempo, el suyo y el mío, depositado en la piedra. ¿Habrà crecido además con el paso de los días? Clara disminuye, está claro, y comparándolas podría decir que sí: está en vías de extinción, abandonándose al mineral mientras la piedra parece ya un niño de tres años. Afuera a Clara sólo le queda el hambre. Las manchitas en los dedos, el pelo opaco, algún hilo de saliva colgándole del labio. Es hoy. No dice: agita la cabeza. Hemos dejado de utilizar las palabras salvo para lo innecesario.

11.

Las dependencias oficiales prefieren ceñirse al eslogan: «Frontótico: innovación de la tradición». Esta consigna, defendida por quienes sostienen que pelota, envite y charqueños formamos una trinidad fundamental, considera el puerto como crisol del choque —y eventual fusión— entre tres tradiciones de pelota: la de los nativos, quienes mucho antes del primer desembarco ya utilizaban las caderas para practicar una especie de juego ritual donde una cabeza humana reducida y envuelta en caucho —casi siempre de algún prisionero de guerra— debía atravesar los siete marcadores o arcos de un templo-cancha amurallada; la de los albinos, que en sus ratos de ocio celebraban una versión subterránea de la petanca donde la bola, antes de bordear el couchonette, debía impactar en un tablón a manera de frontis; y finalmente, la de los invasores, que por el uso de paletas y cestas tiene sus influencias más claras en el tiwara nùmda. Las reglas, objetivos y materiales con los que confeccionaban los distintos instrumentos empleados o el uso de una pared para hallar rebote son apenas coincidencias secundarias. En estos pasatiempos, igual que en nuestra particular manera de derrochar los días, el asunto importante pasaba por jugarse el sueldo.

Morgan estuvo callado mucho tiempo, mes y medio o dos. La tristeza lo traía aturdido. Y no me refiero a la expresión cotidiana con la que enfrentaba el mundo, de por sí abatidísima. Los dientes chuecos, amarillentos, aquel sonido tan particular que hacía al lamerse el paladar, como de ventosa, esa lengua partida en dos enlosándole el spleen: no me refiero a eso, naturalmente, sino al otro silencio, proveniente de un sitio muy lejano, contaminado de futuro, casi adulto. Un silencio sólido y corpulento, con una presencia física que variaba según la distribución de las papeleras: a veces bastaba con estar cerca de Morgan para participar, por mera proximidad, de aquella carga tan sórdida, más cercana a los efectos deformatorios ejercidos por un campo gravitacional sobre cierta materia, nosotros, una camada de ratas o una montaña de basura, da igual, que a la propia ausencia del sonido. Era, estoy convencido, una forma de resistencia. De combatir el ruido de afuera. Entre la tira completa, la hora de historia nacional era el terreno ideal para desaparecer del todo. Dictaba clase un sacerdote rancio, cicatero y con aliento a pastís, que por mano derecha calzaba un garfio de pescador. Hablaba entre poco y nada, siempre a gruñidos. Morgan atribuía su mutilación al novecientos diez, capricho de un comandante que hace tanta década, tanto polvo, tanto bicho, cuando sobra decir ni figurábamos, giró la orden de confiscar cualquier imagen, artefacto o instrumento cuyo propósito fuera incitar el culto. Cerraron los templos y dejaron de verse en este terregal copones, custodias y cingulos. A pesar de la precariedad, los fieles seguían arrejuntándose en las plazas con tal de absorber la bendición de los párrocos calados en paisano. Al mes justo llegó de capital una segunda disposición, y antes del amanecer siguiente, la orden entera había pasado por serrucho. A ese evento aún hoy se le conoce como La Noche de los Capullos Mancos, y con éste se inauguraron las hostilidades entre milicia y clero, quienes sin faltar ni un solo día a su promesa de cagarse encima de todo, abonaron los

campos de la región con cadáveres durante poco más de una década. De las crueldades de la época daba fe la abuela, entre sollozos, cada vez que se maltrataba las vísceras a coñacazos: cerraron las albercas de freza, sardos aquí y allá, sangre y más sangre, ni hablar del bicho: a las larvitas nos escondían en los sótanos para instruirnos en el catecismo e iluminadas sólo por la luz de los pocos cirios olvidados, pero eso sí, radiantes bajo la luz verdadera, la luz de la Santa Patrona de las Crisálidas que alumbraba nuestros párpados, estudiábamos la doctrina y memorizábamos los cantos de la oruga: hasta allí llevaban de contrabando tus tatarabuelos a los clérigos, arriesgando la vida, pero qué vida iba a ser aquella, hundida en la oscuridad del alma, ¿no? Un alma que no se transforma, que no sale de su pupa, un alma dormida desperdiciando sus talentos de alma y así, con tal de que la vida fuera al menos el proyecto de su propia liberación, nos instruían en las artes del espíritu, a hurtadillas, como cuatrerros, igual que los antiguos cuando profesaban la fe única bajo tierra, en las catacumbas, perseguidos por quienes luego iban a encausar el rumbo y adoptarían la fe lepidóptera como propia, porque en aquellos días el ejercicio del sagrado ministerio estaba impedido por la brutalidad de los tiempos y sus caudillos, de tal modo que cualquier falta administrativa, pero especialmente aquellas emparentadas con los templos, podían ser sancionadas de muy severa forma. A los niños les apresuraron la hora y se hallaron pronto licenciados como vicarios castrenses o en los campos de agave, arcabuceados, tapados en la jima, predicando la palabra durante sus poquísimas horas de una sombra siempre demasiado corta, con agujeros, en pie de estrago por la legítima defensa del recogimiento y las dignidades principalísimas del creyente, pues tal era su fe y de tal hondura su devoción que preferían caer con la pupa adosada al puño antes que renunciar a elevar el espíritu. A los capullos mancos les llamaron tiempo después los Mártires de San Jacinto y aún es tema de disputa su inclusión al santoral. No todos los bichos, es sabido, vienen de elementos ajenos al hombre. A veces me pregunto qué cla-

se de fruta echada a perder sería la abuela si pudiera ver a los magnetizados deambulando por ahí, hediendo, renqueando, envueltos en esos zarapes color abatí, picando fierros con sus cañas largas y esos detectores tan ruidosos como moribundos, al borde de la oxidación definitiva. Como resulta lógico, el cura del garfio era un reconocido practicante de esa singular pedagogía que abreva a montos iguales de la disciplina castrense y la educación religiosa. No creo necesario mencionar que el asunto de la novicia tampoco consiguió ablandarlo. Igual que cada día, aquel lunes comenzó la lección con el texto sagrado de los antiguos pobladores. En cambio la monja anciana, timbrado mediante, sin haber conseguido el consentimiento de la asociación de padres de familia, sintió la necesidad de remediar esas imágenes que el calor de enero, los silencios, las páginas mal formadas del diario y las horas de ocio habían hecho germinar en nuestros cerebros.

13.

Es importante seguir las instrucciones. Los números quedan ateridos a la mollera un instante, pero si se aborta la conexión sin pausar previamente corren riesgo de mantenerse en la retina por horas, a veces días. Números estáticos, sin implicación posible, como los viejos relojes colgados en los cuarteles de la Brigada o esas alarmas inmóviles y cromadas en los hornos para refinar harinas. Quedan también residuos de cancha y duela, marcas de pelota, partes de los cuerpos. A veces me pregunto si el mosaico de excedentes se genera a partir de cierto orden determinado por la memoria o debe su acomodo a efectos del azar únicamente. Es obvio que las tomas elegidas delatan cierta manera de entender el juego, incluso una noción espacial propia, y que es imposible ver asomar de pronto, entre el stock, una imagen no elegida de antemano, aunque esta elección no se tome de manera consciente. Aun así, de todos los elementos con posibilidad de frizarse, son sólo algunos, muy específicos,

y no otros, los que permanecen. Hoy, por ejemplo, mi último vistazo ha quedado en un fragmento del brazo izquierdo de uno de los vencedores, quizá la articulación, el cóndilo hidráulico del vakapitari que empujó el último tanto desde el fondo, un amplio aumento que de tan detallado hace saltar las fibras de la protuberancia, esa almohadilla viscosa que protege el accionar del húmero y sus ejes de flexión. La pelota está por abandonar la ajaka, con dirección al frontis. Recuerdo o creo recordar la jugada: la posición de la rodilla con respecto al cuerpo, la palanca creada por los cuartos inferiores. Toda acción provino del parado y el sucesivo arqueo. ¿Por qué un codo, entonces? Quizá sólo reparo en ello ahora que los sobrantes se imponen y quedan ahí, en rango, sin más beneficio que el de entorpecer la vista o la memoria. He imaginado también, otras veces, por las similitudes que presentan siempre entre sí las tomas fijas, que los partidos y las maneras disponibles para participar de ellos, los elementos que los componen, son sólo pequeñas variaciones de un solo juego de mayor duración, un juego visto con anterioridad desde distintos ángulos y cuyo propósito no es otro sino alimentar un proceso de infinita recreación. Pienso en esto para olvidarlo justo después. Lo olvido porque he de recordarlo, fugazmente, la próxima vez que me conecte. Poco a poco van disipándose los sobrantes en trazos cada vez más simples hasta convertirse en una sucesión de puntos, hasta que los músculos ciliares se comprimen del todo y es seguro parpadear. El audio tarda más en quedar sincronizado. Apenas escucho voces, murmuraciones que brotan de los cuerpos conectados. Van a quedarse ahí bien quietecitos, los vakapizales. A pesar de las recomendaciones de la Secretaria de Caos y Azar, la media de juego no descende de las trescientas treinta y seis horas por sesión. Alguien cuenta y justo antes de llegar al catorce, se arrepiente. Un negror de cripta disimula la austeridad del pasillo y en desfase va colándose una segunda frecuencia: los rebotes, el chirrín de las alpargatas sobre el sintético chapado, la publicidad de los tiempos muertos, el jingle de la Secreta-

ria de Caos y Azar. El mundo tardará, ya lo sé, unos minutos en normalizarse.

14.

Nunca mencionaba a la novicia pero tampoco hacía falta. Decía: Yakarta. Y nosotros contestábamos: Indonesia. Era una manera de ignorar el resto del temario, olvidarse de nuestros nombres y acostumbrarnos a lidiar con la decepción de saber que allá afuera existe un mundo del que sólo vamos a memorizar las divisiones políticas. Uno debe estar al tanto desde un principio de que no llegará lejos. Y está bien no llegar a ningún lado mientras no te creas mejor que eso. Más vale aprenderlo: la mediocridad es un enemigo invencible. El verdadero peligro se halla al desplomarse por el precipicio del entusiasmo. Políticas del desaliento, materia de cuarto grado, instruye sobre dicho apartado: huir de los entusiastas y los eufóricos como si del bicho se tratara. A nadie debía sorprender que en la misma escuela, dónde más, habitara un peligroso agente del pensamiento mágico: el maestro de carpintería. Se paseaba por el taller a pasos lentos, inspeccionando nuestro trabajo, concediendo sonrisitas complacientes a cambio de viruta. Miraba a cualquier inútil cepillar la madera o afilar el formón con la almendra de agua y no podía contener sus ánimos de aplaudir y pegar un saltito: tienes talento, mentía, no lo desperdicias, estás aprendiendo un oficio digno, una manera de ser alguien en la vida. ¿Sabes cuál era el oficio del padre de San Neuróptero? ¿Tienes idea? Y otro saltito. Entonces, al verlo elevarse del suelo sólo un poco, con los tobillos bien juntos, se apoderaba de mi espalda un escalofrío prolongado, ida y vuelta, y el Gordo Muñoz, masa sin levadura, compañero de estación, todo lonjas y suéter agruyero, miraba atento cómo palidecía hasta volverme transparente, sin atreverse a pronunciar palabra, y yo lo miraba de vuelta y me parecía ridículo allí parado, desinflándose como el resto del lugar, adelgazando, ¡el

Gordo!, volviéndose nada, un jabón disuelto bajo la regadera, montón de nada yéndose por ese agujero negro de la infancia a donde todo va a parar de vez en cuando: el Gordo Muñoz, con las capas de cebo adormecidas y entre sus manos rechonchas y torpes los instrumentos que nunca aprendería a manejar con suficiencia. Pensaba que el profesor de carpintería era un ser retorcido y despreciable, el más cruel que había conocido hasta entonces, porque nada ganaba choreando al Gordo de esa manera, haciéndolo sentir diestro para después mirarlo fracasar sin hacer otra cosa que encogerse de hombros: bueno, desperdiciaste el talento, también ocurre, el talento hay que usarlo y también tiene su chiste saber usarlo: uno puede comprar un kilo de algo, cualquier cosa: carne, digamos, y luego mantenerla en el refrigerador hasta que comience a pudrirse ¿no?, planeas con quién, cuándo, incluso indagas el exacto método de preparación en un antiguo recetario familiar y compras pimientos, cebollas, hierbas, guisas la guarnición y de pronto, sin darte cuenta, el paquete comienza a desprender un tufillo, es decir, no te toma por sorpresa al cien porque es carne y resulta obvio que luego de un tiempo, aunque sea bajo temperaturas heladas, en el ártico incluso, terminará por pudrirse, tarde o temprano la carne se descompone, ¿no? y entre tanto yo sentía la fatiga del aire, escaso y cada vez más viciado de aquel galpón tan justo, como atrapado en una atmósfera extraña: apenas si quedaba algo de oxígeno entre los compañeros en overol y gafas de trabajo, las garlopas alineadas, las gubias, martillos, escoplos, serruchos de punta y costilla, escuadras, gramiles y esa pieza de madera que desde siempre vivió atrapada entre las mordazas de un sargento oxidado, con anillos tan oscuros, laberínticos, de siglos atrás. Pensaba en los vakapitaris del frontón corriendo las diagonales. En Zulaima. En irme lejos. Aquellas imágenes aliviaban la cerrazón. Sigue serruchando, chico. Así, con ritmo. Como si le cantaras a la madera. ¿Escuchas cómo te canta de vuelta? Quién sabe: incluso algún día puede que le pongan tu nombre a una calle.

Avanzo a tientas entre el cablerío en marañas y las estaciones de juego, una al lado de otra, yeso hueco sin apenas espacio que las aisle, yeso y varilla muy fina, probablemente oxidada, como palomares o apartados postales de hace dos o tres bichos, distintos apenas por un número de serie, demasiado justos, sin ventilación, y dentro de cada cubículo adivino, por no escuchar sino el ribete del cuero que aún salta y se machaca contra una pared izquierda de la que ya permanecen sólo escombros y pixeles, la respiración entrecortada de vakapizales de muy distintas edades y condición (aunque por reglamento oficial siempre mayores de catorce) agitándose en pauta con los momios que sólo ellos pueden interpretar, porque allá adentro, tras los antifaces, se advertirán a sí mismos como estimadores puntuales, instruidos, medidos en sus decisiones, catedráticos de grada, cuando a simple vista no pasan de ser subordinados balbuceantes, de pulso medroso, aguijoneados por el antebrazo. Dan asco: voy palpando caras y cuerpos untados de baba para no perderme y terminar acoplado de nuevo, por equivocación, digamos, a una de las muchas terminales que conducen de nuevo al laberinto frontóptico. Otro más tartamudea la cuenta atrás hasta detenerse en el limbo del veinticinco. Sigo a pasos cortos pero en línea recta, guiado por la ubicación de los bultos y el jadeo, cuyo origen es indistinto y podría evidenciar un súbito incremento de créditos o algún intento fallido por desbandarse del paréntesis, vida al fin y al cabo, supervivencia al menos, y percibo también un camino en el hilo halógeno colado desde el fondo, a través de la rendija que una puerta a medio cerrar impone como precinto. Antes de salir les tiro a todos los gandules un vistazo gordo con el rabillo, como compadeciéndolos en general.

16.

Cuando la Secretaría de Sanidad, Servicios Sociales y Salud Pública dio la orden de levantar la cuarentena, no supimos qué hacer con nosotros. Entregamos los trajes de asbesto y a cambio nos devolvieron una ciudad que no era nuestra. Conforme pasaron los días, las vialidades fueron recuperando sus trazos originales y el deterioro siguió su curso. Los muertos fueron reemplazados por inmigrantes y los que salvaron el cuero comenzaron a cobrar las miserables pensiones que la Secretaría de Desarrollo Social y Fomento para la Vivienda dispuso para endulzarlos. Cada hilacho del estambre ciudadano retomó su actividad de a poco: volvieron las viejas al bingo, los abusadores sexuales a los parques, los vakapizales a sus estaciones, se reabrieron caminos, escuelas, iglesias, puteros y en los supermercados pudieron encontrarse otra vez productos importados al triple de su valor. Pero nosotros no hallamos sitio en el nuevo orden. Lejos de borrarlos, la enfermedad había hecho poco menos que dislocar nuestra rutina. Dejé de matar ratas sólo porque desaparecieron. Pienso que de lo contrario seguiría allá abajo, a las ordenes del albino Kovac. Al fin, sin nada qué hacer, me dediqué a vagar por el puerto. Fue entonces cuando apareció Clara.

17.

Hubo suerte, pregunta la albina, y al preguntar lo hace de ida y vuelta. Así no hay modo de evadir. ¿Hubo suerte? No hubo. Bueno, sí: la de siempre. Eso no es suerte, pienso, sino hábito. Ya veo, dice. Ya veo, repite, y mira mi balance crediticio en la computadora sin conceder guiño. Luego sigue acomodando un bonchecito de monografías sobre el mostrador, compuesto por billetes de distintas épocas y denominaciones bajo un cristal verdoso, cuarteado en cinco trayectorias y restaurado por un par de gordas capas de diurex. La albina es dueña de este local

desde que tengo memoria. De ella sólo he visto envejecer las paredes de su papelería. Anda en regla y todo: una licencia rubricada a cuatro tintas y con sellos de inspección al día ocupa el sitio de honor en la pared del fondo, entre el archivo muerto, la fauna desnutrida de peluches, los globos sin helio y un catálogo modesto de celofanes, bonds, albanenes, chinas y cartones, ordenados por tono y gramaje. Me quedo mirando las manos de la albina, como hipnotizado. Cierta maña tiene para barajar las tarjetas impresas con torpeza: veo pasar entre sus manos un raudal de perfiles numismáticos, patillas, galones, bandas, tricornos. Desde la banqueta nos mira un hombre de nariz recta y aletuda, la coronilla a medio pelar y un tupé cosido al coco por el borde de las sienes, lo que le otorga un aspecto de prócer, pienso, instigado también en buena medida por el manoteo de la albina, esa pericia de médium que ha conseguido materializar alguna efeméride trasnochada de nuestra gran nación, siempre dispuesta a convertir la miseria en acto oficial. Este hombre es el primero en la fila, que llegará a media manzana. Socios oficiales y estaciones sobran. Tres por ciudadano en edad de votar, según el último informe de Gobierno. Aun así la gente tiene sus preferencias y manías. Este centro de juego, por ejemplo, tiene fama de dispendioso, aunque la condición abacial de los muros y la alfombra que parece no haber sido aspirada nunca sugieran lo opuesto. El hombre espera instrucciones mientras se soba la barbilla con el dorso de la mano, un gesto tieso y suplicante, deudor de su condición. Ha de preguntarse, lógico, por qué si desconecté no me largo de una chingada vez. La albina lo mira con sus ojillos de conejo y cabecea. Vuelve a cabecear para franquearle el paso. En respuesta el hombre avanza apurado, deja su credencial en el mostrador y pasa de largo, como si no existiéramos. Luego jala la puerta, entra y sin hacer ruido vuelve a cerrarla. La albina se queda viendo un poco más en dirección a la trastienda. Unos lentes gruesos de imitación carey le cuelgan del bultito aplastado que tiene por nariz. De la credencial se ocupa sólo uno de sus ojos, el otro queda suspendido en un punto incierto.

Durante unos segundos más resisto la pausa y después custodio el recorrido de su mirada estrábica unos metros más, de vuelta al diurex y las monografías. Encima de todas ha quedado una que lleva por título Desastres Naturales y es un resumen de las calamidades más significativas de nuestra historia reciente. Me mira con su ojo flotante, la albina. He leído que los nervios que tienen detrás del globo ocular no siguen la ruta habitual sino que poseen un complicado sistema de cableado cuyo origen, según los antiabolucionistas, podría incluso tener alguna liga natural con la predisposición duplicativa que les atribuyen. Me explico. En un ojo estándar las fibras de los nervios tienen vínculos con ambos lados del cerebro, por el mismo lado del ojo. A los albinos, en cambio, los atraviesan en zigzag las conexiones nerviosas, anudándose entre sí y entorpeciendo cualquier desplazamiento ocular. Por eso se mueven como marionetas con los husos descompuestos, aunque puedan mover los ojos de manera independiente, a 180 grados en el eje horizontal y 90 en el vertical. Así las cosas, la ciencia, o sus representantes en el congreso, los genios de la CONATYC, no han conseguido zanjar por completo un debate que merodea la costa desde los primeros desembarcos, cuando los invasores, quienes ya habían pactado su alianza con los sometidos, nuestros sometidos, consideraron pertinente, exhortados por un fraile enamorado de las nativas, reemplazar los amuletos de ojo de cangrejo por los elaborados con ojo de albino y obsequiar a los dioses nuevos y viejos por igual con talismanes de carne sin pigmento. Persiste aún la creencia de que estas conexiones nerviosas, culpables de entorpecer la prismación en entornos luminosos a cambio de visión periférica, inducen también ciertos comportamientos particulares y propios de su condición. Es curioso como algo tan obvio puede provocar divisiones: a través de sus retinas rojizas, casi transparentes, pueden advertirse las nervaduras que los recorren por dentro. Me quedo ahí parado, pensando a la albina como un complejo sistema de fibras que ya no acomoda los planos didácticos con habilidad automática y en cambio se dedica a llenar los registros de juego con esme-

rada caligrafía. En la calle aparece otro hombre, idéntico al anterior. Es el primero en la fila. Le pido de vuelta a la albina mi identificación oficial con fotografía. Péiname antes, dice con voz de no estar, de quien se ha asumido como aparición, péiname antes, remacha, y yo no puedo negarme porque mientras sopeso el tiempo que va a tomarme sacar un crinado decente de sus greñas macilentas, en la angustia que me provoca estar lejos de Clara y de la piedra, en la credencial para votar con fotografía donde parezco prófugo del tanque y que reposa jeta abajo contra el vidrio y su alfombra de billetes discontinuados, provenientes de un país que ya no es éste, un país con muchos ceros cuya previa existencia consta sólo en los materiales didácticos, en los discursos de los aspirantes a puestos públicos y en el mural mal pintado del Palacio de Gobierno, ella ya ha sacado peine, pasadores y ligas del interior de un cajón, así que sin otra opción por delante divido en dos partes su cabellera: tan fina que se me escurre entre los dedos. Me imagino una diadema que surja desde adentro, como una flor de nervios, el peinado ideal, y pliego en consecuencia tres secciones para comenzar a la rumana, con las divisiones laterales cruzando el eje de la cabeza. Tejo hasta siete u ocho veces, añadiendo e intercalando pelo del occipital y el parietal, siempre por debajo, pegado a la línea del cuero, abriendo el trenzado mientras avanzo y sostengo con firmeza, tanta que van quedándome hebras muy delgadas primero, mechones enteros después: por toda la ropa, en las manos, en el suelo, pelo blanquísimo por todo el lugar que parece ya un establo tapizado de paja, y culpo a la fuerza de la que seguramente habré abusado para construir la diadema sin grumos, perfectamente delineada, una corona de espigas en honor a la patrona de la agencia doscientos cuarenta y seis, acreditada por la Secretaria de Caos y Azar, que se contempla en un espejo de mano biselado, oscurecido de los bordes y dice: muy bonito, muy bonito, porque sin faltar a la verdad me ha quedado, a pesar de las brechas y los huecos, un trazado nada deslucido, rematado por las liguitas de colores. Ella mueve la cabeza, aprobatoria. Mueve la

cabeza y el segundo bisoné avanza, deja su identificación y pasa de largo, como si no existiéramos. Luego jala la puerta que da al fondo, entra, y sin hacer ruido vuelve a cerrarla. Ni siquiera me despido: tomo el documento y salgo del local, sacudiéndome la pelambreira de encima. Afuera el viento ya participa del habitual estruendo. Me equivoqué: la fila de vakapizales alcanza la esquina y se pierde luego por la bocacalle, hasta quién sabe dónde.

18.

Un día la conocí. Ése podría ser otro principio. Empezaría así: Caminaba por la playa. Afirmación simplona pero con la justa discreción para no sembrar en nadie falsas expectativas. Tampoco recuerdo, en realidad, cómo fue que llegué a Clara o si llegó ella a mí. No importa. Seguí primero su huella: bien cavada, sin salientes. Una sucesión regular de pisadas. Necesité sólo la imagen del pie faltante, el molde ejecutor. Venían del mar o allí terminaban. Ahora entiendo que buscábamos la piedra desde entonces. Apenas días después de encontrarnos ya hacíamos lo que todos: matábamos el tiempo contándonos cosas inútiles sobre lo que pensamos de nosotros mismos, cogíamos, paseábamos por el malecón, íbamos al cine a horas que nadie más. El bicho había sido erradicado pero la Secretaría de Salud aún recomendaba el uso de mascarillas en lugares públicos y reprochaba el contacto directo entre los cuerpos. De todas maneras a Clara nunca le gustó que la tocara en público, pero en cambio adoraba los westerns. Decía que todas las historias contadas y por contarse han surgido del conflicto entre territorio y voluntad. Una pastura, digamos, o mil cabezas de ganado: suficiente para tomar posición ante el conflicto. Sombrero blanco versus sombrero negro. Hasta la Biblia, decía, trata de sombreros confrontados. Su charla no venía del compromiso pero mucho menos de un interés, cómo decirlo, auténtico. Preguntaba y se dejaba preguntar con tal de que la conversación mantuviera un

ritmo, arrastrando las sílabas hasta extraviar cualquier vínculo entre ellas y volverlas unidades autónomas pugnando por germinar entre otros amagos de voz. Decía: sombrero y el eeeeeeee se atrancaña justo al principio, en alguna región del conducto digestivo: la vocal encuentra mayor dificultad para salir entre los líquidos tibios o las membranas, quizá en la secreta abertura de algún órgano tubular, ahí se estaciona el eeeeeeee y se prolonga junto al engranaje del estómago o de las articulaciones, y toca al fin el aire cuando la última le atraviesa el paladar: oooooooooo. Nos veíamos bajo condiciones estrictas pero con cierta frecuencia. Y un día se encontró con la piedra. Las llevé a ambas al cuarto, en un arranque de ansiedad. No hubo que poner cerrojo. Durante un tiempo tampoco volví al frontón o al puerto. Me concentré en ellas. En descifrar su relación. Y un día las imágenes aparecieron. Era perfecto. No necesitaba dinero porque el dinero representaba un obstáculo en mi nueva labor de vida. Más que un inconveniente: una meta inalcanzable, porque si ha de tenerse en cuenta que entre más se prospere, se conquiste, se avasalle —o bien, apreciado desde esta baranda, se descienda— incrementa la cuota de mantenimiento sobre lo propio, esa posibilidad latente de perderlo todo se agrava y la gravedad se transforma en angustia con rapidez. Así di los ahorros por perdidos y lo único que me dispuse a calcular fue el creciente espacio entre sus costillas. En raras ocasiones, cuando el techo de la habitación se vuelve insuficiente a causa de las muchas imágenes, salgo en silencio y me abandono a la distracción del frontón. A veces ni siquiera necesito ver correr la pelota. Con el sonido basta. Con pincharse y escuchar la música de bienvenida al ecosistema de juego. Uno pierde por sistema de todos modos.

19.

A pesar del estancamiento y el arraigo, esta ciudad nunca termina por darse a conocer del todo. La luz tampoco ayuda a

disipar la niebla: el hollín convierte aire y charco en una misma solución salina, habitual en la mañana y extendida hasta la puesta, sin conceder distinción. Desorientan también el viento y el estruendo metálico de los extractores, encendidos día y noche, acochambrando la respiración con su hedor a saín y buñuelo. Avanzo por la lateral de Almirante Ruíz-Cuevas, dirección sur. Es el camino más largo de vuelta al cuarto. Hay que bordear el puerto hasta llegar a 14 de Octubre y tirar luego arriba, rumbo al centro. Poca gente transita por el malecón a esta hora. Unos chicos montados sobre la baranda de los candados arrojan cascos de caguama al charco. Beben y lanzan a carcajadas: el sonido del vidrio tronando contra la escollera se confunde entre los graznidos. Han de reírse de los diminutivos cursilentos, de las cerraduras borradas por el salitre, de las promesas sin cumplir que enternecidos de otros tiempos se hicieron frente a esta ciénaga. Quizá también se ríen de puros nervios, al reconocer el nombre de algún muertito o cuando presienten que ellos tampoco dispondrán de tiempo. Tras un contorno cercado por farallones aparecen sumergidas las ruinas del astillero. Armazones cubiertos por tizne que alguna vez soportaron almacenes y gradas, diques cuyas esclusas anegadas forman una laguna artificial de algas, ramales y botellas de Charco Cola que las parvadas de estación han adoptado como recinto. Más allá, nada. Tablones a la deriva donde a principios del siglo pasado se trabajaba la madera con fineza impar hasta que un polvorín de minas oceánicas explotó en el interior de una base que la Secretaría de Defensa había instalado en las inmediaciones. Los viejos de mar aseguran que sucedió para mejor porque ya desde entonces el negocio se desplomaba con vértigo a causa de los muchos constructores orientales y sus bajos costos de producción. Había que diversificar el sector y el bicho hizo el trabajo. Tampoco se distingue vida en las antiguas casetas que los marineros decidieron reconstruir mientras esperaban la reactivación del puerto, degradados a simples pañoleros y sopletistas, y más tarde, ya carne y músculo del gremio pesquero, acostumbrados al sedentarismo

cansino de la península, varados en este transcurrir lento de la enfermedad y el trópico. Dan al estuario, pero ni siquiera parecen iluminadas. Sólo filas de ventanas idénticas, enrejadas, con anuncios de alquiler colgando de sus pretilas, ni una sombra o movimiento de cortinas, ningún mirón furtivo asomado tras lo oscuro. Rodeando la unidad está el edificio abandonado de la Escuela Náutica Mercante, conocida cariñosamente como «La Merca» por los filibusteros con matrícula que asistieron a sus aulas, mudadas a Puerto Lombardo desde hace décadas. El padre de Morgan, un alférez miope anclado permanentemente a tierra, dictaba clase de Legislación Marítima en el segundo año de la especialidad de cubierta. Cuando la escuela se declaró en bancarrota y cerró sus puertas tras una interna exhaustiva entre la Coordinación Ejecutiva del Sindicato Único de Trabajadores y el comité designado por la Secretaría de Educación para solucionar ciertas minucias administrativas (irregularidades por más de once millones de créditos, según fuentes citadas por *La Voz del Puerto*), el padre de Morgan, en lugar de deprimirse y caminar la plancha o buscar plaza en algún otro barco escuela, interpretó su cesantía como señal: al fin podía soltar amarras, cumplir su sueño y hacerse a la mar. Se despidió de sus seres queridos dejando en prenda palabra de que volvería al cabo de un año, cargado de piedras preciosas y suvenires para repartir entre la parentela. Abordó luego un carguero malayo y nunca más se le vio por estas aguas. El padre mantenía a Morgan al tanto de sus aventuras por medio de postales que demoraban lo indecible en sortear los controles de la Oficina de Servicio Postal y cuyo contenido nos narraba como si de la bitácora de un corsario legendario se hubiese tratado. La última que recibió lo ubicaba en una localidad del Camboya profundo, donde al parecer se había convertido en mercader de telas. Cada periodo vacacional, Morgan contaba que su padre estaba por enviarle un boleto para ir a conocer el palacio del que ahora podía considerarse heredero, pero siempre pasábamos los veranos de la misma manera: hundidos en el aburrimiento, pudriéndonos de tanta arena y tanto sol. Pasaban los

días y luego las estaciones hasta que un golpe de calor volvía a recordarle su viaje a oriente. Un verano no volvió a mencionar el asunto y tampoco nosotros nos atrevimos a preguntar.

20.

Limpiábamos la estación de trabajo y volvíamos arrastrando los pies al salón de clases, con los dedos astillados y el suéter impregnado de viruta. Entonces cada partícula atrapada en el tejido de poliéster nos decía: Indonesia, y nosotros, sin pensarlo, respondíamos a coro: Yakarta. Imaginaba una ciudad de cristal desierta, suspendida en el espacio. O una metrópolis dorada, enclavada en un valle cubierto de nieve. El palacio de Ming el Despiadado: Yakarta, Destructor de Hombres. Eso era antes. Ahora la imagen de la piedra hace sólo zoom a las arrugas de la monja y también a los techos altos y la humedad de las esquinas, a mis compañeritos adheridos a los pupitres de madera laqueada: pienso en los que sintieron el llamado y huyeron de esta ciudad, en el Gordo y su espalda apambazada de tanto circular la fila india, en el Chino Okawa y su ejército de chinches amaestradas, en Morgan y su boca torcida, en Zermeño, en el Chispa, en la Pájara Helguera y su presente incierto: prisionero del uniforme olivo y el corte a la brush, o con ojos de becerro, bien aplacado, machacándose la mollera contra los muros de hule espuma donde habita desde el día en que no supimos más de él. Pienso en los que abandonaron el charco tras la cuarentena. En los que encontraron un buen día esparcidos en el malecón con el estómago hinchado de lombrices y la lengua asomando, pero sobre todo pienso en los que siguen aquí, tampoco tienen una calle con su nombre y sólo se han vuelto más viejos. Salvo por el paseo marítimo, esta ciudad está seccionada en vialidades mínimas con banquetas que resisten apenas un par de cuadras sin que las raíces de palma las desbaraten, así que podríamos llamarles como nos diera la gana. Es cosa de organizarse. Su-

pongamos que comenzamos por lo bajo, una plaza discreta o una avenida no demasiado concurrida. Mejor: un camellón. Pero hasta esos están tomados por ex Secretarios de Salud y dirigentes de escaño que combatieron al bicho firmando cheques desde un cubil aséptico con terraza, a treinta y cuatro pisos del subterráneo. Para bautizar una calle aquí hay que ser vakapitari de medio pelo hacia arriba o al menos destacarse en alguna Oficina como ventanillero modélico. De los exterminadores no queda huella. Ni siquiera una estatua anónima que conmemore los acontecimientos.

21.

En el otro extremo de la costa, tras los barrancos, el cielo se ilumina con luz cochina, de cuarzo a medio gas. El club de regatas y las marinas. Luego, Cabo Frío y las playas. Fue allí donde vi a Clara por primera vez, como recién salida del charco, dando vueltas entre las palapas. A la altura de Doctor Narváez, Ruiz-Cuevas rompe en diez direcciones. Una de ellas, la 14 de Octubre, se divide en prolongación Matuk-Bayram con rumbo a la antigua fábrica de harinas, y más tarde en Talabarteros, camino al actual casco antiguo que antes ha sabido ser centro ceremonial, cubil conspirador, lonja de decapitados y cadalso de infieles, un zócalo con arcos de medio punto que reproducen el talante colonial desvanecido por tempestades y saqueos, ocupado hoy por tiendas de campaña, dependencias, fondas, estaciones de juego, ostionerías, locutorios, la Catedral de Nuestra Señora de las Crisálidas blindada por pilotes metálicos y que, según números del Instituto de Captura, Procesamiento y Acceso a la Información, se hunde poco más de doce centímetros al año, un asta con horario de burócrata al centro de la plancha y la respectiva unidad de conscriptos a cargo de su administración, consagrados, con todo el poder que les confiere el terno marcial y las puntas de casquillo, a la incesante labor del arrío y los dobleces calculados, a la custodia

y la marcha, recorriendo el cuadrado una y otra vez mientras la bandera ondea a media altura, persiguiéndoles la sombra. A veces me acuerdo de la gente que debía estar aquí. Los gritones y sus cachitos sin suerte, los raspaderos, la interminable hilera de desempleados cuyas competencias quedaban detalladas en cartón para empaquetar cerveza. Nunca estuvieron, según parece. Sólo los desplazados, con sus carpas y consignas. Quizá ya sea imposible diferenciar unos de otros y estén todos mezclados en ese contingente impreciso de pelo y carne y gelatina. Vienen del Cerro porque no caben en ningún sitio. Otros decidieron quedarse después del bicho y ya ni siquiera recuerdan la razón que los mantiene aquí. Sobre ellos, cómo iba a ser de otra manera, se asienta la condición del charco, su torpe accionar civilizatorio. Rodear el zócalo tomaría más de media hora y resuelvo caminar entre un campamento y otro. De los plásticos brotan manos que intentan hacerse con algo, una prenda, un celular, lo que sea. Atravieso la plaza corriendo y el territorio se va reemplazando a sí mismo conforme queda atrás. Quizá por ese constante trajín las calles aledañas también modifican su configuración: se fragmentan cada manzana o cortan de tajo para continuar, sin aparente lógica, tres calzadas después. Los nombres y apellidos que las designan también se interrumpen entre sí, como en una riña de linajes. Era un problema habitual que debíamos enfrentar los brigadistas, cierta disposición aleatoria de las desembocaduras, los emplaces, las arterias, un propósito fijo de errar con la numeración y adosar incisos y acotaciones al orden previsto por la Subsecretaría de Desarrollo Urbano y Vivienda. Uno al final aprende a guiarse por el sonido del viento y los extractores, a ubicar la línea de costa y desandar con relación a ella.

22.

De Clara me gusta su temblorina. Arranca a contratiempo de la piedra y el ventilador: fracciones de segundo que sumadas to-

das al término de la sesión llegan a alcanzar un desfase de casi medio minuto. Entonces el vínculo se suspende con violencia. Supongo que las imágenes siguen ahí, a su disposición, pero en cuanto pierde el vínculo con la luz rosada, yo dejo de verlas. Luego de tantos meses como observador soy capaz de prever el momento exacto en que sucederá. La estática va levantando el vello de sus antebrazos y el pelo se le desanuda poco a poco hasta que termina desmadrándose en mechones por encima de los hombros, un desorden goteante que delinea un charco de sudor sobre el linóleo. La piedra deja de ondular y las imágenes quedan frizadas. Clara se levanta y consigo centralarla frente a la piedra, mientras se admira los huesos. Están también la vasija y las monedas. Los perros. Me deja peinarla. Su pelo ha perdido el brillo y comienza a caérsele. Disfruto el acto, organizo los mechones y quedan algunas hebras entre mis dedos. Procedo del siguiente modo: divido primero la cabellera en dos secciones, de derecha a izquierda, marcando una línea recta al centro. Tomo un mechón delgado y lo cruzo hacia la parte exterior del primer hemisferio, luego lo tomo de regreso hasta terminar bajo la segunda separación, sin apretar demasiado pero cuidando que no queden cabellos fuera de lugar, en seguida tiro hacia el lado contrario, con suavidad, de izquierda a derecha: el mechón pasa por encima del lado externo de la primera sección y termina bajo la segunda, así hasta llegar a las puntas descoloridas, rematadas por un broche de carey. Un manojo de pelo suelto queda en el piso. Va a convertirse, todo ese pelo y el de ayer y el del día anterior, todo junto con la mugre que se cuele desde afuera, la arena, las lagañas, en una de esas pelusas que ruedan por la aridez del Llano. La piedra ha crecido mientras tanto. Ahora parece un nene de seis. Clara no sabe si cayó del espacio o apareció con la marea. Propone la hipótesis de que pudo haber sido un instrumento (o parte de un instrumento de mayor tamaño, se entiende) perteneciente a los pobladores originales, incluso tal vez a los albinos. Al no tener utilidad visible, la interpretó como un símbolo sin conjunto válido, el fragmento de un código inconcluso. Así

dijo y yo creí que se había vuelto chiflada aunque pudo demostrar, tras una serie de pruebas de resistencia, que la piedra es aislante natural del ruido y el viento. Para qué negarlo: aquel dato me conmovió, sobre todo porque si bien se puede vivir con el ruido, más bien, se debe vivir con él, de él, en medio de él, volviéndose él, y aunque acá la cosa más bien es que nadie quiere vivir del todo, el ruido medio se calló y nos despejó la mollera. Desde entonces hay silencio en este cuarto. La piedra cumple ambas funciones: comprueba el deterioro y es depositaria innegable de nuestros ánimos. Por eso, hará cosa de dos meses, Clara comenzó a sintonizar. Supimos luego que la piedra no se trataba sólo del salvoconducto, sino del recado. Que ella o alguien más, los naturales o los albinos, nos habían elegido a nosotros y no al revés.

23.

La monja decía: Guyana. Y había quien caía en la trampa y soltaba la francesada. Entonces el resto respondíamos con un jadeo grupal, casi mongólico. Era tan arrugada. Hablaba y no quedaba otra opción que escucharla y prestar atención al sonido que se colaba por las grietas de su cara. El alma, decía, está compuesta de materia invulnerable, se aloja en el cuerpo pero de ningún modo le pertenece. Tampoco se desvanece con la carne, excepto si se provoca la propia muerte. En ese caso, el alma queda encerrada en un pedazo de carne. ¿Y qué es la carne sin alma? Hamburguesas. Nada más. Luego la carne se pudre y el alma la abandona: se extingue, igual que el resto de cosas que permanecen mucho tiempo sin moverse.

24.

Grupos de familias magnetizadas caminan con la cabeza gacha, concentradas en la plegaria, rumbo al antiguo Frontón Anguja.

Desconozco sus ritos o los detalles de su fe. Para mí son todos iguales y provienen del mismo sitio: un paraje remoto, de cartografía homuncular, administrado por la superchería. Los pastores magnéticos inspeccionan mis muñecas desde lejos, con recelo, como hacen con cualquiera que no porte su emblema. Quien juega a la pelota es claramente un infractor. El que apuesta, el que bebe, el que se aleja de las inmediaciones sin permiso: cualquiera que no esté imantado es claramente un infractor. Por ello resulta peculiar cuando menos que hayan tomado el cascarón del Anguja como guarida. Tampoco consienten albinos entre sus filas. Esa parte es innegociable aunque de los magnetizados se diga que no buscan conversos sino afiliados. Un culto sin catequesis ni catecúmenos. Parte del pasado mercantil de esta nueva fe puede entrecruzarse en sus maneras. La grey como clientela, la clientela como entidad. Así el fiel evita considerarse como tal y es más bien un asociado: copropietario de su propia estrechez. Mientras los adultos se congregan absortos frente a las bocinas rodantes que Mirasol S.A. de C.V. utilizaba hace tanto para promocionar su catálogo y ahora sirven tan sólo para retransmitir una homilía mareante, en lengua, los niños se arriman como sanguijuelas cuando ven pasar a un extraño. Tienen mocos en la cara y visten telas asimétricas que superan las medidas enjutas de sus cuerpos por dos o tres tallas. Intentan endosarme pulseras de todos colores y medidas, cuadernos de oración, metales imantados, cucharas, fierros, collares adornados, anillos de lata. A espaldas de la muchedumbre se delinea el Anguja, víctima de su gloria añeja. Nunca pude conocerlo en otro estado que el actual, cubierto de guano hasta el pilotaje. Para cuando tuve edad de jugar, la Secretaría de Caos y Azar había puesto en marcha el plan frontóptico y las primeras estaciones de prueba causaban furor entre los vakapizales. El lugar fue deteriorándose hasta que los magnetizados terminaron por hacerlo suyo. De chicos mirábamos los resultados en los diarios que cargaba Helguera en su mochila y nos bastaba con admirar las fotografías de los jugadores, captados en ademán heroico, tocados por

guirnaldas o descorchando tras la victoria, para imaginar el Anguja como un consulado de otro mundo, la prueba irrefutable de que otra realidad es posible, bien alejada de nuestras vidas de kermés. Por entonces aún creíamos en la suerte como privilegio. Necesitados al fin y al cabo, el Anguja era para nosotros la exención de lo charqueño, una vía de escape inasequible pero al mismo tiempo terrenal y próxima. La abuela, en cambio, fue asistente regular durante la época dorada. Al morir su primer marido le tomó cariño al juego y se volvió asidua a los matches dominicales, un placer que el finado le tenía prohibido por considerarlo no apto para crisálidas devotas, y porque en realidad venía el viejo de sierra adentro, donde el furor por la pelota no es siquiera comparable al que se lustra por estos pagos. Mira, abuela, desde tu pupa: ahí está ahora la yema del decó charqueño, insignificante bajo la luz echada a perder de una ciudad sólo mantenida en pie gracias al acatamiento cabal que sus habitantes hemos hecho del ideario fundador: recogimiento, valemadrismo y empoderamiento súbito.

25.

Sucedió hace dos meses. Días más, días menos y como a continuación relato: volvía de la papelería tras dos noches de juego. Hacer quiniela es así. En partidos cerrados los cruces pueden rozar el millar, sin contar los de otras divisiones. La clave reside en elegir matches donde se pueda obtener la mayor cantidad de datos a evaluar y luego, claro, la eficacia para juzgar e interpretar los accidentes de cada lance. No es propósito sencillo. Un sólo gesto aislado, un muñequero, digamos, puede graficarse en otra serie de dígitos que luego de la cruza coincidirán con otras tantas incidencias de muy distinta índole. El rol del corredor, desterrado del juego moderno, lo desempeña una computadora cuya función original fue la de calcular tablas de trayectoria balística para la Secretaria de Guerra y Marina, y que ahora, a medio tiro del confinamiento científico, ha termi-

nado por ejercer como administradora única de los impulsos y desdichas del charqueño de a pie. Sólo se requiere la supervisión de un antiguo botillero en chapela y guayabera para ordenar las papeletas de cada travesía que luego serán clasificadas, empatadas y redirigidas por medio de los miles de desagüaderos conectados a las concesionarias oficiales, papelerías, loncherías, bodegones o kioscos. La ley de horizontalidad social frontóptica así lo demanda: todo establecimiento dotado de estación calibrada y terminal bancaria tiene derecho a registrar quinielas y convertirse en socio oficial de la Secretaría de Caos y Azar. El juego es fácil de aprender y debe su calidad de vicio precisamente a ello. A cada tanto se le asignan dos valores distintos: diez para el favorito, a quien se identifica con el color azul; y nueve para el retador, que defiende el colorado. En los raros casos donde el enfrentamiento es parejo ambos valen diez y se reparten los blasones por orden alfabético, según el nombre del equipo. El momio se establece unos minutos antes de que comience cada partida y se va modificando de acuerdo a la cantidad de papeletas ingresadas y la estadística total: golpes, aperturas, saques as, recorridos, inclinaciones, número de errores por partida, manos preferidas, contramanos, velocidades promedio, carambolas, uso de los muros: minuto a minuto, reducido todo a cadenas numéricas sin otra utilidad que la de entorpecer el ánimo del derroche, para los cuentabolas o los tahúres compulsivos por igual. Si bien la cantidad de traviesas por partido puede variar en casi setecientos cincuenta cruces, no existe límite en las papeletas que cada cual decida adjudicar por punto, de tal forma que aun cuando en teoría el juego consiente muy variados apetitos, tampoco resulta poco común que el vakapizale inmovible, puntal o momista, da lo mismo, se conecte a la estación sin otro propósito que pasar un rato de sano esparcimiento luego del trabajo y termine volviendo a casa al menos un par de semanas después, limpiecito de créditos en la mayoría de los casos. Aquella tarde, cuando regresé al departamento tras una jornada macha, Clara descansaba tirada en el colchón,

envuelta en una sábana delgada bajo la cual podía adivinarse su posición al dormir, el ritmo de su aliento y hasta la densidad de su transpiración. Por entonces Clara todavía era capaz de descansar después de las sesiones. Tenía carne y forma, y el reciente descubrimiento de las propiedades silencieras de la piedra le transfería un brillo que recorría sus hombros y despeñaba hasta los dedos, menos inquietos y punzantes que hoy. Pasaba horas tratando de descifrar su paulatina enajenación con la piedra, la naturaleza de su rendimiento, por llamarlo de algún modo, para luego aplastarse vencida sobre el colchón como un lamento muy quedo, sin sacarle ni siquiera un do de hule a los resortes. Esa tarde era yo víctima del buen humor. La albina de la papelería me había atendido muy bien. Nada sexual ni mucho menos capilar, pero trato bueno hubo y a veces eso basta para aligerar la sangre después de una serie de traviesas mal previstas. Clara se levantó y volvió a lo suyo. Le pedí disculpas por dilatarme pero ni siquiera atendió. Estaba yo pensando en la pobrecita albina, en sus ojos colorados y su melanina ausente, pero de inmediato la piedra se me clavó en la mollera y la sacó a patadas. Atravesé la habitación, sin hacer ruido, hasta quedar en cuclillas frente a ellas. Quedé en cuajo a los dos segundos. Un rato después, no sé cuánto, comencé a verlos: caminaban diminutos sobre un área delimitada por líneas grabadas en punto, como calcadas de un plano. [REDACTED] apenas la mitad de un meñique o menos, idénticos a las chinches del Chino Okawa. Aparecía también un edificio, en transparencia. Me tallé los ojos para constatar que no seguía hundido en el sueño: el plano de un edificio, tal vez un basurero o un frontón o una fábrica o los tres, al mismo tiempo, uno sobre los otros dos. El encofrado, los pilares y las vigas de hormigón con malla, el esqueleto del edificio que originalmente se hallaba emplazado y el que más tarde tomaría su lugar, apenas distintos entre sí. Las líneas chocaban sin interrumpirse, extendidas hasta que sus lindes confluían sobre los puntales de otra construcción fantasmagórica formada justo sobre las tapias ennegrecidas y un ladrillo rojo como la nieve.

Y a una escala ridícula, dando vueltas, la lampiñez desvaída de los muchachos. Durante la visión me estaba permitido controlar la lente a voluntad gracias a una especie de brazo hidráulico intervenido por el riel aceitado de un camión grúa. Pero aún así, amparada la perspectiva en ángulos conjeturales, resultaba imposible calcular la época del metraje. ¿El verano previo a la novicia? ¿Uno más o uno menos? Nuestras caras se revelaban por tiempos y a medida que las oscuridades largaban su lobreguez iba yo reconociéndolos, porque al principio sólo podían adivinarse rasgos vagamente familiares, sombras que saltaban de uno a otro degradando sus facciones hasta volverlas parte de un mismo trazo descuidado, diagonales ajenas a la carne que en unión formaban nada más que una cuadrícula en blanco o un bastimento empalmado con violencia entre las tejas de zinc, los trazos de la planta y los cimientos. Eran ellos. Tan fragilitos. Estuve mirándolos caminar medio perdidos por un largo rato, dando tumbos. Luego se metieron a la fábrica, en fila india. Clara me miraba con detenimiento o miraba a través de mi carne, fiscalizando brillo y contraste, toda plena de luz rosada.

26.

El Anguja es hoy otro espectro más de nuestra arquitectura suspendida. Su fachada rectilínea y maciza, dividida en columnas descendientes y salpicada al centro por un semicírculo de vitrobloc donde puede aún descifrarse el nombre del edificio trazado en flúor, permanece tras las muchas capas de grafitti, mugre y madreSelva que las décadas de abandono le han echado encima. El ala oeste, donde alguna vez sobresalieron enormes discos de hormigón, acero y cristal doble, quedó demolida por completo. En algún momento la estructura circular hizo de bar giratorio, seccionada en tres partes, cada cual rotando al lado opuesto de la inmediata: ahora la máquina con el borne expuesto es lo único que perdura al centro del gran agujero, un rotor del vuelo de un coche familiar, ennegrecido

y desvalijado, apenas oculto por tres giros de alambre que la policía levantó o mandó levantar hace mucho con tal de impedir la invasión de merodeadores. Si entre sus descascarados muros llegaron a librarse los duelos de pelota más curtidos, ahora su único fin es el de servir como santuario a los magnetizados. Desconozco cuándo llegaron pero habrá sucedido de un modo similar al resto de los sitios que poco a poco fueron llenándose. El Gobierno los deja estar porque no representan mayor peligro: son electores amansados, en la suya. Cines y teatros, ante la incomprensión y el abandono, asimilaron el nuevo uso que acarreadores y acarreados supieron darle. Después de todo, la fe es inquilina natural de los salones de usos múltiples. En cuanto a capacidad y afluencia, el Anguja es sólo superado en naves y feligreses por la antigua refinadora de harinas. Los motivos geométricos, presumiblemente inspirados en adornos egipcios y mayas, imaginería de xolos y podencos faraónicos mordeándose la cola, por ejemplo, fueron desmantelados o arrasados y en su lugar se levantan ahora efigies de latón soldado que aspiran a reproducir el milagro de la magnetización. Sólo unos pocos vecinos del rumbo son capaces de recordar los cuentos sobre el esplendor del Anguja, hoy apenas distinto a otra veintena de ruinas que despuntan, a medio destruir o nunca terminadas, en el horizonte irregular de la costa. Alegarán: allí, en el Anguja, dónde más, concurrían sin excepción cada tarde los que eran, los que querían ser y los que componían esa franja gelatinosa que daba consistencia al resto, la peana enclenque sobre la que se bamboleaban los boxes de los poderes y sus cómplices, la rufiandad de alfiler y zapato a dos tonos que devolvía al pueblo su carga tributaria en pelotas de tenis huecas, gaitas almizcladas con refacciones en los párpados, lenguaraces de amplitud modulada, bolilleros con suerte, secretarios, congresistas, delegados, subdelegados, toreros, empresarios, constructores, artistas de cine y carpa, algún bofe de amorfia limitada, y más abajo, el flujo anónimo de la clase turista, un mar de cabecitas negras y momistas gravados que se sacudían como truchas entre el denso vaho

del poliéster y el sudor. Eso fue el Anguja. Eso entre tantas otras cosas. Porque es así: el cemento, por más floritura que lo embellezca nunca pierde sus propiedades conglomerantes o sintéticas. No deja de ser cemento. A eso debe que pueda ser por igual templo, cancha, cárcel o salón de usos múltiples. Y el Anguja no ha sido derribado por el mismo motivo que explica por qué nadie va a restaurarlo jamás. En esta ciudad nada termina de aparecer o consumirse por completo. ¿Para qué reconstruir algo que volverá a quedar en medio, irremediablemente aplazado? Y como nadie está dispuesto a cumplir la promesa de ocupar el vacío, el cemento va tomando la forma que mejor le dan a entender el tiempo y la desidia. Oponerse a este orden involucraría desarrollar un nivel de responsabilidad ajeno a nuestras costumbres. Suena severo pero no lo es tanto: una vez que el hormigón encallece, nos contentamos con el resultado. Por eso en el charco elegiremos siempre vivir entre ruinas antes que enfrentarnos a la inabarcable angustia del espacio libre.

27.

El calor nos hace ver cosas que no están o no estuvieron. Por ejemplo: el meñique del niño que encontré perdido en una pila de basura, cuando recogíamos cuerpecitos muertos de infección. Una fracción. Una parte ínfima apenas. Aquel meñique desprendido entre tanta muerte íntegra, categórica, rotunda, ¿por qué ha de pesar de esta manera?

28.

Esta ciudad tiene dos grandes enemigos: sus habitantes y las enfermedades que nos someten. Aunque el viento trastorna a los hombres y es también agente en la migración viral, de ningún modo puede decirse que represente un mal por sí mismo,

aún cuando sea imposible pronosticar su conducta o advertir el efecto que provoca en ciertos temperamentos. El viento que nos tocó viene de lejos, con sus presiones y cargas de electricidad tan particulares, sus vueltas, erosiones y fracturas. Alguno dirá de pronto que las enfermedades sin hombres tampoco tendrían razón de ser porque se originan en el cuerpo y sobreviven gracias a la descompensación entre las capas dérmicas y a los mecanismos celulares que las adoptan y transforman. O de la mollera: provienen de la mollera que ignora la naturaleza del cuerpo nutriente. Una fisura y ese inicio tenue, un estornudo digamos, el escozor, la humedad, pueden convertirse en la alfombra roja del bicho. Desde siempre las enfermedades se han abierto paso al interior del continente a través de este puerto. Las más nocivas llegaron embarcadas con los albinos. Según los cronistas de la época, el primer gran mal del que se recoge testimonio comenzó por un virus hasta entonces inédito, un germen cuya cepa resultó no ser tan violenta como desconocida y que los organismos nativos, cobrizos y violetas en su mayoría, cargados todos de cuanta clase de pigmentos puedan enumerarse, recusaron admitir. El bicho, vaya novedad, resultó el gran instrumento bélico de los invasores. Su mérito, no menor, fue aguardar a que se diseminara entre los fortines. Pero el daño estuvo hecho tan pronto como descendieron de las galeras los albinos: avitaminados, tétricos y con grilletes, de a pares, remojados en orines de rata y revestidos los cueros por aftas, llagas y hemorragias subcutáneas que más tarde, en imperturbable alianza con el trópico y su versátil consomé de difterias, esterios y humedades, abandonaron los lindes de aquella pulpa blanquísima y buscaron refugio en los insólitos organismos autóctonos. Hubo que esperar sólo. Podríamos de igual modo especular con la proximidad que entre casa y casa existía, aunque tampoco vale descartar el hecho de que los naturales, en salud o enfermedad, mantenían el baño como costumbre obligada. Y cosa mala, pues allí esa higiene proverbial, tan celebrada aún en estos días por la mestizada, fue dañosa en serio y sirvió para que el bicho se extendiera

con ganas. Recoge evidencia de esto Don Bernardo Giménez de Ademuz —autor de las citas predilectas del cura del garfio y cuyo rostro adorna el billete de cincuenta créditos— en su aclamada Brevísima Relación de la Catástrofe en San Jacinto Itzcuintlán: «palmaron muy muchos y los que consiguieron librar la saña de la enfermedad quedaron tullidos y fueron internados en los pabellones de imposibilitados por décadas, alejados de cualquier contacto humano». La enfermedad hizo el trabajo pero fueron los conquistadores quienes recibieron trato de héroes cuando regresaron a su propia fisura del mundo. Los que se quedaron, los idiotas que se enamoraron de alguna natural, del clima o, peor aún, de la idea de prosperidad que el nuevo mundo espetaba a los que nada tenían que perder en el viejo, igual de jodido y supurante que éste, volvieron a perderlo todo. Sucede así. La Historia comenzó como una cáscara de pústulas donde era imposible hallar otra cosa que no fueran cuerpos descomponiéndose. Igual que ésta. Igual que todas. Juan Progreso estaría de acuerdo: brigadistas recogiendo cuerpecitos entre las rocas. Penacheros cogiéndoselos. Una emulsión de miedo, chamanería y trueque de baratijas y metales preciosos.

29.

Clara me toma de la mano. Siento que esto ha sucedido muchas veces. Que lo cuento y vuelve a suceder: que sucede también mientras lo cuento. Sus manos son un atado de cables pelados, como si las venas que le asoman bajo la carne diagramaran sus últimas fuerzas en un desgastado sistema de resistencias. Es hoy, entonces. Mira, dice, con voz de quebradura: mira bien. La vasija es china: no milenaria sino fabricada en serie a cambio de un cuenco de arroz: el perro es perro de patas cortas, un ejemplar pequeño y rastrero, tan insignificante que apenas da motivos para pensar en él. Por eso, pienso, es más peligroso. Un mendigo de cariños. Tiene los órganos a ras de suelo

igual que las criaturas más despreciables. Las monedas sobre la mesa y en el interior del bolsillo podrían ser omitidas pero hay algo que las mantiene resplandeciendo como luces aisladas sobre la madera. Luego las encías de Clara: rojo sobre negro, sus dientes tan blanquitos, justo después las manos que se sacuden, arriba abajo, arriba abajo. Y miro. Miro bien. Parecen haber soldado, las líneas: nada de puntos, ahora avistamos en hi-fi. La piedra arroja un batacazo de flúor que impacta a Clara de lleno en la frente. Parece restarle aun más brillo a la piel, alimentarse de sus arrugas, surcos, marcas, pliegues y líneas de expresión fosilizadas. Luz buitres. Es que la desaparición del mundo según la piedra, tal y como se nos ha dado a entender, al menos apreciada así por este ojo vedor amateur de piedras y profesional de matches, parece poco memorable y abonada al método. Un proceso lento, ordenado, pendiente de ventanilla. Me veo salir de casa en la mismita materia del grano, sólo sitio, sin tiempo, tan claro y tan bulto: qué duro mirar y reconocerse para luego caer con la pregunta: ¿soy yo ése que camina patizambo, como jalado por montura? Resulto tan genuinamente ridículo que ni siquiera me atrevo a discutir el escaso pelo que luce la coronilla del yo proyectado cuando tira —o tiro— calle abajo, rumbo al malecón para buscar el último escondite de los antiguos camaradas.

30.

Del cuaderno de Morgan:

«Sobre los apuntes de Lachtman:

En la Cafrería Británica abandonan sus muertos a los lobos, aves de rapiña e insectos (Barrow, Londres 1797).

En Hircania, los perros de la calle comían la carne de los muertos.

Los bactrianos consentían que los perros devoraran a los enfermos y a los viejos. Por eso en lugar de tumbas, en Bahl había pilas de huesos.

La tradición zoroastra asegura que los cuerpos se contaminan con la muerte. La descomposición del cadáver es el medio de entrada para los demonios que después afectarán el mundo de los vivos. Para prevenir invasiones no deseadas, los mazdeístas acomodaban los cuerpos en los pináculos de las torres del silencio y esperaban a que los buitres y la erosión limpiaran los huesos antes de abandonarlos al desierto.

Los calatias devoraban los cadáveres de sus familiares. El Rey Darío I habría preguntado a un griego que hacía de ujier en su corte cuánto consideraría un justo pago por comerse el cadáver de su propio padre. No hay cantidad de dinero que solvente vileza tan grande, respondió él. Acto seguido, mandó a llamar a un miembro de la tribu calatia y le preguntó cuántos dárlicos aceptaría por incinerar el cadáver de su padre en una pira. Ni uno solo, su alteza, contestó. Eso sería sacrilegio».

31.

Voy a encontrarme con los muchachos. A buscarlos. La piedra así lo exige. Adivinaré primero las paradas exactas, una a una sin que quepa yerro, bien untado a la estación. Tengo la numeralia en la cabeza, para el caso. Pero no me voy de aquí. No del todo. En las imágenes el movimiento hace como que es, pero se trata sólo de la mente agitada de Clara. La piedra parece un lente o una puerta pero en realidad es sólo piedra y por ello resulta imposible oponer resistencia al orden que dicta. Todo lo anterior a esa caminata me parece parte de una existencia forastera. Inicio, al fin, pero intruso. Una especie de pasado compuesto y premonitorio, redirigido por la piedra. Las imágenes se solidifican con precisión de asombro,

no sobre la pared sino en el mero aire: son una llaga apenas, casi imperceptible, en la fisonomía prehistórica del mineral. Y qué será, pregunto. Pero ninguna sabe contestarme. Respira hondo, Clara, y con gran esfuerzo vuelven a unirse las dos en una exhalación prolongada. Tiemblan sus manos o al menos eso parece. El calor nos hace mirar cosas que no están ahí.

32.

De los pueblos originarios y su relación con las calamidades se conservan pocos códices, todos ellos archivados en las bóvedas de la Biblioteca Nacional. Hace años, miembros de la Secretaría de Educación y la Oficina Nacional de Creadores de Arte decidieron unir fuerzas y pusieron manos a la obra en la creación del mural que adorna el ala oeste del Palacio de Gobierno. Está pensado como recordatorio histórico de los periodos dolientes, de los cuales, de acuerdo con algún subdepartamento perteneciente a la Secretaria de Turismo, «hemos cribado, como gambusinos, la fuerza que caracteriza a esta noble región». Por supuesto, la iniciativa quedó inconclusa a causa de la fricción entre los sindicatos que dedican sus horas extras, a doble pago, para administrar dicha nobleza. Mientras los burócratas archiveros alegaban que los burócratas artistas eran huevones y tergiversaban el relato adaptándolo a su pereza, rehuyendo así a las precisiones históricas, estos últimos depusieron sus pinceles en protesta contra la clara censura de la que, alegaban, fueron víctimas. El resultado: muros pintarrajeados a medias, sometidos más tarde a la terapia ciudadana del collage, los mensajes religiosos y las vergas en aerosol: «Apenas se pudo esparcir grano y hubo de agotarse el escasísimo que, en medio de pavorosas estrecheces, había podido acumularse de anteriores cosechas (...) Y viéronse los súbditos encadenados a sus pasiones y necesidades, a su hambre infinita, tanto así que el karaí-guasú se vio en la dolosa necesidad de abrir de par en par los desvanes donde almacenaba el

sobrante, pero los gorgojos habían terminado ya mucho antes con lo que las trojes guardaban (...) así los bárbaros arribaron del norte y arrasaron con cuanto a la vista se les arrimaba (...) llovía fuego del cielo y los cuerpos se llagaban (...) conforme en nuestra persecución adelantaban, a ritmo del invierno nos fuimos desplazando también nosotros rumbo a tierras más gélidas (...) los más jóvenes se encargaban de transportar la piedra e iban turnándose sin apenas descanso, porque los perseguidores viajaban más ligeros (...) iban quedándose los ancianos, los enfermos y algunas mujeres que habrán servido para sosegar su ímpetu (...) y nuestros corazones rebotaban como el caucho (...) el pueblo estaba tan atemorizado que apenas asomaba cabeza de las guaridas (...) y se olían las raíces venenosas, los frutos malos, y sólo así suponíamos el alimento: la angustia era enorme porque no había para comer, no había pieles para protegernos del frío, faltaba lo mínimo (...) las lanzas eran solitarios testigos porque no servían para otra cosa más que para rascarnos las espaldas (...) luego la piedra lanzó su augurio: se comerá carne de hombre sin culpa alguna».

33.

Del cuaderno de Morgan:

«Encontrado el sitio vino pues la primera desgracia de muchas que habrían de llegar (...) porque era infértil la tierra y de las sementeras no crecía sino miseria, a pesar de los templos levantados donde la piedra hubo exigido, así que muchos fueron a encomendarse a los diablos y la respuesta fue aún más severa, porque el pueblo demostró con sus acciones poca paciencia y fe. Llegaron entonces de los cielos grandísimas persecuciones y escaseó el agua. (...) El karaí-guazú se vio obligado a cambiar el año, porque era mucho muy malo el del conejo y así sumó uno más al calendario (...) llegó el tiempo de cosecha y hubo plaga de langostas que provocó el hambre general (...) para

sobrevivir, la gente se tlacotinizaba con los pueblos ya asentados e incluso vendían a sus propios hijos o a los hijos que sus hijos no tenían aún (...) al año siguiente hubo plaga de ratones y al siguiente de tuzas y al siguiente pestilencias y al siguiente inundaciones (...) los hombres que quedaban salieron a buscar alimento a las regiones vecinas y a los bosques pero muchas veces no volvían y entregaban la vida al cansancio y el hambre y la miseria».

34.

Quieren saber de las ratas. Sobre los días y las noches bajo tierra. Pues bien: los sonidos que producen las ratas son en realidad un complejo conjunto de señales que el oído humano es incapaz de diferenciar. Eso decía uno de los líderes de la brigada, el albino Kovac: que era posible deducir la lógica de las ratas mediante un estudio detallado de su comunicación y que, incluso sin haber disfrutado del tiempo necesario para realizar un ordenamiento profundo de los pocos tonos asequibles para nuestro sistema auditivo —apenas un par de matices obvios entre dos gruñidos casi idénticos, al menos para un oído poco privilegiado— la gama daba para relacionar las consecuencias directas entre las acciones del tropel y los comandos de las ratas alfa: una avalancha, decía de pronto, y Kovac oteaba a ciegas, aguzaba el tímpano hasta condensar una serie de señales ininteligibles para el resto, ecolocaciones capturadas desde sitios que sólo él conseguía convertir en mensaje, favorecido por la acústica de las tuberías y los pasadizos del desagüe. Luego, siempre demasiado tarde, sentíamos temblar el andamiaje y nos tumbábamos. Pongan atención, decía Kovac. Es posible entenderlas, basta con unirse a ellas. Con sentirlas. Pero nosotros no podíamos, en parte porque los albinos, es bien sabido, desarrollaron una sensibilidad específica ante el campo magnético terrestre luego de tantas generaciones trabajando las minas. Por ello, en los túneles Kovac

era un elemento valioso, aunque arriba el sol lo convertía en un estorbo. Había sido vakapitari cuando joven, uno de los primeros albinos licenciados para competir en el Anguja. Tras un par de buenas temporadas, una lesión en el codo lo apartó de la duela. Kovác tenía un cromó de su época como jugador pegado en el casillero: una mancha blanca, uniforme y piel, recargada en un frontis, la ajaka calcada en la diestra y una sonrisa, la veta más oscura de la imagen, cruzándole el semblante. La suya fue una generación en sepia: piel contra piedra, fábulas rancias sobre antiguos jugadores de mano pelada y cabal chapela que empleaban el lanzamiento de guante para retarse y más tarde, luego de pasar los padrinos por una notaría con la misión de esclarecer medidas y seleccionar las pelotas y los jueces que habrían de sancionar el desafío, sudaban el vino que llevaban libando desde días antes: a ciento noventa pulsaciones por segundo y a lo largo de sesenta y dos metros de duela. Coursilerías, si me consultan. Poco número y mucha polilla. En un descanso durante la semana de adiestramiento, Kovac nos contó que tras su retiro, luego de años dedicados con determinación a la caña quemada y el lanzamiento de escupitajos, un asalariado de la tele y antiguo entusiasta del juego le ofreció un pequeño papel en «Cepas», la miniserie escrita y producida por el Canal Estatal cuyo objetivo fue tratar de concientizar a la población charqueña sobre el contexto albino. Kovac participó en el serial con un breve cameo porque una de las grandes luchas ganadas por su gente ha sido la deportiva y quién mejor que Kovac, el famoso vakapitari, para validar el ascenso social de los suyos. Es cierto: la serie, que más que serie fue telenovela, gozó de cierta popularidad. Tras los primeros capítulos, por ejemplo, la abuela comenzó a llamar por su nombre a la señora albina que nos lavaba los pies luego de pasar tardes enteras lagrimeando las iniquidades perpetradas por nuestros ancestros. Un sufrimiento solidario y apto para todo público, a hora estrella. Kovac, querido: el dolor es verdad si lo valida el rating. Y tú que hablabas tan poco sobre ti mismo y demasiado sobre las ratas y su notación roedora. Cuando

el bicho ya estaba allí sólo Kovac supo, y supo porque aprendió a asignarle acentos a ese silencio que el resto despreciaba, temía o ignoraba, un silencio sin redoble y que él mismo hubiese rechazado de no haber sido porque estaba inmerso en él, enfangado hasta el cuello. Desconozco cómo terminó de brigadista aunque sospecho que la soledad tuvo algo de culpa. La soledad, el sistema educativo, el sistema crediticio, el sistema judicial. Y sin embargo no hay culpas para repartir sino sistemas. Los estilitas renuncian a la vida por sistema con tal de volverse sistema y vida en la misma exhalación. En cuanto a Kovac, prefiero pensar en él bajo los mismos términos: una implacable voluntad sobreviviente, ajena a mutaciones y cruza, enferma de pureza y obcecación, capaz de completarse y vaciarse, completarse de nuevo y vaciarse otra vez: en cada cuerpo y cada bulto pudriéndose en la costa, en cada meñique y brazo y cabeza sin correspondencia, en cada cola de rata recolectada: una fuerza sin otro propósito que ser fuerza, por encima de los cuerpos quebrantados, los huesos quebrantados, los espíritus quebrantados, sin sangre todos, cuerpos sin nombre propio y por tanto de todos o de los que estuvieron antes y que ahora son también todos. Una soledad sistémica. Fue él quien dedujo que una vez avanzada la enfermedad, la colonia manio-braba en automático. No los científicos, no los gobernantes, no los petulantes burócratas del *CONATYC*: uno de los nuestros, el *vakapitari* alcoholizado e invidente a medias, moroso de todo y para todos, incluso de los cinco minutos de fama que creyó recuperar cuando la televisión pública utilizó su imagen para saldar cuentas con la historia. Dijo Kovac: a partir de ahora no habrá ruido o instinto y las ratas tampoco tendrán más hambre porque de hambre sufren sólo los cuerpos vivos. Morgan se planteaba la verdadera importancia de distinguir los chillidos largos de los cortos si por descontado debía darse que la enfermedad normalizaba el ruido. Graves o agudos: cada tono se adhería a una masa de la que también nosotros éramos parte. Pero cuando el bicho comenzaba a afectar sus capacidades motrices y había ofuscado ya buena parte de los cerebros, esos

cerebritos de mierda movidos a saber por qué electricidades, las ratas también se volvían silencio. A veces sólo se escuchaba un crujir de dientes, a lo lejos, en clave de señuelo. Era distinto al principio, decíamos, y no escatimábamos escalofríos en añorar tiempos más violentos pero ruidosos. Al principio. ¿Qué principio? Las ratas, al menos, son buena medida para estimar el paso del tiempo.

35.

Como consta en el Archivo Municipal, las remisiones se desataron cada vez con mayor fuerza, muy a pesar de los adelantos que el progreso fue empeñándose en patentar. En gran medida adeudó al hecho de que sin importar demasiado las curas por descubrirse o el desarrollo que el conocimiento haya alcanzado, estos cuerpos nuestros poseen la capacidad única de hallar formas de fermentación cada vez más complejas. Los naturales tenían ideas curiosas al respecto. Consideraban que cualquier variación al orden natural provenía de agentes incorpóreos, subordinados a una voluntad divina. Su organización, como la nuestra, estaba sostenida por un sistema piramidal donde la casta más baja, compuesta por los deformes y los enfermos de la piel, debía purgar su condición sometiendo su propio cuerpo a la agonía. Las primeras muestras del bicho llegaron desde otro continente pero fue aquí donde encontraron su verdadero caldo de cultivo. No nos engañemos. Es común en el mestizo culpar de nuestra suerte a los bárbaros y a los salvajes. Ya otros males endémicos habían azotado esas ciudades hoy sepultadas bajo nuestros demasiados bancos, delegaciones y estaciones de frontón, mucho antes de los desembarcos: cada invierno los naturales con enfermedades causadas por treponemas marchaban hasta lo alto del Cerro. Ahora lo llamamos Cerro, con mayúscula, gracias a la asignación de código postal, suministro de agua más o menos potable y un sistema de saneamiento de quinto orden, pero en los tiempos de la

c minúscula se trataba apenas de una loma chata negroterrosa con un montón de piedras apiladas. Allí, hace mucho, los sacerdotes de ese culto ya extinto llevaban a cabo sacrificios con la intención de evitar tiempos infértiles, enfermedades y catástrofes naturales.

36.

Sacrificaban animales mansos casi siempre, pero si era año árido o de plaga tampoco tenían inconveniente en despachar primogénitos o vírgenes, lo que fuera sobrando por entonces. Ha de entenderse que entre los pueblos de grandeza (y los charqueños hemos sido convencidos de cargar voluntariamente con el peso imaginario de lo grandote) las vírgenes nunca han estado de más y los niños casi siempre sobran. Podía incluso considerarse un gesto noble la inmolación de menores: preferían a los gorditos y a los recién nacidos, con huesos sin formar todavía. En cambio, los llegados al mundo con retraso mental y facciones arrugadas demandaban trato de regalo divino. El ritual, serio y extenuante, se prolongaba por días. De este modo se narra en Sucesos de las Tierras del Sud, fidelísima relación del descubrimiento, conquista y conversión de los pueblos bárbaros, recogida por el Doctor Don Antonio Funes y Almanza, moneda de diez créditos, conde de Traslómata, oidor decano y juez de censos en la Real Audiencia de Nueva Sevilla: «Así era como podían los naturales hallar vida en dos sitios o muchos a la vez: pintábanse los cuerpos sobre los labrados que desde sus mocedades iban haciendo y ya luego encima de estos vertían y fregaban unos polvos negros que ya nunca se quitaban (...) más era verdadera medida del tiempo lo que en amainar tardaban las fuerzas de una decocción vegetal que los más principales de estos hombres comenzaban a preparar con meses de antelación y cuyo fin no era otro sino fomentar las pericias adivinatorias, la cosmogonía y otras mentiras varias (...) molíanse las yerbas dentro del brasero y los amancebados y los

viejos tomaban su sitio y espantaban la muina chamuscando atados de copal y efedra (...) ya luego aparecían los hombres que tenían por oficio estuprar a las doncellas y atrocemente, enceguecidos por los efluvios, sin conocimiento alguno sobre el ser gentil; la existencia de Dios verdadero ni los caminos de razón que a hallarle conducen, dábanse a la bebida fermentada de sus propias raíces y con esto abandonaban el mundo (...) la imaginación ausente, en su desbocada irresponsabilidad, es capaz de cometer los desvaríos más inimaginables y es bien sabido por los hombres del Señor que ninguna suerte o gracia es capaz de devolverlos de las tinieblas, porque los cuerpos ya sin mente se montan unos a otros y mezclan sus humores antes de cometer los nefandos actos del despiece». Tampoco escaseaban: chonta, yuca, maíz, caña de azúcar, plátano, tejocotes, flores de biznaga, pernil de tapir, y como plato principal, el niño a lo largo y ancho de la pendiente. Las articulaciones, carne y vísceras, quedaban esparcidas por la escalinata y los fieles, para conmemorar la ocasión, se recreaban con el mondongo al ritmo de unos percussionistas que mandaban traer desde lo que ahora conocemos como La Collera. Habrán pensado: mejor terminar en el vientre de un paisano que criando tenias. No habían llegado los albinos todavía. Habrían echado mano de ellos pero fuimos, antes de las migraciones, estrictamente gente de sol. Una lástima. Niños albinos y gordos: he ahí una ofrenda incontestable.

37.

Aprovechábamos cuando se agrupaban. Éramos pocos al principio. Kovac, Morgan y un puñado más. La gente cree que fue un trabajo sencillo. Evacuar edificios. Ponerse chalecos anaranjados. Quizá por eso nos daban trato de fontaneros. Recogíamos a sus niños. Los lavábamos. Les otorgamos números, fichas y descanso. Fontaneros, nos llamaban. Es cierto: si un lugar se encuentra infestado entonces es inevitable fumigar

con cianuro y ácido sulfúrico. ¿Vale la pena tanto alboroto? Las instrucciones, de tan sencillas, resultan trabonas: basta desalojar primero y esperar casi dos días a que el veneno surta efecto, se disipe cualquier sobrante pernicioso, y los inquilinos o trabajadores, según sea el caso, puedan reincorporarse a su oficina o domicilio sin arriesgar la salud. Morgan y yo nos adiestramos a la vieja escuela. La paciencia no es para todos pero termina pagando. En cambio, para organizar una carnicería no hace falta ser muy listo. Exterminar es otra cosa. Un oficio complejo. No debe quedar rastro del cadáver ni del ejecutor. Al ciudadano no le gusta pensar en la muerte y justo tras esa idea se encontraba nuestra razón de existir. Podíamos considerarnos un servicio a la comunidad, a la cordura general, a la economía del Noble Imperio. Natural: los matarifes hacen perder dinero a todos.

38.

Del cuaderno de Morgan:

«Los sifilíticos y los leprosos escalaban la cuesta rodillas al piso y una vez hallábanse sus muy cansados cuerpos en la cima, se aprestaban a higienizar los altares o a echar mano donde se requiriese. Aquellos damnificados, en los huesos, todos pellejo y ceniza, fregaban la propia piel con morbidez y se obsesionaban no tanto por remediar su circunstancia, que ya para entonces habían aceptado como proporcionada e inherente, sino por contrarrestar la mínima posibilidad de empeorarla. Era, después de todo, la manera que los originarios desarrollaron para procurarse una piel sana, sobre todo porque este mismo ídolo al que encomendaban sus costras resultó ser, divinidad aparte, el encargado de despachar los apostemas, tumores y otros padecimientos cuando no obtenía de sus creyentes la justa veneración».

Nuestro trabajo era cómplice del azar. Intervenían en él muchos factores: la tecnología de los tóxicos, el clima, los sonidos, el espacio delimitado por la central para realizar nuestras indagaciones, el discernimiento trabajoso y basado en las coincidencias y series de datos que, a pesar de su inconsistencia, llegaban de pronto a repetirse en pares o al menos esa impresión quedaba, y encontrábamos en esas duplicaciones o semejanzas cierto sentido, real o no, sentido al fin, porque allá abajo la suerte y sus manifestaciones, por decirlo de algún modo, primaban sobre la lógica, por lo que asirse de algún lado más o menos firme era necesario: de modo que al sabernos postrados ante el pantano, en la parte menos honda, es cierto, pero no por ello menos turbia, poníamos especial empeño en afinar el sentido de la improvisación, sobre todo en caso de que la suerte, como suele suceder, escaseara. En un principio imitábamos el comportamiento de los fumigadores convencionales. Untábamos veneno y leche en rebanadas de pan de caja. Así pasábamos las horas, molcajeteando nata con arsénico. Se trata de un brote menor, peladitos. Las evidencias son insignificantes. No bastan para construir un patrón. Ustedes a los suyo: a untar, cabrones. A untar y a recoger muertos. Eso decían. Nada por qué preocuparse: las hemos visto peores. Acuérden-se del 58. Y nos acordábamos, cómo no, aunque muchos de nosotros no habíamos ni nacido. Nuestro bicho era capaz de ingerir ciertos venenos suaves sin que el daño resultara fatal, pero no sabíamos, no había cómo. Sintetizaban la sustancia y la cepa se agitaba. Mantuvimos la confianza en el método hasta que resultó demasiado obvio que nos enfrentábamos a una situación un tanto más compleja. En casos comunes, digamos una infestación de rutina, el veneno toma tiempo pero se consigue un trabajo limpio. Carbonato de bario: nueve centigramos bastan. Hay que ser pacientes con el bario. Pueden olerlo y hay que matarlas de hambre para matarlas de verdad. Las crías son inexpertas, acostumbradas a que la madre suministre el

alimento. Entonces se descuidan, comen cualquier cosa. Por puro grosor la madre tarda más en quebrarse. Sus crías hambrientas se atragantan de veneno cuando ella ya agoniza, sin saberlo. No es complicado pero hay que tener paciencia. A veces, cuando la luz rosada me asedia las retinas y no queda más opción que apartarse de las imágenes por un segundo, o Clara suspira o tose o atraviesa una mosca la habitación hasta hospedarse sobre la tela licrosa, el corpiño o la forma que vaya tomando el material según el caer de la tarde, y a la transmisión le salen estrías, pienso de pronto, nomás por sacarme la luz de la mente un momento, que fueron ellas las que tuvieron paciencia con nosotros y no al revés. Ratas buenas, al fin. O al menos pacientes, que a estas alturas debe bastarnos como sustituto lícito de la bondad. Háganse héroes, chicos, habrán dicho. Bauticen las calles con sus apellidos: de todas maneras el fondo es nuestro. La paciencia, sin embargo, y tanto en hombre como en roedor, termina siempre por vaciarse. Tiene fondo. Un día cualquiera, no sabría decir cuándo, la lógica sanguínea quedó anulada. Kovac tenía razón. Dejaron de obedecer el sencillo encadenamiento de acciones y números al que toda plaga puede reducirse. No hubo más madres, hijos o camadas, tampoco nidos ni colonias, sólo pequeñas furias sin filiación, sueltas bajo tierra.

40.

Las aspas no giran. Hace calor y no giran: está parado el ventilador, descompuesto tal vez, detenido del todo, a pesar del calor, detenido de un modo tan terrible que el polvo pegado a las aspas se ha transformado en costra y esa misma costra va camino a convertirse en pared. La piedra transmite una antigua publicidad de pulseras Mirasol, un eslogan pegadizo que sobrevivió a generaciones de espectadores hasta que la nostalgia terminó en culto: una pareja joven en sus treinta, hombre y mujer, atractivos, ropa sport, casa grande con jardín al fondo

y recibidor con hamaca, coche sano, hijos sanos, perro sano, colores brillantes y pastel. Las pulseras que nos hacen felices, las pulseras que nos hacen vibrar. Pulseras Mirasol. Todo un caudal de buenaventura: manumisión y serenidad en diversas presentaciones: colguije, pendientes, extralarge, ultraconfort, piel orgánica, extensible intercambiable de goma o en su forma más tradicional, diminutas piedras magéticas unidas por una cinta de hule con rebaba. El fabricante, Mirasol S.A. de C.V., cerró hace décadas acusado de publicidad fraudulenta. Decía así: salud y equilibrio por medio de hologramas imantados: a través de frecuencias halladas en su propio cuerpo y entorno: posean la capacidad de desarrollar el equilibrio propio y de sus seres queridos, la flexibilidadaaaaad, la fortalezaaaaa y el bienestar generaaaaal: y se expandía la consigna con ese retintín metálico que inundaba el malecón cuando los vendedores se hicieron de aquellos bocinones rodantes para endilgarle a la gente honrada sus miserias. Desconozco cuándo fue que el producto milagro se asumió de forma literal y la gente comenzó a creer que las pulseras eran fragmentos de dios. ¿Cuándo cambió el fondo de la súplica y en lugar de pedir porque el bicho desapareciera o se anularan sus efectos, la gente comenzó a suplicar un mal mayor, fulminante, el bicho que de una vez por todas nos dejara descansar tranquilos? Todos los que fuimos niños en esos tiempos las portamos, sin excepción. Nuestras pulseras fueron regalo de la Pájara porque su padre trabajaba para Mirasol. Si alguna vez obró milagro en nosotros, si atraíamos metales con un giro de muñeca, no lo recuerdo.

41.

Lo dicho: un exterminador no elimina a las ratas en cuanto las atrapa. Los chillidos atraen a las demás. Hay que ser paciente y apaciguar el cuerpo. ¿Escuchas cómo chillan? No te adelantes. Aguarda a que se reúnan y luego actúa. Eso me lo enseñó Morgan.

42.

Las escapadas ocasionales a la papelería son excepción única a mi norma vital. Salgo poco. Temo que las desproporciones, los segundos de más y de menos, me agarren allá afuera, indefenso. Que al volver encuentre a Clara tirada sobre el tapete, sorbida como hueso de fruta y el olor de su cadáver llene el edificio y los edificios y la ciudad entera, y luego vengan los vecinos a preguntar, a llenarnos de preguntas y cuchicheos y ruidos como de perro. Entonces no voy a poder explicar qué con la piedra. ¿Cómo decirles que Clara no ha desaparecido sino que, todo lo contrario, se ha transformado en otra clase de materia, más viva si cabe? No van a saber ni a darse cuenta. Van a quedarse sólo con sus ojos de muerta y mis ojos de muerto también, buscando una salida

43.

Los perros contraían la enfermedad más rápido y comenzaban a perder pelo. A los pocos días no tenían uñas ni dientes. Luego se les hacían polvo los huesos hasta que en una semana no eran más que costales de piel plegada. Los gatos, en cambio, portaban sin disolverse al instante. El problema vino cuando las ratas se mudaron a los depósitos de cereales, y más tarde, al terminarse las reservas, huyeron con dirección a la refinadora de harinas. Hubo que cambiar de estrategia porque es bien sabido que la manera más llana de eliminar una plaga es por inanición, de tal forma que los lugares más complejos para realizar un buen trabajo son precisamente donde sobra el alimento. Esas semanas tenía yo asignado un perrito pelicorto, bastardo de terrier y ladrante. Aunque en las casas particulares y en las pesebreras había destacado como uno de los mejores ejemplares, ante la nueva contingencia resultaba poco menos que inútil. Luego de una extensa reunión donde se discutieron cantidad de cosas pero más bien se solucionó ningu-

na, resolvimos, por no tener ahora mejor palabra a mano, que lo más sensato era mantenerlos en las jaulas y probar un plan alternativo. Cuando entramos de nuevo a la fábrica, las ratas se habían multiplicado. Habitaban los muros y llenaban el espacio con sus ruidos. El albino cerraba los ojos, se concentraba, pero no había manera de que su método, el pobre método que su cabeza había construido con apenas ramas y lodo, un intento vano por racionalizar el instinto, pudiera ayudarlo a adivinar los movimientos de la colonia. Salían de sus agujeros y apenas dejaban rastro de sus escapadas en el rabillo del ojo. Cuando hay exceso de alimento es imposible aniquilarlas. El secreto, pensábamos, radica en suministrar el cebo que no están acostumbradas a obtener: asadura fresca y cabezas de pescado. Pensábamos, pero también ellas, a su manera, quizá más efectiva, pensaban. Resultaron intelectuales. Olisqueaban las trampas y se quedaban ahí, mirándonos con esos ojillos inyectados de mierda, como riéndose de nuestros procedimientos livianos, de los trajes bombachos, de nuestras miserias y nuestros calendarios y nuestras ruinas y nuestras secretarías atendiendo triples turnos y nuestros vakapitaris decrepitos tratando de entenderlas: de nuestra pobre raza llena de espacios vacíos. Pues bien: estuvimos a la espera de que las ratas se acostumbraran al olor de la comida envenenada durante ocho noches. Yo intentaba estar sereno, pensar en el pasado, apoyarme en el recuerdo de Zuleima. Pero era imposible soportar las horas. Incluso Morgan parecía abatido. Otra vez era portador de un silencio atroz. Al principio pensé que su cambio de ánimo estaba condicionado por los efluvios concentrados o que quizá tanto tiempo en el encierro le había ocasionado una intoxicación pasajera. Lo encontré sentado junto a una de las bahías de descarga, tomando aire. Respiraba con dificultad. Dijo algo sobre perderse. Perderse y no saber cómo volver. Luego murmuró algo sobre la novicia. Te lo juro, dijo: qué iba a saber yo. Señaló un punto con el índice y marcó una cruz en el aire. Ahí. ¿Viste? Justo ahí. Primero iremos a Camboya. Y de ahí a Yakarta. Sin pierde. Y yo no supe qué contestar, como

casi siempre que Morgan actuaba de aquel modo. Entonces el inspector dio la orden de que soltáramos a los perros.

44.

Las mejores páginas las guardaba Zermeño para su encueroteca. Decía: éstas no valen todas las chaquetas del mundo, e iban a parar directo al empastado donde se amontonaban las poses eróticas de Zulaima de Garay, Pita O'Higgins, Nefertiti Magaña y otras vedettes de sensación. Era mal negociante, Zermeño, adepto a su propia mercancía. Nunca supimos dónde lo ocultaba con exactitud, pero el empastado cobró tal fama entre la rapiña de la colonia que Zermeño no sólo gastaba el tiempo urdiendo escondites según marcara la paranoia, las pesquisas maternas o los rumores sobre un supuesto golpe maestro ideado por los gemelos Alanís y sus secuaces de la Santa Rita, tan maestro como puede ser cualquier golpe antes de conectar, un golpe privador del tesoro y del honor, materializado en aquella colección de gaitas en papel revolución, pero Zermeño, meneado por el terror de extraviar su única gracia, desarrolló al tiempo y como único blindaje, un sentimiento de desconfianza hacia su círculo más íntimo, es decir, nosotros. Ejemplo: antes de franquear la entrada al cuarto ritual nos pedía esperar un segundito. A veces el segundito se alargaba y terminaba en minutito, claro. Luego atrancaba las puertas con seguro (tenía dos) y así lo escuchábamos fabricar un rústico sistema de trampas: arrastraba: la cama de un lado al otro, azotaba: las puertas de los clósets, destapaba: los cajones y las cómodas, amontonaba: las sillas en dos o tres o cuatro pilas. La verdad sea dicha, nunca me interesó demasiado hacerme con su tesoro. Es así: jamás me ha importado hacerme con el tesoro de nadie. Los tesoros son asignaciones. Yo sólo podía pensar en Zulaima con el hábito al aire y en su puchita crisálida descendiendo sobre mí como una nave nodriza: Zulaima de Garay, dueña de los pezones más carnosos y prietos que he tenido

oportunidad de mordisquear: Zulaima de Garay: en acta de nacimiento Esther Rivas Calderón, originaria de nuestra cuatro veces heroica y patrimonio cívico y sexual, aunque se haya largado a la capital en cuanto quedó segunda de un concurso de belleza que organizaba Telesistema Charqueño y no haya vuelto hasta muchos años después en el interior de un féretro cuyo acomodo final fue el fondo del mar. Pero el empastado no era Zulaima ni mucho menos. Había que ser muy inocente para creer que aquellos pezones lumínicos, con terminación mate y aureola desvanecida, podían ser reducidos a las peladas dos dimensiones de nuestras carreritas de mecos. Zulaima I, a la sazón Emperatriz de El Muy Grande y Noble Imperio de Yakarta, pertenecía a otra existencia más sutil, nunca frágil sino simplemente delicada. Eso lo tuve siempre bien claro, a pesar del calor y del macizo torrente hormonal que recorría nuestras venas por entonces. Lo que nos atraía hasta allí tenía muy poco que ver, a fin de cuentas, con el empastado.

45.

El perro estuvo en la fábrica de harinas sólo un par de horas. Cuando salió al fin el hocico le olía a almendras. Fue el primero en volver y tal vez el único. Ya era tarde. Morgan no asomaba, no asomaba y el bastardo de terrier volvió de pronto, dando tumbitos púrpuras. El contorno de los ojos, las mucosas, incluso la nariz: todo púrpura. Se quedó echado junto a un poste de luz, muy quieto. Luego empezó a vomitar sangre. Ni un ladrido: sólo sangre y flemas. El inspector se negó a gastar parque. Me guiñó el ojo. Esperó a que el perro terminara de morir entre estertores y llamó a la Secretaría de Sanidad. Iba a pedir autorización para prenderle fuego al edificio.

Morgan tenía su propio cuaderno y a veces me permitía husmear en él. Hacía como que lo dejaba abierto por error y luego desaparecía. Creía comprender sus motivaciones. Pensaba: hay veces que necesitamos vaciar la cabeza. Lavarla, darle vuelta. Que otro nos condone. Pero había más. Aquella era su manera de decir o de adaptar lo que no le estaba dado decir de otra manera. Iba al baño o a dar un paseo y el cuaderno quedaba ahí a medio cerrar, sobre su pupitre o el costurero de la abuela. No resistía la tentación de examinarlo. A veces, cuando estaba seguro de que tardaría en volver, yo mismo copiaba en otro cuaderno cualquier cosa que en el momento me pareciera pertinente. Así fui creando un acervo propio, apéndice del de Morgan. A veces pienso que también eso lo tenía calculado. Que una parte importante de su plan era mi participación como copista. El cuaderno original consistía en dos tapas plásticas unidas por hilo de cáñamo y hojas con el membrete de la escuela en marca de agua. Se las robaba del salón de maestros para luego llenarlas con sus cosas: datos que le parecían interesantes, recortes, números, casi todo tomado de otros sitios o quizá de sus propios sueños, una miscelánea imposible de rastrear, por lo que mi cuaderno era, cuando menos, el tercer afluente de un caudal sin conclusión. Decía que ése era su proyecto. Que nosotros podíamos seguir viendo encueradas o matches de pelota si se nos hinchaba. Luego se relamía la boca con esa lengua tan puntiaguda y larga, y se sumía en las páginas repletas de dibujos y borrones, con los márgenes hinchidos de anotaciones casi imperceptibles, de letra comprimida y muy junta.

Casa de Zermeño quedaba en el centro, a dos calles de la catedral y justo frente al abarrote de los gallegos. Allí mismo te-

nía el padre la peluquería, una especie de anexo levantado en tablaroca e invadido de ley por la chamusquina del tabaco y la hoja de enrollar que la clientela gastaba a diario sin falta: pescadores, tenderos y burócratas urgidos por alinearse el bigote o un despunte a navaja, a medio día, robándole minutos a las loncheras, el descame y las tarjetas de control, o bien, ya caído el atardecer con su viento helado y el escándalo habitual, diseminados justo en el límite con el segundo anexo, restringido únicamente al uso de las clientas peroxidadas: un cobertizo de chapa con entrada independiente donde se alineaban un par de secadoras eléctricas tipo casco y tres estaciones de pedicura, provista cada cual con su respectiva callista, de modo que recargados contra el falso muro, al otro lado, vegetaban los varones entre una nubecilla de pelo y la fragancia del talco, hojeando antes que nadie las gracias de la página 3, las últimas patrañas por difundirse sobre el inminente cierre del Frontón Anguja o la crónica del enésimo empate al hilo de los Albinos de Itzcuintlán, bien quietecitos, casi cuajados entre el humo denso, aguardando turno para apoltronarse en aquellas butacas reclinables color menta, única distinción que hubo de sobrevivir entre tanta pajarera repartida en la costa. Zermeño solía chicanear, cuando tenía el chance y sobre todo cuando no, que la suya era la casa más regia de todo el centro, aun sin contar la peluquería, porque de lo contrario habría que incluir el puerto entero. Y no faltaba a la verdad, aunque también es cierto: su casa era más bien una construcción monstruosa y sin gracia alguna, hogar típico charqueño: en constante obra negra y desmembramiento, situación deudora, en buena medida, a las ínfulas de la madre, que en cuanto olisqueaba el calor de los permanentes y las tinturas abriéndose paso entre los cueros de las clientas, tardaba casi nada en coordinar las gestiones para que los maestros albañiles (a quienes por pura vanidad daba título de arquitectos) despacharan novísimas mejoras y remodelaciones de muy distinta índole: cuartos de visitas, áticos, solares, porches, balcones, terrazas, salas, pasillos, más pasillos, todo en materiales innovadores, aislantes,

neoprénicos, semirrígidos, agrofibrosos y, por supuesto, a costa del padre de Zermeño, un tijeira afable y complaciente que habría preferido prodigar sus ratos libres apostando a la pelota, pero cuyos compromisos conyugales y sangre floja lo obligaban a vigilar las obras y pagar a los peones, por no contar, el pobre, con otra elección que un sí a voz mediana para corroborar los deseos de su señora.

48.

Aquí dentro, a causa de la piedra, los perros desaparecieron hace tiempo. Pero afuera existen todavía. Se escuchan y son poderosos. Ladran para acompañarse, pienso, porque con el tiempo y la domesticación, con la aparición del champú antipulgas y el collar antipulgas y la carnaza antipulgas dispuesta para la limpieza dental del mejor amigo del hombre, los hemos despojado de ese recurso primitivo que es el aullido. No lo necesitan. Estos perros no entienden de manadas ni lunas, entonces ladran. Han aprendido a tomar el té, dominan otra lengua y van al psicoanalista una vez a la semana. Por otro lado, la onomatopeya «guau», sin ser entendida sólo como reclamo, suele emplearse en el idioma para describir el ladrido de perros chicos y grandes por igual. Apunto una idea: lo útil que sería la creación de un par de nuevos términos para distinguir los sonidos de alarma, torvos y de baja frecuencia, de los que utilizan para expresar la soledad o el hambre: tonales y agudos. Como lamentos o risas o las dos cosas. Estos, a su vez, también requerirían dos nuevas inflexiones destinadas a ejemplares chicos o grandes, según sea el caso. A todos sin excepción la piedra los detiene en seco: se quedan al margen de este cuarto y de Clara.

49.

Del cuaderno de Morgan:

«Notas de Wellington: en ocasiones la copia es indistinguible del original. No sólo eso: la gran copia, la copia perfecta, busca ser indistinguible de la naturaleza, de la realidad, del mundo».

Un cuento: el rey le pide al artista que pinte un laberinto.

50.

Otras veces, las menos, nos juntábamos donde Helguera. El padrastro se dejaba ver poco en la casa. Por la madre nunca preguntamos. No existía. Y lo que a simple vista no salta, tampoco debe indagarse. Morgan contaba por lo bajo, cómo si lo supiera de cierto, que la madre se mató en las vías del ferrocarril cuando la Pájara era todavía muy chico. Entonces el padrastro, porque así lo llamaba Helguera: padrastro o padrastrito, tuvo que amachinar con el paquete. Era vendedor por comisiones en Mirasol. Para aquel verano, el de noveno curso, llevaban poco en la ciudad. Dos años, cuando mucho. Habrán llegado por la misma época que Pulseras Mirasol abrió su primera sucursal. La fábrica vino mucho después: en el descampado que quedaba no muy lejos de casa de Helguera. A veces Padrastrito se perdía por días, absorto en el plan de ventas y expansión que le exigía visitar las plazas más remotas del estado. A decir de la Pájara, allá se vendía mejor el producto, puerta a puerta, como en los tiempos del vermut de grifo y los boleros en amplitud modulada. Así eran los veranos exentos de cuarentenas. Cinco décadas sin indicio de desastre. La abuela no se cansaba de recordarnos lo afortunados que éramos por haber sido elegidos para crecer en un tiempo colmado de bendiciones. Pero yo no tenía esperanza en ese progreso que el futuro nos había prometido y me espesaba

de aburrimiento. A veces hasta deseaba que alguno de los cuentos del marista manco se hiciera realidad. Quería verle la cara al bicho. Todo mejor que aquel hastío tropical al cual no había manera de gambetear. Había que esperar hasta el otoño para el inicio de la nueva temporada del frontón. Nos tatuábamos calaveras en los brazos con tinta china, robábamos cigarros del abarrote y nos los fumábamos en el malecón hasta que nos punzaba la mollera. Jugábamos raya con los pescadores o buscábamos cadáveres de animales en la autopista.

51.

Hace calor y aparecen las cosas que aparecen sólo a veces: ahí está la Pájara Helguera con una cajita de cerillos entre las manos. ¿Puedes verlo? Nervioso, flaco, con cara de susto. La Pájara no intuye que le queda poco tiempo entre nosotros, unos meses apenas. Padrastrito va a mandarlo a un internado militar y luego nadie sabrá más de él. Entre las ondas de calor, el yo de entonces tampoco puede saber (no hay manera) que a la Pájara y a su hermana les acomodan tremendas palizas los días pares, a veces justo al llegar de la escuela, cualquier razón mediante: la calina, el hambre, la desidia; otras cuando anochece y porque el día ha durado demasiado. Ahí salta la marca del cuero en el antebrazo de la Pájara. Un tajo. Una cicatriz en la ceja. Una quemadura en el dorso de la mano izquierda. Con los años, los elementos de sus caras: ojos, bocas, narices, van a obtener en mi memoria distintos visos y medidas, alterados del trazo original. Ahora aparece la Pájara sin filtros, nítido tras la masa de aire caliente: víctima de un temblor permanente, las manos arriba abajo, dividido entre dos planos: uno inaccesible y particular, el mundo en que es dueño y señor de todas las cosas; el segundo, exterior y con hábito de ensancharse, que me permite arrastrar la lente hasta una posición donde podemos apreciar una cuadrícula de yuyo recio y cre-

cido en desorden: el terreno baldío donde años más tarde va a levantarse una refinadora de harinas, luego una maquiladora de pulseras magnéticas, una secta, una montaña de meñiques. Ahora nomás reposa. Y la tierra, acangrejada como nosotros, construye una panorámica de los objetos que conforman el catálogo de los encuentros: cuatro bicicletas apiladas junto a la reja del predio, un neumático casi liso colgado de un tronco, la caseta de lámina a punto del derrumbe, invadida por estolones de cinta y malas madres. Allí almacenamos los instrumentos y el área destinada para la quema, oculta tras un ramal descolorido. Vista desde un ángulo designado arbitrariamente para emplazar la memoria, uno que en ningún momento debió formar parte del metraje original, parece anunciarse al centro del campito un tesoro enterrado bajo la cruz de ceniza. En medio está un perro que encontramos a un par de calles del mercado del puerto. Respira con dificultad y tiene una correa que yo mismo le coloqué. El mecate se anuda dos veces al cuello, una más en el ojo de la estaca clavada a tierra. Por lo general levantamos cadáveres de la carretera a Arroyo Muerto. Hoy Morgan decidió traer un animal vivo. Lleva rato jugando con un cigarro entre los labios sin atreverse a encenderlo, sin apuntar con la barbilla a ninguno de nosotros para que frote un cerillo y le ofrezca lumbre. No ha decidido cómo va a proceder ni en qué términos. Sentado sobre el garrafón, Zermeño mata los segundos con la punta de su chancla ortopédica, emitiendo un ruidito molesto a cada trancazo: quiere que se le reconozca el mérito de haber pasado media mañana chupando la gasolina del coche de su madre con una manguera, que Morgan le palmee la espalda, lo haga su número dos. Hay gente así. Helguera, en cambio, sólo quiere prenderle fuego a algo. Los miro hacer con el confort de formar parte, detenido allí junto a las sombras imprecisas que alguna vez fueron mis amigos y ahora no consigo distinguir. De pronto suena la voz de Morgan. Dice que hoy termina el verano. Que la ocasión merece un procedimiento especial. Asentimos sin esperar contestación y luego Morgan suma los silencios sin prestar especial atención

a ninguno, toma su bicicleta y pedalea calle abajo hasta desaparecer tras una fila de palmeras.

52.

A veces, cuando voy a la papelería y me conecto al frontóptico, intento adivinar cuál de todos esos animales nos levantaba por las noches luego de la plaga pero mucho antes de que llegara a nuestras vidas la piedra. Antes. Puesto ahora a modo de tajo, como si un gran filo partiera el calendario en dos o en ocho, me cuesta pensar que existió un momento denominado así. Clara ni siquiera entiende su vocalización. Lo repito hasta tres veces: antes, antes, antes. Parece no hallarle sentido o ritmo. Ni siquiera siente la necesidad de partir ambas sílabas, aunque eso tampoco significa que dicho espacio temporal no haya existido porque si bien ese antes es ahora un inicio deshabitado, después de todo yo mismo he tenido cabida en ese antes, y como no podía ser de otro modo, en contra de mi voluntad incluso, poseo recuerdos de esa zona anterior: nítidos, casi confortables por su capacidad de amoldarse a mi ánimo y al clima, modulares en su mayoría, y por lo tanto, más que considerarme un sobreviviente de ese lapso vago pero captado con exactitud fotográfica tendría que despacharme en calidad de viejo conocido, acaso un vecino, porque hay confort de por medio y uno sobrevive sólo a las experiencias cercanas a la muerte: a los túneles, a las epidemias, a las ratas; no a los recuerdos mullidos. Sobre esos hay que tremolar o hundirse hasta caer en un sueño dulzón, pero acá no sucede así, acá no es el baldío sino la visión del baldío y por más real que parezca es sólo eso: en la imagen del baldío es posible vivir a las anchas y controlar la lente igual que un vecinito bien nutrido, una subespecie de condómino engordado que dedica su tiempo a organizar reuniones donde deben tratarse temas de interés general como las cuotas a pagar por la instalación de un motor nuevo para la cisterna o el regalo navideño del portero cuyo monto ha

de repartirse equitativamente entre todos los departamentos. Un buen vecino, el mejor: ese que desaparece sin hacer ruido. En el baldío, en medio del silencio y de la hierba crecida en todas direcciones: ahí fui el mejor vecino, el que no miraba, espiaba o hacía ruido por las noches. El que proponía comenzar a contar desde un inicio deshabitado.

53.

La lista de motivos y las herramientas para llevar a cabo una labor de domesticación efectiva son largas y diversas, pero sobre todo se destaca el miedo. Arma infalible es el miedo. No al dolor sino a desconocer cuándo va a detenerse o si acaso va a parar alguna vez y no es en cambio una condición permanente, un modo de transitar por la vida. También el miedo a acostumbrarse, Pájara, a necesitarlo. Miedo a ser deshonestos y obscenos, a darse cuenta de que no existe manera de librarse del pasado porque sabes, a mí me duele esto más que a ti. Quizá no lo creas pero así es. ¿Ves esas muescas? ¿La piel curtida de este cinturón? Pues las mías, el dolor que me provoca hacerte esto es invisible pero mayor e infinito, un dolor anterior a todo; ¿y antes de todo, qué? Otro dolor, de otro tiempo. El dolor viene del dolor, es su propia madre. Pero no vamos a saber esto hasta mucho después, cuando ya no importe, cuando hemos decidido que deje de importar, o creemos haber decidido al menos, como si esto o lo otro fuera cosa de decidir, porque es cierto: será menos angustioso pensar que decidimos y también menos angustioso que importe nada o poco o nada de vuelta.

54.

Algunas madrugadas, lo recuerdo ahora, despertábamos en Yakarta.

Está muy oscuro cuando Morgan vuelve al baldío. Lleva una mochila colgada al hombro y respira agitado, como si alguien le viniera dando asedio desde lejos. No se disculpa por la demora, ni falta que hace. A Morgan lo habríamos esperado hasta el fin de los tiempos o incluso más: en el baldío, ensamblados al vacío y en silencio acorde, porque la imagen se detiene a saber qué voluntades mediante y porque, al menos en el recuerdo, en ese otro recuerdo que es la piedra y sus visiones o más bien el sentir de piel que la piedra y sus visiones provocan en la humanidad de quien admira, podría parecer que durante su ausencia no hubo sino un largo silencio interrumpido a cucharadas por las primeras ventiscas del año, esas que anuncian el fin del verano y bajan de la cordillera al atardecer para aliviar el calor cuando se encuentran, igual que convoyes descontrolados, al fondo del atronadero. Vino luego otra refriega de silencios, más densa, para anunciarlo. Durante ese lapso incluso el perro pudo olvidarse de nosotros, enroscarse y dormir una siesta. Pero ahora Morgan está de vuelta y el perro se aviva de un brinco, como olfateando que la tarde está por perder el pulso. Morgan viene de lejos. Es como un cuerpo celeste momentos antes de tocar tierra, una piedra espacial que tras haberse condensado entre las capas de gases, las exhalaciones volcánicas, el vapor de agua y los óxidos alterados, espera turno en la gran sucesión, parte de esa clave cuyo origen habremos de convenir indescifrable y peor todavía, privada de toda descripción, porque si bien los numerosos obstáculos que Morgan debió sortear para asomar en este exacto espacio y tiempo componen un relato en el que caben numerosas paráfrasis y donde podrían distinguirse ciertas inconsistencias generales, es absurdo rastrear la acción primera o intentar establecer un esquema donde se averigüen las que corresponderán en adelante, es más, ni siquiera nos ha sido dado saber si esto que vemos es una derivación apenas: Morgan sofocado pedalea de vuelta el camino recorrido hará cosa de dos horas, quizá dos y

media, y acelera la marcha cuando intuye que podemos adivinar su cuerpo tras el negror, a lo lejos, confundido entre las fibras amarillentas y los tupidos penachos de costapalma que no hacen sino amplificar el estruendo del viento, ése mismo que le vale de telón y no ha de ser más que la impostura del hecho original, uno que puede resultar completamente distinto a éste en condición o atributos, así dice Clara, aún proyectando, esto es sólo lugar, una imagen que no se ocupa de otro plano que el de lugar, poco importan sus actores o su tiempo, y si acaso fue otro de nosotros, la Pájara Helguera, por nombrar, al que avistamos montado en la bici con la mochila al hombro, medio oculto tras los estipes calizos pero inconfundible por llevar envueltos cuerpo y penco en ese brillo de núcleo opaco, entonces ha dejado de importar el quién o el cómo en el resto de esta historia o las otras historias que vendrán a contarse alrededor de ésta, germinadas de ésta, cruce y fruto de ésta, una que no será más que la variación de una cantinela moldeada por márgenes de error minúsculos: esas mismas quedarán alteradas de antemano y desde ese otro origen que damos por hecho pero no podemos imaginar: cada versión, aun a pesar de su aparente similitud, es independiente de la otra y en contraste con esos troncos sin rama posible de los que brota Morgan tras abandonar la bicicleta, nos atraviesan cantidad de bifurcaciones, breñas que son vidas, las muchas vidas de las coníferas, porque aquí no hay flora de corteza rígida y en este charco crecen sólo falsos troncos, flexibles y compuestos por filamentos, recónditos tras un sistema de fibras interiores donde la savia se empantana hasta pudrirlos. Al final no importa quién es Morgan: nos enlazan a todos las comisuras torcidas, empujadas por las muelas. El bulto de la lengua. Les sonrío. Me acuerdo de quién soy. El resto de la pandilla cruza miradas nerviosas y yo, con un ligero movimiento de la mano, les hago saber que es hora.

56.

La parte superior de la planicie que habíamos cruzado el día anterior estaba toda roja por la nieve y era evidente que una tormenta azotaba detrás de nosotros y que apenas habíamos cruzado el Burji La a tiempo para escapar de sus garras. Acampamos en una cueva muy estrecha en Sekbachan, a 30 kilómetros de Malik Mar: la noche idéntica a la anterior, igual que la temperatura, y nos pareció que después de todo, las llanuras de Deosai no iban a resultar tan formidables como las habían descrito. Al mediodía comenzó una tormenta de granizo, celsiusca y nieve, justo cuando nos disponíamos a escalar el paso de Sari Sangar, a 4300 metros de altitud, y la tormenta duró hasta las cuatro, con apenas unos minutos de sosiego en el medio. La cima del paso es un valle bastante regular y plano con dos lagos, cuyas orillas, formadas por enormes piedras, parecían imposibles de cabalgar. Los guías resbalaban de tal manera que no permití que ninguno se atreviera a conducir la montura, por miedo a detenernos. Mi poni era viejo y lento aunque aquí resultaba espléndido, trotando con pericia y sin titubear entre las piedras. En el pico encontramos un cairn sobre el que cada uno de los hombres arrojó una piedra porque es hasta entonces que se acostumbra pagar a los culíes. Pagué a cada hombre lo pactado y después comencé el descenso por mi cuenta. Adelante estaba Yakarta.

57.

Hurgamos en la caseta para formar un hatajo de periódico, estopa y ramas. Soy yo quien transporta el combustible hasta el montículo de ceniza, luego Zermeño destapa el garrafón y vierte algo de gasolina encima. Helguera tiene ya encendido un cerillo, que sostiene entre el índice y el pulgar. La llama se niega a avanzar más allá de la tirita de madera que la Pájara sostiene como si se tratara de una veladora. Al perro le espeluzna el res-

plandor: recula hasta donde el largo del mecate lo permite. El fuego arde sucio y huele mal. Tras el humo y el calor ondula la jeta de Helguera, que sonrío o hace lo posible por sonrío: tiene los colmillos romos como muelas, unas concreciones chatas que le nacen de las encías, en el lateral, pero por su ubicación superpuesta a la dentadura deben tratarse de colmillos. Volteamos hacia donde se encuentra Morgan y lo notamos estirarse lento, dejando rebaba de la elongación. Luego arquea la espalda, se agacha y revuelve las manos en el interior de la mochila que momentos antes colgaba de sus hombros: las manos se enroscan al fondo de nylon, y en ese movimiento, lo noto ahora, habita la trampa, el gesto enérgicamente descuidado de un prestidigitador que hace mina del misterio: se agita, se mueve y se captura a sí mismo en lo tocante a la búsqueda y renuncia al instante anterior y por ende al que vendrá justo después: ya no hay índice o pulgar que atraigan el zipper, ya no está la pinza triunfadora que extraerá un revólver del fondo. Sólo las manos, moviéndose. Es de mi padre, dice Morgan, lo tiene para defender la casa de los cacos. Su voz va dejando un sobrante, una segunda voz que, ayudada por el viento, disminuye hasta casi evaporarse aunque no termina por desaparecer nunca. De esa otra voz me acuerdo bien. La luz recula a discreción, hay sombras que bailotean sobre nuestras caras y nos hacen ver menores. Puedo notarlo: parecemos casi niños. Morgan dice lo contrario. Ahora somos adultos. La segunda voz lo empapa todo, como una película espesa que seca al instante, quizá ayudada por el viento o a causa de su propia composición química: seca y fija, creando una especie de exoesqueleto sobre la reja, el perro, las llamas, la mochila: se mueven sólo las manos y se mueven más y más fuerte porque todo lo demás parece barnizado por la segunda voz, incluidos nosotros, adultos fruncidos o proyectos de adultos, algo sin forma definida, en medio de una contaminación de presente y pasado. Ahora y aquí, dice Morgan. Ahora y aquí somos adultos. Asentimos. Empuña el arma y nos encañona. Cuando es mi turno de enfrentar la mirilla dejo de sentir las piernas. Morgan se carcajea y Zermeño

lo imita, nervioso. Tiene los ojos hundidos, envenados desde las cuencas. Va a ser peluquero igual que su padre y su abuelo, peluquero igual que sus hijos, sus nietos y todo producto de su sangre. Eso es algo que debe saberse y entonces lo sabíamos, pero ahora Zermeño está a punto de llegar a adolescente, hierve en granos y todavía cree que de mayor va a llegar a Secretario de Algo. No es que modelar peinados sea poca cosa. Ni enjuagar pelazos o sacudir los sobrantes del corte con una brocha embadurnada de talco: el problema es Zermeño, su vergüenza infinita, sus ganas de ser. Mírenlo ahora. La risa es puro miedo. Una risa de cobarde, como cristal quebrándose. Tiene el seguro, marica, me dice Morgan, los dientes doblados hacia adentro por culpa de esa lengua que los empuja un poco cada minuto del día, de ese gesto de placer que lo embiste cuando los demás comenzamos a sentir miedo. Después hace girar el tambor y apunta arriba. Maneja el arma como Flash Gordon. Abre el revólver y nos muestra las tres balas alojadas en la recámara. Hay que tener cuidado con la patada, escucho. ¿Dónde aprendiste a disparar? pregunta Zermeño, por llenar. Mi padre me enseñó. No es tan difícil: igualito que en las películas. Sólo hay que cuidarse del rebote. Te puede tirar un diente, el rebote. Sostén la cacha con fuerza. ¿Qué es la cacha?, pregunta alguno, tal vez yo. Esto, pendejo. De pronto tengo la pistola entre las manos. El dedo embona a la perfección en el gatillo. Que las rodillas estén alineadas con los hombros. Ligeramente flexionadas. Muy bien. Es pesada y fría y muy negra. Es lo más negro que he visto jamás. Ahora somos adultos, repite Morgan, y me guiña el ojo.

58.

Del cuaderno de Morgan:

«Nuestra Señora de las Crisálidas curando a los leprosos, copia fotostática del códice // Evangeliario de Federico el Moro.

El Emperador Obdulio atacado por la lepra, reproducción del fresco // Capilla de San Atilio.

San Damián reparte almas a los pobres y a los enfermos, copia en lienzo del original sobre tabla.

Nuestra Señora de las Crisálidas con tres mendigos. Adjudicado a Holbein el Viejo. Litografía?????». .

59.

No lo sepultamos pero tampoco gastamos toda la gasolina. Vamos a guardarla para otro animal, dijo Morgan, y envolvimos el cadáver escurrido en una bolsa de plástico. Lo dejamos en un rincón del predio y todos los días al volver del colegio me desviaba unas cuadras para revisar que siguiera allí: hubo muchas moscas al principio, luego menos. Cada tarde perdía color y volumen. Un día dejó de estar.

60.

Aquel curso fue el último. Un año silencioso. Tampoco decía mucho la monja vieja. Tenía problemas de cadera, se quedaba dormida a media lección y cuando sonaba la chicharra daba un salto sobre su asiento, como tratando de disimular el efecto que el lazo de tierra provocaba en su carcasa deslucida. Era un animal disecado. Me acuerdo: una vez, mientras la monja cabeceaba, la Pájara arrancó todas las hojas de sus cuadernos, las guardó en la papelera junto al resto de los libros y les prendió fuego. El resto de la clase festejó la ocurrencia hasta que todo comenzó a llenarse de humo. Primero pensamos que la monja no se había dado cuenta porque estaba como ida: una morsa rellena de poliuretano, con los colmillos falsos, de plástico, colgándole del labio. En realidad, la monja estuvo despierta

todo el tiempo mientras las llamas consumían el asiento de madera. Un par de chicos de caras lagañosas la sacaron a ras-tras del salón. Se activaron las alarmas y evacuamos la escuela. Pasamos la tarde jugando futbol en una canchita de tierra a la vuelta del colegio. A primera hora del día siguiente, la madre superiora nos hizo formar en el patio. Dijo que la monja vieja estaba internada en una clínica de la beneficencia. En shock, agregó, como si eso añadiese un detalle suavizante. A manera de castigo y hasta que apareciera el culpable nos mantuvie-ron detenidos junto al asta bandera: dos semanas, a pleno sol, de siete a dos, sin probar bocado, hasta que un marica de los que abundaban en prisiones de necesitados como aquella, una de esas esponjas de palizas que hacen todo lo posible por esconder sus ademanes exagerados y pasar desapercibidos para esas otras esponjas del odio en que nos transformába-mos cuando dejábamos entrever el hombre en potencia que todos somos, el ser maligno que va a empeorar con el tiempo y el aburrimiento, pues bien: el jotito concluyente de nombre Neto, se desmayó, y el Gordo Muñoz, sacudido por el bulta-zo, casi muerto de hambre y confundiendo la lealtad con las lentejas, quebró a llorar y señaló a Helguera. A partir de ahí nadie se acordó nunca más de la novicia. Como si no hubiera existido. A la Pájara lo expulsaron y no volvimos a saber de él. En la escuela se corrió el rumor de que estaba en una milita-rizada de provincia. Morgan decía que estábamos pendejos, que Padrastrito sabía todo sobre la novicia y que en lugar de llamar a la policía había pedido un cambio de sucursal y a la Pájara lo había botado en un psiquiátrico. El mismo Padras-trito habría corrido el rumor de la escuela militar en conside-ración del buen nombre, el suyo y el de las pulseras Mirasol, pero nunca le creímos porque a Morgan no había que creerle nada, le gustaba inventar cosas así e incluso le gustaba aún más creerse sus propias invenciones: una tarde, jugando al espiro, llegó a elaborar un plan de rescate. Había rastreado la ubi-cación de Helguera en un hospital ubicado a las afueras de la ciudad, rumbo a Dos Bocas. Lo más fácil, decía: turnarnos los

fin de semana para acostumbrarnos a las guardias, que cambiaban cada ocho horas los sábados y cada doce los domingos. La parte difícil sería infiltrarse y para ello había que crear una distracción. De eso iba a encargarse Zermeño. ¿Luego qué? Ninguno sabía manejar y Morgan, obsesionado con los detalles sólo por un tiempo, olvidó el asunto. Al Gordo, pobre tipo, lo molimos a patadas todos los recreos hasta fin de año. Luego lo cambiaron de escuela. La monja regresó unos días después del incidente y dejó las capitales por la paz. Volvió a cardarnos por lista, como todos. En lugares como esos nadie aprende tu nombre. Eres un número, acaso una capital si tienes suerte. Yo fui Yakarta casi siempre pero no recuerdo el número que se me asignó después. De todos modos, aquello tampoco duró mucho. La monja esperó hasta fin de curso para morirse de una buena vez.

61.

Yo apuesto a la pelota y Clara adivina el día en que la piedra impactará la tierra. No existen diferencias importantes, dice, entre los juegos de números y la extinción total del mundo como se nos ha dado a conocer. Pienso distinto. En principio, la pelota no es sólo un juego de números. Si bien toda trayectoria puede ser reducida a una serie de dígitos, y estos a su vez tienen la posibilidad de almacenarse e interpretarse de modo que pasen a engrosar una base de datos cuya función, entre otras, es la de regular y administrar los valores que afectarán de manera directa la disposición de los momios, la matemática depende de tantos otros factores, igual que estos mismos dependen de la matemática para surtir efecto en el juego. Además, si sobrevivimos a las epidemias estamos condenados también a permanecer pese a todo, contra cualquier pronóstico. A la piedra nadie va a sobrevivirla. Porque está convencida de que así será: hay códigos que lo aseguran. El quinto sol al final de la cuenta larga. Explosiones mínimas. Radiaciones

cósmicas. Fenómenos electromagnéticos. La piedra es sólo evidencia material de su teoría. Ha trazado muchas veces el cálculo con el índice, en el aire. Está ahí, ¿no lo ves? Es tan sencillo: otorga un valor a cada objeto de la habitación. El que sea. Ahora, de poder fijar nuestra atención en cada elemento, dice, por singular que sea, al mismo tiempo y en idéntica medida, habrán de descomponerse en otros tantos que exigirían una revisión más minuciosa. Luego también podrían ser desechados en busca de un esclarecimiento más preciso y así, sucesivamente. Como diminutas cajas, una dentro de otra. ¿Quedarán rastro, una cifra, al menos? Lo que permanece está sintetizado ahí, dice, y señala los puntitos rojos y azules que ha dibujado a lo largo de la pared durante los últimos meses. ¿Lo ves? Ella cree que el fin llegará con una piedra idéntica a la suya pero de mayor tamaño. He intentado disuadirla con cantidad de evidencias: que es imposible establecer un fin por la misma razón que nos impide marcar un inicio, que el fin no cabe en palabras ni en piedras ni en números, que no lo conocemos y que cuando podamos nombrarlo, si ese momento llega, ya no tendremos facultades de descripción a nuestro alcance. Vamos a ser polvo o vasija o ladrillo. Eso es el polvo. Todo lo que ya no es. Pensaba en eso y se lo dije. Ella sólo me dedicó una risita. Pasé varias noches sin poder dormir, observándola. Ahora confío en que todo termine desde adentro. Un terremoto, por ejemplo, es sólo un cuerpo que se contrae: el continente se suprime y desaparece, vuelve en sí mismo. Pero a pesar de eso es un terremoto y podemos nombrarlo. Incluso existen instrumentos y una medida particular para cuantificar la fuerza de sus estremecimientos.

62.

No hubo otro animal. Nunca regresamos al baldío.

63.

«Existe una concepción muy difundida en distintas culturas aborígenes que explican que es en los huesos donde se encuentra la médula de la energía. Los huesos son lo más perdurable. En la carne y en la sangre existen almas y espíritus, pero tienen la facultad de volatilizarse y hasta de perderse. El alma de los huesos, en cambio, se transforma. R. Velásquez.

¿Quién salvó al mundo en el 58? ¿Quiénes fueron los héroes? Ninguno de nosotros.»

64.

Para alcanzar el grado de maestro carpintero hacen falta años de paciencia y práctica. Hay detalles que sólo el tiempo suministra, por ejemplo: es necesario manipular el granadillo con excesivo cuidado porque a pesar de su aparente dureza es muy fácil que se quiebre por dentro, o que el serval de las islas, a diferencia del europeo, apenas tiene albura y por tanto admite un pulimento exhaustivo. Otro: como entre el serrado y el cepillado es común la pérdida de dimensiones, procede estar al tanto del mejor material disponible para satisfacer los cálculos que oscilan entre cuatro y ocho centímetros extras de anchura. El menoscabo o el ojo malo, da lo mismo, nos perjudicó en más de una ocasión y las maderas echadas a perder por impericia o negligencia, lo mismo también, salían directo de nuestras nóminas. No éramos compatibles, sobra decirlo, con la orla sufriente del oficio. Ni con los dedos astillados o el pelo jaspeado de aserrín. Además, vivíamos alienados ante la posibilidad del encierro, de pasar los meses de calor reclusos en un taller, cepillando muebles en los que otros iban a descansar los huesos, tomando la cerveza que nosotros no íbamos a poder pagar, y así fue cómo nuestra carrera de lijadores, el escalón más bajo de la pirámide ebanista, terminó aun antes de empezar el día que

a Morgan se le ocurrió saquear el taller donde volvimos a encontrarnos tanto tiempo después y casi por casualidad. Cuatro años es mucho tiempo. En ese entonces era aún más. La quinta parte de una sucesión de días y noches sin otra interrupción que las horas de sueño o los periodos vacacionales, el juego de la quema, un match legendario en el Anguja o el descubrimiento de aquellos cuerpos femeninos de dos dimensiones donde encomendábamos nuestros asombros y fluidos. A zopilotear el pasado se aprende con los años, aunque la técnica nunca alcance a domesticarse por completo. Quizá antes no me interesaba pensar en ello. Bastaba con imaginar el futuro como una promesa inacabada. Ahora colecciono esos detalles que resultaron equívocos, las consideraciones y conjeturas que he aprendido a ver como una interminable red de variaciones apiladas en el deshuesadero de la memoria, igual que todos los cuerpecitos podridos, las montañas de brazos y dedos y piernas y cabezas. Sirvieron al menos cuando nos llegó la hora de enfrentar al bicho. La gente que conocí. El Gordo Muñoz, por ejemplo. ¿Lo conocí realmente? Cursamos todo el colegio juntos y nunca supimos nada sobre él. Nos limitábamos a golpearlo, incluso los más cobardes y débiles. En especial nosotros: los cobardes y los débiles, los que lastimamos para que nadie más pueda lastimarnos. El sufrimiento es lengua materna. Un cordón umbilical con nuestra humanidad. Nadie se siente solo cuando lastima. Supongo que ocurre en reversa, también: el castigo es compañía pero a veces el dolor, de tanta tensión, se suspende y un vacío más agudo y más inabarcable se apodera de uno. Esa sensación puede extenderse por meses o años, incubándose bien adentro. Es curioso pensar en cómo desaparecemos y en nuestro sitio va quedando la memoria difusa que otros guardan de nosotros. Una sombra del dolor. Porque un día la gente deja de estar. Nosotros mismos dejamos de estar. Nos deshabitamos. Pues bien: Morgan botó la escuela y se hizo boxeador. Su nueva vida no dejaba espacio para consortes debiluchos y pasó a rodearse de otros tipos, mayores y con más calle. Nos enteramos de que entrenaba en un

gimnasio del Cerro porque afuera de la central camionera de Talabarteros vimos su nombre en un cartel que anunciaba una función de veinte pleitos compuesta por cuarenta bofes desconocidos. Luego se desvaneció. Zermeño fue el último en irse. Aprendía el negocio familiar y no tenía tiempo que perder en tonterías. Así las cosas, me dediqué a vagar solo por el malecón. Robaba dinero a mi abuela, vendía, compraba: lo de siempre. La existencia sin Morgan era también una especie de vida.

65.

Del cuaderno:

«Dos escenas están representadas en el antiguo escudo de armas de El Muy Grande y Noble Imperio de Yakarta, utilizado durante la época virreinal: la primera, en la parte superior del lienzo, muestra a Nuestra Señora de las Crisálidas, fuente de toda Razón y Justicia, extendiendo su mano derecha para bendecir a un hombre con el cuerpo y la cabeza llenos de ámpulas. El enfermo lleva un cuerno amarrado a la espalda que le sirve para anunciar su mal sin necesidad de gastar aliento ni esparcirlo. La segunda sección retrata al sufridor íntegro y sanado, obra del milagro. Viste ropas nuevas y sonríe de alivio. Lleva entre las manos una piedra oscura, pulida, del tamaño de una nuez de adán: tal vez un voto de correspondencia hacia la virgen. Una ofrenda. Los asistentes al acto (un granjero, su mujer, dos ovejas) sonríen conmovidos. Nuestra Señora de las Crisálidas, con la virtud evidenciada por el halo de pupas y las manos juntitas a punto de largarse a rezar, presenta el mismo gesto misericordioso con el que todos los grandes maestros la han representado a través de los tiempos».

66.

Morgan. Morgan. Morgan. No nos reencontramos en la ebannería sino formados en la fila del servicio militar. Caspa contra caspa. Así debía ser, sólo que con el cráneo a rapé y aquella nueva nariz achatada a trancazos quedaba poco sitio para fijarme en las escamas de su cabeza. En realidad, apenas pude reconocerlo. Morgan, en cambio, sonrió nada más al verme. Lo miré de vuelta con atención por si alucinaba: estaba muy flaco, casi cadavérico, como si tuviera los músculos en huelga. Llevaba en una mano su cartilla de vacunación y también una bolsita de plástico transparente con el juego de fotografías tamaño infantil que la Oficina de Reclutamiento solicitaba para echar a andar el trámite. La otra me la tendió sin fuerza. Un tentáculo, pensé. Cuando contó que seguía boxeando me costó creerle.

67.

Nos hicimos compañía en la cola y hasta que llegamos a la ventanilla donde despachaba el oficial de turno. Entregamos la hoja membretada, las actas de nacimiento, el juego de fotografías y un par de hojas selladas por autoridades menos importantes pero igualmente ineficaces. Aún corrían los días donde había que evitar marchar como hicieron antes los que tuvieron poca suerte o fueron muy patriotas o muy pendejos. Era verano (justo como ahora). Había consternación general por las inundaciones y la poca eficiencia del sistema de drenaje. Las adoradoras se preparaban para la freza en las albercas de San Bartolo. Akuá II acababa de batir la marca de matches perfectos en el nuevo frontóptico y también era suceso el gentío que acampaba sobre el zócalo en protesta por el cierre del Anguja. Tiempos viejos. Una vez fuera de la fila me di cuenta de que apenas había cruzado palabra con Morgan desde que volvimos a vernos, un par de horas antes. Sin contar el pasado en co-

mún, nada nos distinguía de aquel pelotón triste de remisos asediados por el acné, y entonces se me ocurrió que en realidad nunca hablamos mucho de todas maneras. Quería contarle del perro: contarle cómo fue dejando de estar, poco a poco. Preguntarle si él también había notado la forma paulatina en que la bolsa fue adelgazando hasta terminar convertida en un nido de moscardones. Quería hablarle de la novicia. Pero también deseaba verlo desaparecer para siempre. Esperamos el sorteo afuera de la oficina, recargados contra un muro con una pintada donde podía leerse: «Los astrónomos se equivocaron». Dos cigarros después nos hicieron pasar. Ambos sacamos bola negra y justo al salir de la oficina, cuando escapaba dispuesto a esfumarme y seguir dando tumbos sin molestar a nadie, Morgan me invitó a verlo pelear en una arena a las afueras de la ciudad.

68.

De aquella semana recuerdo apenas un repentino dolor en el tórax y la búsqueda de un pretexto para rechazar la invitación de Morgan. Corrijo: pretextos sobaban, si no a mano, por lo menos en el radio de mis evasivas. Lo que echaba en falta era, más bien, el valor para darles nombre. Porque una cosa era percibir la silueta del miedo y otra muy distinta posibilitarlo. Apenas conseguí dormir pocas horas dando vueltas al asunto: pasaron los días y sobre todo pasaron las noches pero cuando llegó la madrugada del jueves al fin me vi sumido en el sueño pesado. Recobré la conciencia entrado el mediodía y pasé el resto de la tarde sentado en una banca del Parque Progreso. Más tarde, bajo el chorro frío de la regadera, logré condensar la ansiedad en un punto fijo del cemento que unía los azulejos: un canal verde y angosto tomado por residuos de humedad suspendida a tramos entre el acabado. Las piezas en mi cabeza, cotejadas con el rompecabezas nivelado entre el sarro y los vértices donde la humedad se resistía a asomar,

conseguían cierto acomodo al fin. Estaba de vuelta, Morgan. Como una aparición. El malestar en el pecho amainó y en su lugar quedó sólo ese recuerdo físico pero indoloro que según los amputados aparece tras la pérdida de un miembro: el lastre del cuerpo separado, una sensación tan imperiosa que resulta imposible disimular el hormigueo de los nervios seccionados cuando se constata que donde hubo peso queda sólo vacío; peor todavía, esa constatación, no de la pérdida sino de la posesión en primer lugar, se manifestaba demasiado tarde en el bagaje anímico de mi adultez, porque habiendo yo perdido algo de lo que ni siquiera tenía conocimiento pude adivinar que era sólo cuestión de tiempo para que el cuerpo, en su autonomía, volviera a acostumbrarse a la presencia dada de ese fragmento ahora intermitente que era Morgan, la prótesis nunca considerada como tal, porque hasta entonces Morgan, el recuerdo de Morgan, la noción de Morgan, había sido tan sólo una fracción ingénita de mi propio ser. Trepé al pesero arrastrado por esa sensibilidad que la contigüidad de una prótesis proyecta en el espacio donde hubo músculo (¡y también ahora! ¡un vacío carnosol), una fuerza que pensé enterrada, una sensación de otro tiempo, como urgencia pero más pusilánime, un gusto agrio en las encías, en el esófago, en las mucosas nasales. El chofer llevaba sonando un disco con danzones que mi abuela solía escuchar a menudo. ¿He hablado sobre ella? Supongo que sí. Ella podría ser otro principio, es más, una zona de principios. A eso de las nueve el pesero me botó en la puerta principal de la arena, no sin antes dar un rodeo torpe y prolongado que tomó casi una hora y podría haberme ahorrado si antes de subir el chacharpo hubiera tenido la amabilidad de avisar que el viaje no era directo o yo mismo hubiese tenido la astucia de indagar en la relación de transbordos. O lo hice a sabiendas: me perdí las preliminares a propósito, dando vueltas al recinto. Nunca fui aficionado. Para mí el boxeo es la antítesis de la pelota y no aspira, en cualquiera de las tramas que los intelectuales, barriada o franja media ambicionen otorgarle, a otra cosa que un guiñol harto vulgar, privado de representaciones o metáforas:

una pareja de brutos pobres matándose a puños con el afán de enternecer o excitar a otros tantos brutos ricos; y pese a todo, de aquella noche recuerdo con claridad la impresión que me invadió nada más escuchar la primera campanada y que, estoy seguro, nada tuvo que ver con el instinto que demanda la sangre en ebullición. Aquello venía de un lugar aparte, aislado, sin piel ni entraña. El de Morgan era uno más entre la interminable cartelera que comprendía pleitos de todos los pesos y medidas. Aún así, las luces intervinieron de modo distinto cuando llegó la hora. Incluso el lamparazo cenital bajó de intensidad para darle entrada a un juego de estobos. Morgan desfiló primero, flanqueado por tres animadoras mal alimentadas, su entrenador y un cubetero. La lentejuela de su pantaloncillo era de un azul muy claro, a juego con las botas, que iban rematadas por vivos brillantes y agujetas en dos tonos. Con el timbre tan engolado como el copete, el presentador enumeró los pesos, envergaduras y récords de los peleadores. Sonó cuatro veces la campana y apenas unos minutos después, Morgan ya se sacudía grogui contra el encordado, confundido, con la cara a punto de estallar, empapado en su propia sangre. La brecha de mi lengua se ensanchó aún más, empujada por las comisuras que se rehicieron en sonrisa. ¿Aquello era la felicidad? ¿Esa bajeza ubicada en la boca del estómago, tan parecida a un ajuste de cuentas? Entre el griterío y las luces, el humo de los cigarros, las majaderías, los vendedores de cueritos y las cerveceras: un catálogo que para mí representaba la parte más ordinaria y rancia del ser humano, allí era de pronto un hombre feliz y pleno, a mis anchas, aunque también sentí algo de lástima por aquella paliza de antología y puedo asegurar que la sangre pertenecía sólo a Morgan porque en ocho asaltos ni siquiera consiguió ponerle el guante encima a su contrincante, un muchacho de Dos Bocas correoso y prieto, con los brazos muy largos y el centro de gravedad pegado a la lona. A cada movimiento de Morgan, el chico se adelantaba tres pasos: doblaba la cintura y el cuello en trayectorias opuestas, combinaba jabs y cruzados con un juego

de piernas espiral que hacía a Morgan verse al menos cien libras más pesado. Cabe aclarar que pese a todo, Morgan nunca reculó ni se dejó tumbar. En el octavo, el réferi detuvo el pleito porque ya daba señales de convertirse en una carnicería. Con la cara vuelta puré, Morgan soltaba puños al aire, en cámara lenta, sin combustible, medio abrazado a su manager y el réferi, que lo sostenían como mejor podían. Sus ojos buscaban un rival imaginario entre el graderío. Nunca me encontraron y ahí acabó todo: la carrera boxística de Morgan se detuvo en seco. Colgó los guantes con una marca de 3-14 y volvimos al malecón. El profesor de carpintería nos consiguió empleo como ayudantes en un taller cerca del puerto. A pesar de la paga más bien mezquina, el trabajo no estaba tan mal. Podíamos haraganear la mayor parte del día y hasta sacábamos algo extra revendiendo los sobrantes de aserrín en un criadero de chinchillas. Pero Morgan tenía el ojo puesto en una sierra de mesa y una rebajadora con base semi-fija que le ayudé a sacar del taller una noche luego del cierre. El dueño ni siquiera se tomó la molestia de indagar: nos echó a todos a la calle. Morgan tenía vendidas las máquinas desde antes, así que repartimos el dinero y lo gastamos todo en menos de una semana. Por esas fechas comenzaron a aparecer los primeros niños cerca del canal. La Secretaria de Sanidad lanzó una convocatoria masiva para alistar jóvenes con la primaria terminada y en busca de un sueldo competitivo, prestaciones laborales y oportunidades de crecimiento en el ramo de la salud pública.

69.

Tuve muchos hermanos, luego menos. Como buena devota crisálida, la abuela desovaba cada cinco años con puntualidad. Eran casi sombras: a la mayoría no pude conocerlos. Se habían ido cuando llegué. Los que quedaron se fueron yendo de a poco. Dejaron sus cartillas de vacunación guardadas en un cajón junto a algunos zapatos sin par. Vivíamos de caridad, es

cierto, pero una caridad dignísima, de modo que nunca tuvimos voluntad para hacer sopa de agujetas ni otras atrocidades que los verdaderos necesitados cometen en su desesperación. La abuela los educó como mejor pudo, también es cierto, pero aun así todos terminaron por marcharse sin excepción. Les enseñó las reglas básicas de la pelota, los envió a la beneficencia, encerró sus infancias en aulas atestadas de monjas: de esta manera se hicieron buenos hombres, buenos ciudadanos. De la nada, como fermentados por la ausencia de aire y el calor de las resistencias, así se hicieron. Antes de graduarse ya tenían empleo en las ventanillas. Uno de mis hermanos (que son muchos y sería incapaz de enumerar) llegó incluso a diputado plurinominal en una ciudad fronteriza. Lo supimos por *La Voz del Puerto*. Las vecinas le obsequiaron una corona de lirios a la abuela en reconocimiento a su labor formadora. Felicidades por su nietecito, cantaba el corro de piedras pómx. Le echaron porras toda la tarde y mataron un lechón. Nos llevamos a casa un tóper con los restos (trompa y anchuras) y los aplausos ciudadanos bien memorizados. Somos gente próspera, como puede constatar este hecho: de sangre buena aunque también plagada de ambiciones nimias. Mis hermanos quisieron seguir los pasos del éxito y así se fueron yendo todos hasta que sólo quedamos la abuela y yo. Nunca volvimos a verlos. Ni siquiera aprendí a extrañarlos. La abuela sí: a veces los echaba en falta y acariciaba las cartillas escritas con impecable letra molde en cuyas líneas rectas, sin sobrantes, podía constatar nuestra inmunidad a la polio y otros males. Cuando vine al mundo se interrumpió la freza y la abuela no volvió a la catedral sino a dar gracias. De algún modo supo que a diferencia de ellos yo iba a quedarme para siempre.

70.

Por ese entonces me levantaba casi tan temprano como los pescadores, tomaba un autobús a la central, me ponía el traje

de asbesto y bajaba. Ya no se trataba sólo de apilar cuerpos o quemar edificios infectados. En la segunda fase, el trabajo consistió en eliminar ratas de los túneles. Era una labor de entrada por salida. Sin riesgo aparente. El problema, dijeron, era que las bestias se habían aficionado a los cables de teléfono. Aquella labor era peor que lijar las enormes planchas de madera con las que nos enfrentábamos en la ebanistería, no sólo porque la idea de proteger cables que nadie iba a utilizar cuando la ciudad quedara desierta me parecía cuando menos idiota, sino porque los espacios pequeños suelen reducirse aún más si hay peste de por medio. La aniquilación de plagas es un asunto de paciencia: instalas trampas y veneno, luego esperas. Vas aprendiendo algunos trucos. Por ejemplo: para eliminar el olor humano conviene sahumar las trampas luego de haberlas tocado. Funciona también pasarles por encima una pluma humedecida en aceite de anís. Pero lo fundamental es tener paciencia. Hay que saber esperar para convertirse en un eliminador decente. En los túneles, el tiempo se convierte en carga. A oscuras y en silencio presentíamos el volumen de la camada al escuchar las uñas tintinear sobre las cañerías. Morgan y yo podíamos pasar hasta doce horas seguidas bajo tierra colocando trampas y nadando entre la mierda.

71.

Ningún otro país en el mundo reparte sus poderes en tres ciudades distintas, decía Morgan. Sudáfrica debe ser enorme y su sistema administrativo bien organizado, ejemplar, porque una tierra extensa con vegetación variada y fauna generosa no puede gobernarse bajo un régimen laxo. Mientras esperaba los chillidos imaginaba la vastedad sudafricana: ese potaje oleico donde confluían ideas, especies, humores y carne. Trataba de adivinarlos, distinguir los súbitos cambios de tono, como hacía Kovac. Las guardias las turnábamos entre los tres: a veces, arrinconadas, las ratas se juntaban en grupos amplios que se

mudaban de sector casi al azar, movidas por una inteligencia desconocida, un ánimo colectivo, secuela de la fase terminal de la enfermedad. Se sabían con ventaja en número y emprendían la avalancha. En aquellos casos había que tirarse boca abajo y dejar que pasaran. Pretoria, del Cabo, Bloemfontein. Mordisqueaban el asbesto: los dienteitos raspando la escafandra, las uñas largas y afiladas, los ojos, miles de ojos, que con la luz de la lámpara sorda parecían lentejuelas coloradas. Cuando llovía, los túneles se inundaban y las aguas arrasaban con un buen número. Para nosotros era peor porque parte del trabajo consistía en desatascar las escotillas de ratas muertas. Llevábamos los cadáveres al laboratorio, donde los bacteriólogos analizaban los ganglios hinchados para determinar lo avanzado del caso y más tarde utilizaban los datos recabados para sacar conclusiones. A eso dedicaban extensas jornadas, a concluir esto y lo otro. Pero a pesar de la voluntad por clasificar la situación, aquello estaba lejos de solucionarse. Nadie pensaba en el día siguiente ni en el que vendría después. Arriba, los nuevos reclutas se dedicaban a contar muertos y los sabelotodo del CONATYC dilapidaban los recursos destinados al mantenimiento de equipo en sacar conclusiones. Mientras tanto, bajo tierra recolectábamos ratas muertas en unos sacos de cuero que todas las noches, al volver al cuartel, lavábamos con agua oxigenada y cloro. Nos pagaban por pieza. De tal forma, decía el Secretario, se fomentaba la competitividad —tan o más necesaria que los hallazgos científicos en la lucha por la supervivencia— y de paso fortalecíamos el espíritu de camaradería entre la tropa. Todo con la idea de ofrecer un mejor servicio al ciudadano. Pero los ciudadanos, esas vagas figuras que supuestamente debían motivarnos a pasar días y noches bajo tierra nadando entre ríos de excremento, buscando los ganglios hinchados del agente ce-ro, se habían largado lejos o estaban muertos o en proceso de morir, hacinados en las naves que para tales efectos dispuso la Secretaría de Salud, edificios sin agua, luz o medicamentos, seccionados en catres diminutos que a veces, debido a la sobrepoblación y al constante incremento de infectados,

debían compartirse entre dos o tres desgraciados. Pero eso no era asunto nuestro. Sólo teníamos cabeza para recolectar cadáveres de ratas. Una vez llegué a contar cincuenta en una sola jornada. Es un buen número. No sé dónde leí que un eliminador en China logró liquidar 40,000 ratas en un año, es decir, casi 110 al día. China es un sitio lleno de gente extraña: incluso se comen a las ratas. Pues sí, pueden almorzar rata y lo que gusten, pero esa cifra, por supuesto, escapa a toda lógica.

72.

Hemos pasado toda la tarde conectados a la piedra. Las imágenes pertenecen a mis épocas de estudiante. Hay días que se trata sobre el origen del bicho, otros tantos de los túneles. A Yakarta voy por mi cuenta: atravesando amplios valles y más tarde escalando el pico. Complicado, el ascenso: la mayoría de las veces se cruzan las ciudades, ésta y aquella, en un mismo dibujo desordenado. Me devuelvo a la cama y estiro los brazos, las piernas igual. El ventilador se repite en círculos de vapor. Y la monja, pliegues de cuero curtido uno encima de otro, vuelve a pasar lista. Yakarta es un punto gastado de tanto tocarse en ese pliego de papel desdoblado en ocho. La nuestra es una escuela de necesitados para necesitados. La fuente de toda necesidad. Ni siquiera contamos con globo terráqueo: el mundo se nos revela como un rectángulo de papel que la monja arma y despliega a cada lección. Lo estira con cuidado y luego lo fija con cuatro tachuelas sobre un pizarrón de corcho y se queda junto, muy quieta, como el navegante confundido al margen de un mundo plano y desbarrancado. Alguno, Morgan quizá, porque no creía en almas pero sí en apariciones, pregunta riéndose entre esos dientes chuecos, si podría ser que el alma de la novicia deambule aún entre los muros de la escuela: en el patio mal delineado con sus columnas para jugar espiro, el frontoncito de revoco liso, el meadero, la cooperativa, la asociación de padres de familia o incluso dentro de ese mapa mal

impreso, con sus costas milimétricas y escalas equivocadas: mire nuestro país, ese territorio punteado sobre el mapa que en algo debe corresponderse con el que habitamos: tiene forma de cuerno dice usted, de cuerno de la abundancia exagera usted, la cornucopia vocifera usted, pero a mi parecer no es nada menos que una pistola, es más, no sólo a mí: a todos nos parece una pistola porque es a todas luces una pistola y no un cuerno repleto de manjares: aquí el fusil, aquí la mira, una cartuchera negra, rotunda, dice Morgan, y la novicia, viva o muerta, dice, podría habitar perfectamente un país fantasma como este. Algo así termina por resoplar, con la voz hecha jirones. Morgan está llorando. Ninguno puede creerlo. Es más: quizá el que pregunté fui yo y Morgan sólo lloraba, desde el principio. Nadie sabe qué pasa pero está llorando y el salón se contagia de su llanto. La monja contesta con tranquilidad que las almas no se ocupan de asuntos menores como el que planteamos, pues lo mismo importan para la mística las divisiones políticas que sus representaciones cartográficas. ¿Existe de verdad alguna diferencia? Quizá la mentira no se encuentre en la representación sino en las mismas cosas que buscamos representar, echando mano de escalas o eufemismos. Porque este país, dicho sea de paso, no existe ni ha existido jamás: apenas se le intuye como un compilado de imprecisiones familiares, iguales a las que se filtran entre sueños: caras, olores, paisajes. Son tan idénticos entre sí los países del mapa y los de la tierra, a fuerza de existir sólo de nombre, que a veces uno tiene el deber de preguntarse cuál es el que habita y en qué momento cruza la línea, porque pasamos el tiempo saltando de uno a otro, sin apenas darnos cuenta de las fronteras que los separan. Pero a las almas no les interesa. Las almas se ocupan de las almas. Si la carne no tiene la capacidad de aprisionarlas, mucho menos el hormigón o el granito. La monja es estricta en ese apartado. Luego revela el sistema de la inmortalidad como quien repite la receta de un pastel de carne. El calor: las aspas o una sola, veloz, infinita. Veo mis manos. Al perro afuera de la fábrica de harinas, del Cerro, del basurero: tiembla y devuelve

las tripas de un bostezo o un ladrido o las dos cosas. Mis manos tiemblan también. Las aspas del ventilador se sobrepone, igual que un mandala. Recuerdo ahora que los perros se refrigeran a través de las almohadillas en sus patas y a eso le llamamos evolución. Cierro los ojos. Las aspas continúan ahí.

73.

La abuela no fue sepultada y tampoco permití que le prendieran fuego. No me la comí. Nadie se la comió. Aunque nunca llegué a compartir su fe, aquello habría sido un sacrilegio inaceptable. Ella misma tejió su propia bolsa de plástico y allí se envolvió para morir. La acomodamos en un rincón del baldío, en vertical. Todos los días al volver de las brigadas me desviaba unas cuadras para revisar que siguiera allí: el pupario fue perdiendo color y volumen. Un día eclosionó y no estuvo más.

74.

Vamos a comprobar lo de las imágenes y el calor. Se habían multiplicado los casos y el hospital dejó de admitir internos. La Secretaría de Salud no tuvo otra opción que declarar la ciudad en cuarentena. A muchos los desalojaron y algunos más huyeron por voluntad propia. Cuando la infección volvió al centro de la tierra, la brigada estaba casi desmantelada. Llevábamos ya seis meses en limpia: entre decesos y deserciones se contaban al menos cinco veintenas de bajas. Incluso aquellos que hasta entonces habían dado muestras de valentía o estupidez a montos iguales, los dementes o los que no tenían familia ni nada que perder, pasado el día noventa comenzaron a escurrirse. Teníamos pavor de que el bicho se nos colara. El miedo crecía por las noches. Un eliminador que venía de un pueblo de la sierra, muy silencioso y por tal motivo casi simpático, inspeccionaba hasta diez veces la habitación antes de acostarse. Sólo

luego de revisar cada rendija, toma eléctrica y ducto de aire, de convencerse de que la calidad del aire era óptima y ningún agente viral se había infiltrado en el dormitorio, podía tirarse a descansar un rato. Todo resultaba inútil porque en medio de la noche se escuchaba siempre algún tosido, una arcada distante, y ya sólo podíamos revolvernos en nuestras literas y prestar atención al ruido de los bultos inquietos, los resortes y los muelles, concentrados en las toxinas que flotaban entre nosotros. Cada mañana, cuando la alarma se activaba, nos levantábamos a hacer el primer rondín aún entumecidos, con los ojos rojos por el mal sueño y los huesos lastimados de cargar durante todo el día aquellos trajes tan pesados. Si sobreviví a los túneles fue porque Morgan estuvo ahí. Pero la única sensación que experimentábamos era la de estar revolcándonos en una trampa de lodo sin otro destino que un hundimiento paulatino. Un día el comandante de brigada hizo sonar la alarma antes de la hora y dijo: vamos a mudar el frente. Vamos al centro de la tierra. Fue entonces cuando el túnel se nos vino encima.

75.

Del cuaderno:

«Nuestro diseño para la torre del elevador nos dejó con un enorme muro ciego de concreto in situ. Existía entonces el peligro de quedar con una deprimente extensión vacía en esa zona inmensamente importante del edificio. Teníamos que hallar una solución. El gran espacio en el muro nos daba la oportunidad de realizar un gesto de agradecimiento al pueblo de Yakarta; colocaríamos una piedra frente a éste. Y en lugar de dejarla en tinieblas, la Estela de las Medidas también sería llevada ahí. El muro sería dividido, por medio de veredas suavemente gastadas, en puertas. Éstas, de diferentes tamaños, de las muy grandes a las muy pequeñas, tendrían distintos colores y grosores. Algunas abrirían, otras no, y

esto variaría semana a semana, u hora a hora, o de acuerdo a los sonidos que hagan las personas paradas delante de ellas. De las puertas bajarían grandes líneas o pistas que irían hacia los encendidos espacios públicos».

76.

La piedra hace bien en acotar: una noche, el eliminador que venía de un pueblo de la sierra se arrancó las uñas de los dedos de las manos con un desarmador, porque, estaba convencido, el virus se había escondido ahí para burlar sus controles de seguridad. Estuvo un par de días con las manos vendadas y escuchábamos sus alaridos en el cuarto de curación después de cada comida. Luego volvió a su puesto. Les salvé la vida, charqueños, nos decía. Les salve la puta vida. Y todos reíamos.

77.

Quieren saber de la explosión. Preguntar qué se funde antes, el oído o la vista, si ambas capacidades quedan anuladas al tiempo o dependen una de otra, como cuando la nieve cede a la gravedad y vuelta escarcha y viento y lluvia se despeña sin remedio. No es mala imagen, la nieve: desciende en alud y también es roja. La ceguera evidentemente es roja. Un campo nevado, sin horizonte. Quieren preguntar: ¿el encuentro con el ruido es a ciegas? ¿La parte posterior del cráneo reconoce la notación del estallido? Pues bien: una vez dado de alta, Morgan fue puesto a disposición del Consejo Tribunal de Brigadas. Durante el interrogatorio se limitó a repetir la misma historia relatada días antes en los túneles, un cuento sobre huevos de alondras y soles y vacas que dejaron, por un segundo apenas, de rumiar su pasto. Sobre hombres no habló. Muchas ratas murieron, menos hombres que ratas, ciertamente. Eso fue lo que dijo. Tampoco ahondó en la explosión o en el cuerpo de

la explosión, ni en el olor a pólvora o la tierra apisonada viniéndose encima. Los huevos, en cambio, los describió a detalle: pardos e intactos, con briznas de un marrón más oscuro estriando su superficie. El Consejo, en sumarásimá plenitud, lo licenció argumentando potenciales lesiones cerebrales. No consideraron la chance de que Morgan les tomara el pelo. También pudo ser la repetición de estallidos al innúmero, o tal vez un zumbido único, sin modificaciones tonales u obstáculos. Así comencé la declaración cuando me llegó el turno: primero fue el estallido. La ausencia de sonido. Un timbre punzante y agudo que taladraba los tímpanos del escuadrón damnificado. No es creíble, lo sé, porque el sonido viaja más lento que la luz. Aún así, intenté describir de manera directa los gritos afónicos del pobre Kovac, cegado y encogido entre los escombros: primero se llevó las manos al cuello como acusando asfixia y las rodillas le fallaron, luego arrojó lejos la escafandra, se quitó el cinto con las colas de rata colgando de la hebilla, y cuando al fin consiguió librarse del metal, condujo las manoplas aislantes hasta la cara. Debo anotar un dato de importancia, honorables miembros del jurado: el compañero Kovac se frotaba con tal brusquedad que parecía dispuesto a arrancarse los ojos si ello hubiera aliviado su dolor. Irrelevante dato, terció con voz grave un pelucón del Consejo: la gente de su linaje es proclive a la fotofobia. Otro miembro, fayuquero en tiempos de menor agitación, preguntó con un dejo de desconfianza cómo es que podía estar tan seguro de que el brigadista 317, conocido también entre la tropa con el sobrenombre de El Albino, sufría: ya de asfixia o de ceguera, o de ambas cosas incluso, si he atestiguado, bajo declaración jurada —se permitió recordar— que la explosión previa me había privado de oír. Precisamente por ello, expliqué: su boca cuarteaba arriba abajo y aunque no había sonido que justificara el movimiento, los tendones del cuello, su grosor innoble y el estrago en la piel delataban daño. El estrado se revolvió inquieto. Por tanto es obvio, expresé, que si he conseguido recordar el gesto, es sólo debido a la fuerza del ademán y de ninguna manera a causa de

su resonancia, señoría y miembros del jurado, porque, agredí, aún disponía de ojos sanos para atestiguarlo. La luz habrá llegado primero a las retinas fotosensibles del compañero Kovac, más no al resto. Codazos, bocas tapadas por largos huesos, lana en tubo cuchicheando. Vi otras cosas también, atajé. ¿Cómo cuáles?, inquirió un gordo (boticario) de peluca tan blanca como las de los otros pero incrustada a lo garzón. Declaré: al camarada Morgan, cubrirse la cabeza y esquivar un puntal a cachos, por ejemplo. Amplié: al compañero Serrano, aplastado por una plancha de cemento entera, por ejemplo. ¿Lo vio morir, entonces, brigadista 496? Por ejemplo, repetí. Paulatinamente, añadí. El reporte médico señala que usted no sufrió más que algunas magulladuras leves, ¿a qué lo atribuye? Suerte, señor, aún no sé si buena o mala pero suerte y ya. ¿Qué más puede relatarnos? No mucho: luego todo se puso blanco. Sea claro, 496. Claro, todo claro y después a negros. Lo blanco duró apenas unos segundos, lo oscuro se quedó un tiempo, hasta que rompieron la brecha. ¿Y el zumbido?, indagó uno (tendero). Hasta la fecha, señor. Es intermitente, sabe. ¿Cuánto tiempo pasó hasta que recobraron la conciencia, 496? No lo sé con precisión, señor, pero los camaradas que nos rescataron estiman un día o dos, al menos. ¿Y ahí comenzaron las alucinaciones, 496? Podría ser, señor, no estoy muy seguro. ¿Guarda usted rencor a los compañeros que accionaron la carga sin aparente mala intención de por medio? No, señor. ¿Tiene motivos para pensar que alguno de ellos obró de mala fe, a sabiendas de que su unidad se hallaba en el sector del incidente? De ningún modo, señor. Los compañeros no hacían otra cosa que cumplir cabalmente con su deber, señor. Claro —hubiese querido decir—, el deber: sumado al miedo, la precaria alimentación, las contadas horas de sueño y, no está de más anotar, una propensión natural a la incompetencia que por ahora me limitaré a llamar don de tierra. Más carraspeos y voces por lo bajo. Entonces el líder charro, que además de postizo llevaba bigote, sacudió el pedestal con un mazo de madera incrustado de rubíes y

gritó: Sea claro, 496, ¿Exactamente cuál es su relación con el Noble Imperio de Yakarta?

78.

Las ratas paseaban entre nosotros. ¿Pueden escuchar lo que dicen?, preguntaba Kovac. Pero nadie hacía caso. Nadie quería oír al albino viejo. Teníamos suficiente con el olor: mierda, sangre, carne en descomposición. Ahí nos dimos cuenta de que ellas no eran el problema. Ahí entre los escombros. No las veíamos pero podíamos sentir su peso sobre los trajes. Enormes. Casi apetitosas. El hedor no nos quitaba el hambre. A veces el suelo trepidaba y los cascajos se sacudían sólo un poco. Las explosiones nos daban esperanza porque hacían suponer que andaban tras nosotros. Pero también cabía la posibilidad de que con cada estallido nos enterraran un poco más. Kovac calculaba que, con suerte, tardarían un par de días en dar con el grupo porque la planta de tratamiento no quedaba lejos. ¿Cómo lo sabía? Las ratas. También ellas le avisaron cuando se quebró el Serrano. Kovac, como pago por la información, les dio vía libre con el cuerpo. Me ordenó que le sacara la escafandra. Total, para lo que le importa ahora, ¿o no, Serrano? Así nos dejarían tranquilos por un tiempo, dijo. Había tardado en morirse, el cabrón. Nos gambeteó varias veces: dejaba de quejarse por horas, incluso días, y luego un gemido entrecortado nos recordaba que seguía ahí, que su mollera aplastada aún se aferraba a la vida. Y murmuraba con voz de desierto: ¡un traguito, charqueño! O soltaba un ruido áspero y embotado, como la ululación de un rapaz extraviado al mediodía. Entonces le acercaba mi manga y exprimía sobre su boca la solución de orines y óxido que se juntaba cuando alguna de las cañerías rotas descargaba sobre nosotros. En una de esas el Serrano no habló más. Ninguno se atrevió a confesar el alivio que nos produjo cuando dejó de tener sed. Morgan estaba atrapado bajo una viga y sólo podía mover del tronco para arriba. Chasqueaba

la lengua como señal de vida hasta que un día se le ocurrió decir: Asunción. Y yo respondí en el acto, como impulsado por un resorte memorioso: Paraguay. Castries, dijo, y alguien más, a saber quién, gritó desde las sombras: ¡Santa Lucía! Luego yo chillé: Puerto Argentino y las rocas me devolvieron un Malvinas fantasmal. Honiara: Salomón. Tarawa: Kiribati. Siukville, preguntó una voz nacida del entresuelo. Siukville, gritó de nuevo. Nadie contestó. No sé dónde carajos queda Siukville, dije al fin apenado, y como no podía reírse por el peso del cemento sobre su cuerpo, Morgan chasqueó la lengua cantidad de veces: *tuc tuc tuc tuc tuc*. Yo sí me reí, aunque allá abajo, a causa del eco y las formaciones cavernosas, la risa pasa siempre por lamento. No me importó y seguí lamentándome, con mayor fuerza si cabe, más por renegar del zumbido que para completar las estrías en la división política de nuestras cabezas, porque de pronto era como si la monja anciana hubiera estado ahí a nuestro lado llamándonos por los nombres que nunca pudo aprenderse, que nunca tuvo tiempo ni ganas de saber, en un charco muy hondo y muy quieto que remontaba sólo a veces, casi hasta anegarnos.

79.

Es casi mediodía. Hay pájaros y olas. Clara no soporta la luz y me exige cerrar las persianas. Sigue con el corpiño raído entre las manos. Otra vez la tela, los elásticos. Y el *tuc tuc tuc tuc*. Clara considera la hambruna como un camino ascético hacia cierta clase de orden, como si necesitara desprenderse de todo el peso y la mugre antes de desaparecer. Antes de que la piedra impacte contra el mundo y el calor que guarda su núcleo se expanda hasta la superficie: antes de que me levante y azote la puerta al salir. Pero he aquí que Clara, el aliento de Clara, la trenza apagada y debilucha de Clara, dice haber extraviado algo en lo que no cree: ha perdido nada, un trozo de nada, una unidad de nada, tan nada como las monedas rega-

das y negruzcas, como los perros y sus ladridos, nada como China y sus vasijas. Yo la miro hacer, en silencio. Entonces se me mete algo al cuerpo. El eco de algo que se quiebra o ladra, aunque mediando la piedra eso es ciertamente nada. Tengo que salir. No corro: empujo la puerta con cuidado, casi en silencio. Luego la cierro. Ni siquiera pregunta a dónde voy porque tiene la certeza de que volveré. Y el ruido de la chapa podría ser el ruido de cualquier cosa. Pero la piedra se hace con el ruido. Se lo traga.

80.

Nadie quería oír a Kovac. Ni siquiera las ratas. Pero eso a Kovac le importaba un bledo: su esfínter emocional estaba chorreante. Parecía no tener otro propósito que hacernos depositarios de sus últimas imaginaciones. Después de todo, fue Kovac quien me recondujo hasta las faldas del Manaslu con esa lengua de sherpa alucinógeno que parecía espolearse ante la fatalidad. Yo había estado allí antes. Reconocí las puertas templadas, los herrajes repujados, la empalizada de jade. Mientras tanto Kovac, mi guía, relataba los pormenores de su niñez con la cursilería enciclopédica de un hombre muerto: el flechazo entre una pelota de caucho y un paliducho improbable, hijo de mineros, nieto de mineros, luego su primer amor, el primer desengaño, la campaña del veintinueve que al fin logró convencerlo de que su destino era la duela y que fue también la consagradoria del histórico Ñandú III, «Cesta de Azúcar», dueño de aquel saque que los diarios de la época no vacilaban en ponderar como «almibarado» o «melifluo», y las interminables vedettes y juergas y tapas de revista y cajitas de cerillos con sus facciones de dandy aindiado dibujadas al carboncillo, coleccionadas lo mismo por señoras que por padres de familia, albinos, nativos, daba igual: todos querían ser o tener o estar al menos cerca de Ñandú III, y más tarde, en el mismo bucle de la narración emprendida quién sabe cuántas

horas antes, deslizándose entre sus propios incisivos, datos y pormenorizaciones igual que una tejedora dispuesta a detener el mundo con su ovillo, Kovac deshilo con maña hasta recitar su soñado debut en el Anguja: los frescos del hall, los pasajes ovidicos representados con brocha muralista, el bar giratorio, las colas frente a las rejillas donde los ganadores exigían el pronto pago, las puertas oxidadas del vestuario, el gansterismo liguero, el racismo, la discriminación y, finalmente, el pedazo de temporada que terminó bordando un vakapitari marginal, el caballo negro —o blanco— de la pelota charqueña. Entre las grietas de su narración se avistaban ya las planicies: aquel laquet rodeado de peñones lisos, el manto cubierto de nieve, su cuesta tan inclinada y la cima, atornillada por las nubes, imposible de distinguir a simple vista.

81.

«Lo dicho: un exterminador no elimina las ratas en cuanto las atrapa. Los gritos de las víctimas atraen a las demás. Hay que ser paciente y apaciguarse. Se puede caer el mundo pero tú esperas. ¿Escuchas como chillan? No te adelantes. Aguardas a que se reúnan y luego actúas. Eso me lo enseñó Morgan».

82.

Cuando volví, Kovac balbuceaba algo sobre un laberinto. Desconozco cómo nos condujo hasta allí o cuánto tiempo tomó el trayecto. Basta decir que el volumen alguna vez conocido como el Serrano ya era la mitad de lo que supo ser en vida. Kovac deliraba. Todavía no estábamos muertos porque su narración había conseguido aburrir hasta a la muerte: era cada vez más torpe y cargada de detalles triviales, sinónimos, repeticiones y acumulaciones gradadas, por lo que sus posibles oyentes, escombros, ratas, brigadistas vivos y los que estaban por dejar

de estarlo: hombres que eran más fluidos que hombres, materia blanda, enfermedad y cebo, al séptimo día de caminar entre la nieve nos habíamos sumido en un ritmo litúrgico, de procesión, una marcha en círculos con escasos e imperceptibles cambios de rumbo, acaso intersecciones fortuitas con alguno de esos otros tantos círculos vecinos que intrincaban lo dicho sin otro estímulo que la dificultad misma de recorrer aquella geometría inagotable. Mientras las posibilidades crecían nuestra prisión se hacía más pequeña. Lo más probable era que para entonces todos hubiéramos contraído el bicho. Y Kovac, hablando sin parar. Acabándose el oxígeno en su último divertimento. Nadie tenía ánimo de callarlo pero ninguno estaba dispuesto tampoco a tomar su lugar. Seguiría hasta secarse o hasta que sus palabras nos secaran de una vez por todas. Incluso los callejones sin salida, divagaciones que de tan extensas perdían cualquier punto de sujeción a lo dicho justo antes, parecía sortearlos con mando, deslindándose de cualquier sujeto u orden lógico desde donde pudiéramos orientarnos. Ahora pienso que tal vez Kovac, adulterado por la fiebre y la poca ventilación, tenía como proyecto comprimir el núcleo de lo contado hasta que su propia verbosidad se convirtiera en destino, un punto irreductible, transitado a escala 1:1.

83.

Pues bien: el rey de los albinos, siguió Kovac, había ordenado la construcción de un laberinto subterráneo. Serviría a cantidad de propósitos: poner distancia con las tribus que sitiaban desde hacía tiempo la frontera sur, por ejemplo. También como legado. No se trataba de un capricho: el pueblo albino contaría con la obra más sofisticada de la historia y la culminación de aquella gesta monumental sería motivo de dicha entre los suyos y de profunda envidia para el resto. Un laberinto inexpugnable. Aunque el rey era conocido por su carácter ecuánime y sensato, una parte de él era consciente de lo riesgoso de

esta empresa. Valdría la pena. Sería recordado como promotor y benefactor y su gesto le aseguraría un lugar privilegiado, no sólo en el panteón de la nobleza albina sino entre los grandes monarcas de la historia moderna. La Corte de Obras Hidráulicas acató sin chistar y convocó a concurso a los mejores arquitectos. En las calles del feudo no se hablaba de otra cosa. El hombre que lograra levantar el laberinto perfecto sería premiado con todo el oro que pudiera extraerse de la mina más grande del reino. El primer proyecto tardó apenas unas semanas en llegar hasta las puertas del palacio. Con el pasar de los meses fueron apareciendo muchos más, de muy distintas cualidades y provenientes de los rincones menos esperados del mundo conocido. Llegaban en caravanas provistas de ofrendas costosas, joyas, telas, especias, pero el contenido, irremediabilmente, estaba compuesto por sistemas de funcionamiento simples, jardines enrevesados, juegos de espejos, trampas para niños. Nada de esto satisfizo al rey. Con el pasar del tiempo incluso comenzó a sentir que cada cofre embadurnado por distractores caros y almizclados lo alejaba un poco más del sentido práctico que originalmente había imaginado para su obra. Con el tiempo —y al contrario de los envíos que cada vez eran menos— los rumores sobre la frágil salud mental del monarca se multiplicaron. Sintiendo alejado del mundo, un día decidió autoexiliarse en la torre más alta del palacio. En soledad, el rey se convenció de que la incapacidad de los arquitectos para desarrollar el laberinto perfecto era en realidad una fisura en su propio planteamiento del problema, que había abordado como una cuestión de espacialidad y no de lenguaje. Los mapas, las rutas, el trazado: ninguno de los arquitectos podía resolver la cuestión fundamental del laberinto porque su procedimiento tenía como objetivo otorgar una resolución espacial a un problema de distinto orden. El inicio y el posible fin los preocupaba demasiado. Una entrada y una salida. ¿Se trataba de eso? ¿Iba a reducir su colosal tarea a otorgarle significado a términos tan vagos? Después de meses en el encierro había llegado a la conclusión de que cada esbozo no era

más que una calca del pensamiento lógico de cada autor: todos eran laberintos resueltos de antemano y existían, al menos en papel, precisamente por ello. Eso es un laberinto, su alteza, dijo Kovac que dijo un consejero de la corte el día que dos gañanes de la Distinguidísima Orden de Madrinas forzaron la puerta de la torre donde un hombre cadavérico, con la barba descuidada y las uñas sin cortar, había tomado la decisión de renunciar a regir hasta no encontrar solución a la tortura que él mismo había provocado. A su alrededor se acumulaban kilómetros de pergamino suelto que, a la distancia desde donde los miembros del consejo y los gañanes miraban, y muy a pesar de la depurada vista que los albinos tienen en la oscuridad, pasaba por tapiz de armiño. En realidad, la piel estaba inscrita con enajenado esmero: miles, millones de puntos, rojos y azules, uno junto a otro, formando columnas, rojos a la izquierda, azules del otro lado. ¿Qué es un laberinto?, preguntó el rey. Un sitio compuesto por calles y caminos que se cortan o se repiten con el objeto de engañar a quien se adentre en él, su majestad. Pero la salida no es algo por lo que uno deba preguntarse. Acaso competirá al laberinto y a nadie más. Si no existe salida ni promesa de salida no hay laberinto sino prisión, su majestad. ¿Estas explicaciones, quién las enuncia? ¿En qué orden de importancia existen con respecto al laberinto? ¿Es usted un laberinto? No, su majestad. Tampoco está seguro de no serlo, bribón. Atienda: el laberinto perfecto tiene conciencia propia o la desarrolla. Adopta a sus huéspedes y éstos van volviéndose el propio laberinto al tiempo que nuevos laberintos van formándose en ellos, ¿me entiende? Eso que usted llama salida, digamos, es sólo un cruce entre tantas más. No se trata del espacio entre dos puertas que esos oportunistas pretenden complicar de modo linear, sino del tránsito y de lo que se pierde —o se ingresa— allí. Pongamos que el propósito de estas entidades extraviadas no se obtiene del papel que juegan dentro del laberinto sino que sucede al revés: su papel determina cuál de todas las experiencias formará parte del laberinto. Y ahí el rey entendió de golpe que los arquitectos fallarían una y otra vez

porque pensaban que cualquier noción de espacialidad debía pasar primero por el filtro del conocimiento científico, que el laberinto es una proyección de volumen y espesor determinados sobre un terreno: abstracción y proceso racional antes que campo de acción entre los cuerpos. El laberinto, concluyó, no es sino un estado de visión igual que ver es un modo de estar en el mundo. Supo entonces que ningún arquitecto podría satisfacer su encomienda y poniéndose de pie con la ayuda de los dos gañanes, dio la orden de que mandaran llamar al pintor de cámara.

84.

«Los perros nacen sin dientes, sin uñas, sordos».

85.

La albina de la papelería apenas presta atención cuando me ve entrar. Lleva una trenza larga anudada a la mollera. No se la hice yo, estoy seguro. ¿Cuánto tiempo habrá pasado desde mi última visita? Afuera, la calle echa en falta la presencia de los bultos establecidos, como si todos los vakapizales y las cubetas con cemento y los tambos de basura se hubiesen dado a la fuga, sin previo aviso. Tanto tiempo, dice, baja los ojos y sigue en lo suyo: rellenar empaques de plástico con lentejuelas de colores, montones de cincuenta o sesenta, tal vez, separadas por tamaño y tono. Le pregunto si tiene estaciones libres y ella como si nada, cuenta en voz alta pero no escucho más que un murmullo ralo, sin vocales, un calentamiento de garganta apenas, porque los perros ladran en la calle, en las zotehuelas, y en sus ladridos hay tal violencia que se interponen a cualquier sonido. Las lentejuelas salen de una bolsa más grande y a su vez, los empaques que van a llevarlas ya separadas en pequeños grupos de cincuenta o sesenta provienen de un rollo con cortes pretraza-

dos, que a juzgar por su grosor y el polvo acumulado en el lomo, parece no tener fin. Cada tanto deposita sobre el mostrador una montaña nueva, cargando con esfuerzo notable (su vena temporal asoma entre el párpado y la sien) la bolsa del mayorista chino repleta de lentejuelas, para después escarbar entre el montón y separar las piezas útiles de las defectuosas. ¿Tiene estaciones libres?, pregunto de nuevo, y ella: tanto tiempo, en esa onda baja, tan suya. Luego vuelve a concentrarse. Utiliza el índice a una velocidad razonable, no demasiada si se tiene en cuenta que es alguien dedicada profesionalmente a utilizar el índice para separar lentejuelas: una, dos, tres: lo hace sin prisa, aunque en ocasiones las laminillas vienen unidas de fábrica y no tiene otro remedio que ocupar también el pulgar y a veces hasta el anular para dividir las. Esto resulta en un par de segundos muertos que parecen insignificantes por sí mismos, pero que una vez sumados al resto de interrupciones y distracciones que, como yo, van imponiéndose a su labor, terminan por repercutir en una cuota importante: una hora al día son siete horas por semana, y ese tiempo, en jerga laboral, es una millonada. Cuando termina de ordenar una pila de lentejuelas doradas en diez bolsas, es decir, quinientas o seiscientas unidades dispuestas en su nueva presentación, mueve la cabeza y yo marchó a la trastienda.

86.

Cuando las respiraciones irregulares de los bultos se armonizan parecen el motor de una lancha. Luego de un rato de caminar por la trastienda encuentro una estación vacía, entonces me espino la cefálica y ajusto el cinto. El cuero se achina nomás sentir el hojalateo de bienvenida. El tedioso tutorial para vakapizales embrionarios, los avisos de la Secretaría de Salud, la treta de los créditos libres a cambio del último dígito en la credencial para votar y pagar: la inabarcable sensación de libertad y confort que ofrece el paraíso frontóptico. Las

porcentuales corren por debajo, con prisa, igual que los ecos del bote saltarán. Doce pelotas en doce distintos recorridos, entreverados por una sola bolsa, y en medio los mensajes de los intermediarios que con esfuerzo organizan los uno a uno, el momio voluble, las configuraciones de idioma y los ángulos de cámara disponibles para contemplar las ajakas dibujando sus curvas desde distintas perspectivas: con la punta apenas, lanzando el pecho al vacío y extendiendo al máximo los cristales del húmero, Aña IV rescata una pelota del tambul antes de impactar, boca abajo, contra la duela; a tropezones, un canterano del Atahua reclama airadamente al réferi la decisión de restarle un punto por hacer holding: el juez, sin mirarlo, agita la cabeza con cansancio, como si conociera de antemano el comportamiento de dicho jugador o más bien, de todos los jugadores: sin conceder siquiera indagación o réplica, porque para eso es la ley, y el jovencito, casi morado de tanto aire que la rabia exige a sus pulmones, se desabrocha la cesta con la mano libre y luego, con ambas palmas al servicio de la queja, gesticulando al aire, vuelve a embestir al juez que ya ha dado media vuelta y finge no prestar atención; arriba, en la séptima, Yaguatí X, novato del año hace dos, es aplastado por Muñeco de Milpalta, quien pese a su dispersión cárnica anda en plan intratable: el gordo, según el mapa de calor, ha sacado pelotas de todos lados y con exactitud de geómetra; al fondo, en duela floja, se desarrolla un reto de parejas a pala, donde la persecución es tan vertiginosa que apenas admite uno o dos tantos de diferencia entre una y otra remontada: tan veloz es el intercambio, que parece, más bien, un complejo sistema de poleas y pistones o un ensamble filarmónico: en eso estoy, disperso entre las tantas pelotas y los tantos vakapitaris, que los puntos comienzan a aparecer sin que yo los piense ni los ordene: primero con mansedumbre, como el esbozo de un sarpullido, y ya luego en ascendente, hasta que yo mismo puedo sincronizarlos con el marcador y la columna va ensanchándose como una hilerera de hormigas culonas, rojos a la izquierda, azules del otro lado. Rojos y azules: los puntos, la premonición de los puntos,

lada, una sucesión sin desliz ni pelota me significa ganancia. A quien va a importarle la luz rosácea que alumbra la estación y deja reconocernos las jetas, cosa rarísima dado el negror que abunda en la trastienda: gano. Unos cuántos créditos al principio porque no me atrevo a jugar gordo. Eso qué importa. Ganar seduce, aunque se trate nada más de una íntima manera de aplazar la pérdida. Pero no pienso en ello. Ahora gano y pienso en ganar. En lo que se siente ganar una vez, en las caras de los otros, de los que pierden, en sus facciones irreconocibles y diminutas ante el célebre aspaviento del vencedor, porque ya lo ven, soy ajeno a la fealdad y al padecimiento: veo el dinero, los bites desparramados en la pantalla que son dinero, los numeritos que se atropellan y comienzan a subir: obviamente son dinero. Yo arriba, abotinado. Subo aunque no pueda palparlo. Subo hasta convertirme en el dinero mismo. Hay, sin embargo, entre tanta dicha, una parte íntima que vacila y considero de pronto el riesgo de que esto concluya tan rápido como comenzó. Que el don sea una circunstancia temporal y delicada o peor, que ni siquiera sea yo correspondido de cierto, y entre las imágenes que la aguja de la estación va filtrando por mi sistema circulatorio aparece una sombra que reconozco como la albina, una mancha despigmentada que es la albina, y siento nostalgia de sus monografías, de sus disquitos de colores apilados o en bolsas de cincuenta o sesenta y de los peinados que ya no voy a tallarle cuando el mundo se convierta en una alberca de tezontle. La albina advierte que va a desenchufarme de emergencia y me pide cerrar los ojos. Asiento y la aguja deja escapar un chisquetito de sangre: no lo veo pero siento su calor recorrer el largo de mi antebrazo. Cuando vuelvo a pestañear, un grupo de vakapizales me rodea y la albina sonrío. Felicidades, dice, felicidades. Luego todos comienzan a batir las palmas: primero a destiempo, poco después, nivelada la frecuencia, en un solo y jugoso aplauso. Todos cantan, me abrazan. Huelen a sudor y a merengue. Quedamos así, todos juntitos, unidos en un abrazo que dura quién sabe cuánto,

untándonos el cariño que tanto tiempo conectados a la misma fuente ha hecho germinar entre nosotros aun sin notarlo, hasta que la albina dice, no sin cierta vergüenza en la voz, una voz doble y de ribete metálico muy similar a la de la abuela, que debo largarme. Repite: debes largarte. Vienen por ti, añade un vakapizale de bisoñé. La gente de la Secretaría. Creen que hiciste trampa. Vienen por ti así que será mejor que te largues. Antes de partir, la albina me entrega un rollo enorme de papel. Canjéalo en el Cerro, aquí no contamos con los recursos suficientes. Tiene anotado, bajo el número de serie, el monto y la referencia de puntos ganados, una dirección. Es un mapa, dice, un mapa. No debía suceder esto ¿sabes? No estaba planeado. Enfilo hacia la salida y todos quieren tocarme, me tocan. Adiós, amigos, digo en voz baja, casi para mí, adiós amigos y agito la mano a modo de despedida cuando he alcanzado la puerta. Nadie contesta. La papelería luce tan vacía sin la albina. Hasta los disquitos de colores han perdido el brillo.

87.

Morgan inventaba cosas todo el tiempo. Sobre dobles y visiones. Sobre gente que aparentaba ser gente pero en realidad formaba parte de una avanzada de otro mundo. Estos seres, contaba, son los auténticos responsables de que la ciudad permanezca en pie. Nos dispusieron a emplazarla justo aquí y más tarde a habitarla. ¿O cómo te imaginas que los nativos levantaron sus templos de cantera? ¿Cómo dieron con esas formas de soles invertidos ellos solos si no contaban con otra visión del mundo que la propia? Porque en esos tiempos antes de todo, antes del tiempo incluso, no existía la mecánica tal y como ahora la conocemos, o por lo menos no en este planeta que era apenas una roca oscura y pulida sin noches ni días, sin océanos, ni mares, ni fondos marinos, sin placas, sin grietas, sin fallas, sin vegetación, sin reino fungi y sin parásitos, sin las grandes bestias que alguna vez dominaron al resto y sin los hombres que

más tarde se hicieron con todo lo que alguna vez les fue prohibido para derrocharlo apenas un instante después: una piedra oscura y pulida como el espejo de un río que aún no podía regar ninguna tierra, eso decía Morgan y eso decían también los cuadernos que Morgan construía a base de recortes de revistas y otros libros: decía que estuvieron desde entonces pero siguen estando entre nosotros, actuando como nosotros, haciéndose pasar por nosotros pero que definitivamente no lo son y por tanto hay que mantenerse alerta, y yo afirmaba con la cabeza sin saber si Morgan hablaba en serio cuando decía que un día vendrían por él para llevárselo al Noble Imperio, ya lo vería, y contestaba que sí por decir cualquier cosa, por seguir el ritmo de la charla, pero en verdad una parte de mí se negaba a creer que aquellas inteligencias superiores, mentes de otra galaxia, inventoras de prodigios y tecnología adelantada a la nuestra al menos unos cuantos siglos, podían haber sido tan perversas como para sembrarnos en el exacto punto donde dos vientos tan fuertes chocan entre sí como dos ferrocarriles fuera de control, y se lo decía así a Morgan: con estas mismas letras, quizá acomodadas de forma distinta, pero las letras y los trazos iguales, y él se carcajeaba y mostraba sus dientes chuecos, gruñía entre risotadas y me salía por la contraria, con los músculos bífidados de su lengua en tensión: que él no sabía cómo alguien tan pendejo como yo podía sacarse tantos dieces y hasta ser abandonado los lunes de acto cívico, porque esas mentes e inteligencias de las que yo hablaba tan a la ligera, las imaginaba así porque no cabían en ninguna descripción o imagen, las mentes no eran mentes en el estricto sentido de la palabra, pero utilizaba justo ésa por no tener otra más precisa a mano, y no es que no la tuviera sino que no existía, no existe. Eso decía Morgan.

88.

Tomo por Avenida del Caudillo Insigne. Hay gente afuera. Demasiada para la hora. Los uniformados han acordonado las ca-

lles. Está la gente de caballería y los granaderos. También los manifestantes. En el gran magma se hallan concentrados por igual crisálidas y magnetizados, unidos como una gran familia frente a las pantallas que mandó colocar la Secretaria de Comunicaciones y Desenfrenos en las principales plazas y esquinas de la ciudad. El presentador entrevista a un científico. Ante un ejército de micrófonos y flashes, la silla T del CONATYC asegura que el meteorito tardará al menos 65 años en impactar. Nada de qué preocuparse. Falta mucho. Muchísimo. Úchale, da tiempo hasta para que dos bichos se revelen, dice una vieja sin dientes, a mi lado. No es como decir: mañana. Lleva razón. Entonces los veo. Recargados en el cofre de un Laputa GT negro sin placas, un par de gordos lonjados por las nuca, madrinas encubiertas casi seguro, fingen no verme mientras sendos raspados de rompopé les escurren por las comisuras de la boca hasta embarrarles las papadas de azúcar y huevo. Pienso en la piedra mientras tomo rumbo, tratando de ocultarme entre la muchedumbre. Pienso en Clara y miro el boletito. Si iba a tener razón tenía que ser de esta manera. Permitiéndome ganar.

89.

Y yo juntaba, qué juntaba: palabras. Morgan no. Era el dueño y los dueños se preocupan por derrochar. Administraba los rumores de la escuela y ésa era su forma de controlarlo todo. Las palabras para él eran control y no palabras. Un par sueltas en los oídos correctos bastaban para mantenerlo al mando. Fue Morgan, estoy seguro, quien soltó el rumor de que la novicia se había matado por un lío amoroso. Así el cuento: la superiora encontró a la pareja una tarde cogiendo en el confesionario, un par de horas después de la oración vespertina. A la novicia le fue impuesta una penitencia severa y se abrió en su contra, diócesis mediante, un proceso de excomuni3n. La identidad del padre no fue revelada nunca, porque, decían o decía

Morgan, el escándalo habría sido todavía mayor. Una noche, mientras el resto del convento dormía, la novicia se ahorcó en su celda con un cíngulo. Y eso fue todo. Era norma escolar que los lunes antes de la ceremonia de honores a la bandera se oficiara misa de siete. Cada uno de los religiosos que desfilaran por nuestro patio para largar un sermón y ofrecernos obleas chopeadas en jugo de oruga abría otra posibilidad. A partir de aquel primer día de clases, cuando en el reverso de un póster de cuerpo completo de una negra con tetas como el miedo, carnosas y rotundas, hallamos la noticia sobre la muerte de la novicia, y Morgan empezó reconstruyéndola un poco cada vez que la contaba, él u otros, la misma historia pero con ligeras variaciones al principio, tomando elementos prestados de quién sabe qué sitios, plagiando, agregando, restando, dejando más tarde apenas algún indicio del relato original, volviéndonos una suma, trozo de una ficción colectiva que en un momento dado dejó de pertenecernos, si acaso nos perteneció alguna vez, y cobró vida propia, rumbo propio. A partir de entonces, de ese momento que ya no puedo definir, yo tampoco pude dejar de pensar en la novicia. En lugar de masturbarme pensando en Zuleima y en sus pezones como planetas de un sistema solar desconocido, comencé yo mismo a amartillar mi particular versión con la monja joven jadeante y húmeda, detrás de la celosía. El padre, uno de ellos o todos en algún momento, la empotraban contra el cajón de madera, levantándole el hábito con una mano y tocándole las tetas con la otra. La escena se repetía, tomando siempre a préstamo facciones y pezones de Zuleima. Pronto olvidé los posters de encueradas y no encontré otra forma de endurecerme que a oscuras, en mi cuarto, pensando en todo aquello.

90.

Esta ciudad tiene dos grandes enemigos: los perros y el viento. De los primeros hay demasiados. La siguiente epidemia vendrá

del gen canino. ¿Qué animal domesticaremos para exterminar al perro? Alguno encontraremos, me temo. Por otra parte, con el viento es imposible tratar: enturbia la mente, después la truenas. Es una masa de aire seco que sopla en los sedimentos de la cadena montañosa, al oriente, y más tarde encuentra un aire contrario casi por casualidad al bajar a la costa. De ahí viene su fuerza. Deseca las tierras, aniquila la vegetación. Anuda los nervios y luego los arranca de tajo. Por las tardes apenas se percibe un ligero zumbido en el ambiente, igual que el de los cables de teléfono mordisqueados por las ratas. Conforme avanzan las horas el viento se convierte en un bramido estático: imagino un matadero al amanecer, justo antes de que comience la repartición de carne, cuando la larga fila de puercos adelgaza, y las hormonas y el sudor y el olor a sangre provocan que los animales se descompongan en extraños crujidos frente a las máquinas. Luego el plástico y el orden. Aquí no hay eso: sólo viento. Este fenómeno se agrava durante los inviernos, cuando la ciudad queda abandonada. Los turistas condicionan la vida de estas piedras y plazas a sus desbandadas estivales. Hay años en los que el frío de febrero se extiende hasta bien entrada la primavera, y a pesar del sol y la humedad, el viento permanece en crudo. Nos dice qué hacer. Los habitantes de esta ciudad se toman muy en serio este asunto.

91.

Vuelvo de la imagen o voy hacia ella, no sé. Clara se concentra y aparece envuelta en la más reciente venganza del hambre, penúltima catástrofe de nuestra cuatro veces heroica: es primavera (justo como ahora) y la temporada de pesca ha terminado de repente. Si todo corresponde a lo esperado, en esta época del año los pescadores salen temprano al mar, pasan el día en labor y al atardecer, cuando ya han amarrado sus barcas y levantado las redes, luego de haber separado el pescado bueno y lanzado de vuelta al mar los desperdicios, se reúnen en el

malecón a perjudicarse con caña. Pero este es uno de esos años que llegan una vez cada mucho. Un año enfermo. Se levantan aún de noche: a pesar de la angustia que se entrevera en las pocas horas de sueño, la pobre dieta que las cuentas ahorcadas suministra, los interminables mítines organizados por el Sindicato, ya por ganar tiempo, por entender la pérdida, o menos probable, en un genuino gesto de dar salida al incidente. De esa forma lo nombran, el incidente, como no queriendo nombrar o nombrando desde la omisión, sin emparentarlo al hecho concreto que sugiere nuestra común historia, un incidente, dicen para darle un cuerpo acaso irregular e indefinido pero cuerpo al fin: el incidente va tomando forma bajo la pulpa seca de la palma que los guarece de la lluvia, compuesto de manera artificial y por tanto consensuada, porque su forma es el silencio ¿no?, su forma auténtica, digamos, es el silencio, así que se le nombra por los bordes, partiendo por lo que falta: primero en los gestos afligidos de los cinco o seis barqueros que se enfrentan al círculo formado por las sillas enmecatadas, en el rodeo que resulta ser su propio contorno, en el sobreentendido, a sabiendas de que todo lo que pueda conversarse u omitirse a partir de cierto momento tratará, sin remedio, sobre el incidente. Cuando la innegociable botella de caña quemada esté casi vacía y la cháchara del diario se haya agotado hace tiempo o, mejor, haya dejado de importar porque la oscuridad comienza a refrescar sobre los instrumentos ordenados y ridículos, tan secos, carentes de propósito, el incidente podrá palparse con el cuidado necesario. Ignorarlo de tajo sería casi tan vulgar como intentar darle un nombre preciso. Como querer resolverlo. Intentan, sin embargo. Y el intento es vulgar pero eleva. Evitar que la luz del día los sorprenda con pie en tierra es un primer paso, intuitivo, para salvarse. No conocen sino la vía del empeño y la superstición. Aun así son incapaces de atrapar más que unos pocos jureles jóvenes, si la jornada marcha. El resto es basura. Pasan los días y la captura está lejos de mejorar. Los primeros en rendirse son los menos experimentados: la urgencia de sal no ha calado aún en sus cuerpos

así que resuelven vender las barcazas y los fierros, luego tiran al monte o toman un autobús a la capital para probar suerte en la maquila o en las ventanillas. *La Voz del Puerto* informa: importantes incrementos en el precio del pescado. Dicen que se terminó. Que el mar se cansó al fin. Y la gente, que no sólo vive del mar sino a su servicio, entra en pánico. Hay saqueos y arden autos, igual que cuando la Secretaría de Salud negó que el bicho se hubiera salido de control. Entonces los padres y las madres, los hermanos y cualquiera que viniese al caso o no, se organizaban en grupos para insultarnos, destruir cristales y paradas de autobús mientras las cámaras se dedicaban a filmar las pancartas y las imágenes de los muertos y los desaparecidos. Fontaneros hijos de puta, gritaban, mientras nos llovía vidrio y estiércol. ¡A nosotros que levantábamos a sus hijos! El charco, para los charqueños y como es sencillo inferir, se trata de un asunto tan delicado y misterioso como el bicho. Casi al nivel de la pelota. Pues bien: incluso el Secretario de Pesca y Recursos Marinos ha renunciado al cargo. Acá la renuncia de un servidor público se ve poco. Estamos acostumbrados a que el cinismo se eternice. Sin cabeza, lógico, el cuerpo tiende a descomponerse a coletazos: nadie controla los zarpes, la seguridad de las embarcaciones, el rol marítimo ni los desplazamientos. Hasta los sindicalistas más charros comienzan a temer que sus reservas mermen antes del invierno. Uno de los pocos pescadores que ha decidido no vender sus redes sigue despertando cada día al amanecer: enrolla los sedales, limpia las agujas y calibra los aparejos. Sabe que el esfuerzo es inútil pero también está seguro de que es la única manera de no caerse muerto. Sale de casa en silencio para no levantar a su mujer, que aún duerme, y rema mar adentro. Pasa la jornada solo, en el ojo de un tifón que sólo él es incapaz de ver. Así, día tras día: sujeta la red con un palangre y espera entre las olas. El viento lo somete sin que lo note, como un golpe de conejo que, paulatino, se va instalando en su nuca. Llega un día en que al volver a casa la mujer no está. Todavía hay sol cuando emprenden el camino de vuelta: el pescador anticipa su llegada para

confirmar las sospechas que lo persiguen cada vez con mayor frecuencia. Porque las semanas en el mar sin olas las ha sobrevivido sólo pensando en diversas formas de matarla. No necesita un pretexto, pero cierta congruencia asimétrica, la misma seguridad que ha conseguido convencerlo de que la restitución es su única salida, le propone un desenlace trágico. Él no lo sabe: su mujer salió a comprar azúcar, aunque su ausencia basta para implicarla. Sin prisa, la busca por la pequeña caseta y decide esperar, satisfecho de no haberla encontrado. Habría sido un contratiempo notable dar con otra explicación. La mujer vuelve poco antes del anochecer y él está sentado sobre un sillón de lona anaranjada. Cuando la tiene en rango, se le abalanza empuñando la hoja para destripar tintorerías. Luego abandona el cuerpo en el mar. Nadie pregunta por ella. Semanas después aparece el cadáver fileteado entre las redes de otro pescador. La noticia se reproduce por la región e incluso naufraga en los diarios capitalinos durante un par de días. Mientras se esclarecen los móviles y se prorratean las culpas, ambos pescadores van a la preventiva: el que presuntamente la mató, su marido; y el que sin lugar a dudas tuvo a mal encontrarla. Luego, los reporteros foráneos se van y el mundo vuelve a olvidarse de este lugar pequeño y ampuloso. Lo curioso es que tras hallar a la mujer muerta, las corrientes comienzan a escupir peces de nuevo: ejemplares de talla asombrosa, nunca vistos. Ni siquiera hay que tirarse al charco para capturarlos. Aparecen solos a lo largo de la costa. Me olvido del asunto, hasta que un día hace muchos días (en primavera también), mientras caminamos por el malecón, Clara señala a un hombre. Está en plano secundario y segundón: opaco por su medianía y por estar parado junto a un marinero caro, en medio de la muchedumbre. El marinero caro está acompañado de un par de edecanes enviadas por una sardinera del norte, lleva unos lentes fondo de botella, gorra bordada con hilo de oro y una pulsera imantada en la muñeca. También, al cuello, una especie de gazné fabricado de una seda casi traslúcida, muy fina y con estampado exótico: dos perros mordiéndose las

colas. Está parado encima de una tarima fabricada de guacales, y su zapato náutico, recién embetunado, descansa sobre la proa de un barco enano mientras dirige un discurso hacia la multitud que lo escucha con disimulada atención. Cuando termina de hablar, el segundo le entrega una botella de vino espumoso que el marinero caro no tarda en reventar contra el casco del barquito. Las palmas del público entran a destiempo. Siento una vergüenza infinita. Ganas de desaparecer: de hundirme en el charco. Pero Clara sigue señalando: no al marinero caro sino al hombre que le pasó la botella. Ninguna marca particular, ninguna seña notable. Clara dice: salió hace unos meses de prisión. El jurado culpó al viento, agrega. Luego el Sindicato de Trabajadores del Mar lo nombró vocal y más tarde representante suplente. Si sabe moverse puede que llegue a Secretario de Pesca y Recursos Marinos durante las próximas internas. Sucede así, contesto. Clara se queda mirando el mar.

92.

Morgan desertó unos días después de recibir el alta médica. Hablaba sobre retomar el rumbo. Supe que estaba perdido porque en sus ojos brillaba el entusiasmo: un fulgor gelatinoso y distante, como el del cardumen en el mercado, estirado sobre las planchas de hielo durante las horas más caldosas de agosto. Llevaba días con aquello. Un día se fue. Ni siquiera se molestó en estampar la renuncia en tinta. Para entonces ya estaba acostumbrado a sus maneras de desaparecer: a verlo llegar y de repente irse sin apenas dar explicación de sus ausencias. Volvíamos a recoger cadáveres. Los últimos pero tan muertos como los primeros. Sucedió durante una operación de rutina en el Cerro, que con los años llegó a convertirse en el basurero CH de la Unidad Héroes del 58. En honor a la verdad, el lugar era un basurero desde entonces. Encontramos su escafandra en un contenedor a la vuelta del puesto de vigilancia. Nadie se preocupó demasiado, ni siquiera yo. Imaginé a Morgan con el

overol de asbesto anaranjado encima, corriendo entre jeringas, guantes de látex anudados por los pulgares, urinarios cubiertos de ceniza. Pensé luego, no sé qué tanto más tarde, quizá hasta ahora que vuelvo a ocupar la mente en ello después de mucho, que al echar la carrera con el antifaz, las botas de trabajo y las cintas antirreflejantes adheridas al cuerpo, Morgan habrá parecido uno de esos seres de otro mundo con los que decía contactarse. El autobús que nos transportaba a diario del cuartel al perímetro de acción y más tarde de vuelta hasta el cuartel me encontró a mitad de la calle. El conductor tocó el claxon. No quieres pasar la noche solo en un lugar como éste, dijo, y yo le contesté que faltaba un eliminador, que no podíamos irnos sin él. Pero él no sabía quién era Morgan, nunca había escuchado hablar de él. Aquella noche, al volver a la base, el supervisor de brigada leyó su nombre sólo un par de veces y luego lo tachó de la lista. Bastaron dos trazos de tinta para sepultarlo. Y Morgan dejó de existir. A los tres días de ausencia asignaron su casillero a un nuevo que no paraba de hacer preguntas. Quería saber todo sobre los túneles. Sobre la explosión, las noches allá abajo y la enfermedad. Tenía muchos cuentos en la cabeza. Sin haber recuperado la visión del todo, Kovac fingía no escucharnos. Al nuevo le habían llegado los cuentos de que sólo uno de los brigadistas había medio sobrevivido a la explosión y quería conocerlo. Contaban, dijo, que se habían ido comiendo unos a otros hasta que el último terminó por tragarse él mismo, comenzando por el brazo derecho. El nuevo estaba loco por saber. Quise decirle que no se preocupara, que la peor parte había pasado. Que la enfermedad estaba casi controlada y que la gente se muere lo mismo abajo que arriba. No pude. Le dije, en cambio, que matar ratas en los túneles y en los depósitos de cereales y en los mataderos y en los almacenes era un oficio digno como cualquiera, es más: es una manera de ser alguien en la vida, dije, y luego hablé de Morgan, el sobreviviente: sobre su visión del exterminio como una de las bellas artes, de aquella ocasión en que rompió la marca de ratas, de cómo cuando niño le robaba palomas, rositas y chifladores a

los chinos del mercado, de Zermeño, de Helguera, del Gordo Muñoz, de la colección de encueradas, de la vez que en el descanso de media mañana el Chino Okawa se atrevió a decirle algo a la Pájara sobre su madre y Morgan tuvo que arrastrarlo por el patio hasta que la cara del Chino no fue otra cosa que un plato de albóndigas embarrado en el pavimento, no porque le afectara en algo el insulto, de ninguna manera, sino más bien porque para mandar hay que establecer límites, tal vez invisibles para algunos, demarcaciones que sólo pueden presentirse o más bien adivinarse: límites que existen aún cuando permanezcan velados bajo tandas de sonrisas y palmaditas en la espalda, y por el mero hecho de existir, de simular un inicio y un final, incluso una zona amniótica en medio, son elementales, y si estos límites elementales se atraviesan, aunque sea por poco, incluso por un pelito, entonces hay que aplicar un correctivo sin importar que el infractor esté consciente de esto o resulte ser sólo un tipo distraído, que los hay así también. Kovac me miraba entrecerrando: las pestañas blancas parecían alfileres clavados en sus párpados. Quería participar. Contarle sobre los ruidos y sus avances en la teoría del furtivo lenguaje de los roedores. Pero el nuevo era todo mío. Tendría que buscar por ahí a quien guiar hasta las montañas. A otro idiota que quisiera volver. Siempre hay idiotas que ansían pegar la vuelta. Todas las historias son, en cierta medida, un regreso. Aquella noche, antes de subir a cenar, sentí de pronto cómo mi lengua presionaba su musculatura contra los dientes, empujándolos sólo un poco en dirección contraria a las encías. Tenían la consistencia de la goma y también su elasticidad. Entre cada diente el espacio crecía y mi lengua era idéntica a la de un lagarto: partida a la mitad. Encontré al nuevo otra vez a la salida del comedor. Le di alcance y lo tomé del hombro. Llevaba una charola vacía con restos de engrudo. En esto hay que tener paciencia, le dije. No sirve andar a las prisas ni adelantarse al escuchar los primeros chillidos. Si aprendes a esperar tendrás futuro: aquí cualquiera sabe cómo dinamitar un túnel pero no todos tienen la sensibilidad de aguardar el momento exacto para conducirse.

Puede que tengas talento, chico. Esto no es ningún asunto menor ¿sabes? Nos necesitan. Mantenemos esta ciudad andando. ¿Te imaginas que sería de todos ellos sin nosotros? Un montón de cuerpos apilados. Nada más. Escucha a las ratas. Cántales. Escucha cómo te cantan de vuelta. ¿Quién dice que un día no puedas tener una calle con tu nombre allá afuera?

93.

«Los perros pueden ver a colores pero no poseen una paleta cromática como la nuestra: están en penumbras. Por eso pueden ver fantasmas. También ven los terremotos».

94.

Los turistas volvieron al charco el verano siguiente, en cuanto se anunció por televisión que la epidemia estaba bajo control. Al estabilizarse la cepa no tardaron en desarrollar una vacuna. Habrá sido el viento, que afectaba también a las ratas. Terminó por destruirles la cabeza. Salimos en los periódicos. En la televisión. Nos llamaron los Flautistas de Hamelin. Pero nosotros no hicimos nada; fue el viento. Aun así fuimos vitoreados. Al viento se le culpa y es imposible premiarlo. Cuando se levantó la alerta de la Secretaría de Sanidad y todos retomaron sus vidas y regresaron a sus casas, volvieron también los problemas insignificantes con los que puede uno mortificarse cuando hay tiempo y cabeza para ello. Así el servicio de limpieza dejó de levantar niños muertos en la costa, la fosa común volvió a su acostumbrada serenidad y a nosotros nos olvidaron. Desde el día en que abandoné el traje de asbesto no he visto una sola rata en las calles.

Apunto una idea: dividir la piedra en fragmentos diminutos y utilizarlos como trampas de ruido. Este cálculo, conviene aclararlo de una vez, no proviene del azar sino de la misma matemática que rige los lances de pelota e incluso las probabilidades que surgen de cada uno de ellos. Estoy convencido de que tras la ejecución de pertinentes pruebas con corrientes de aire y prototipos a escala, podríamos determinar una fórmula que dé como resultado la distancia exacta requerida entre trampas. De este modo, el efecto de dirección en el volumen del aire que corre por las calles sería mínimo, sobre todo cuando la humedad se vuelve insoportable. Aún podrían sentirse las masas de aire caliente encontrándose, pero el estruendo se reduciría al mínimo. Las piedras troceadas, de cara a los vientos dominantes, formarían áreas resguardadas a sotavento de hasta veinte veces la altura de las palmas: un cinturón protector de quince por trescientos. Estas medidas, como puede suponerse, habrían de reducir notablemente los índices de suicidio que la región arroja en cada censo. Los éxitos científicos me procuran como recompensa una condecoración y las llaves de la ciudad. Llega entonces el bautizo de mi ser político, el ser político y sumiso que vive dentro de todos y ansía manifestarse por cualquier medio y es en realidad la fracción de nosotros que secretamente más disfrutamos. Es así: no hay vicio más atroz que la obediencia. Los muchachos del partido me candidatean para regente. Mi primer acto oficial, pienso, será erigir un monumento de granito al exterminador. A los caídos en el cumplimiento del deber, dirá en letras doradas, al pie del hombretón con el cinto cargado de cadáveres de ratas. Antes de dirigir mi penúltimo discurso, reiterado hasta el agotamiento durante la gira delegacional, un asesor muy trucha aconseja omitir mi pasado de brigadista. Dice: nadie gusta de los jiferos, camarada. Luego la mapachería y los plurinominales nos tuercen y pierdo o me dejo perder, pero el partido intercede por mi bienestar y transa con la oposición un puesto

administrativo en una dependencia más bien chica pero que incluye prestaciones, oficina con dos ventanas y diez días de asueto pagados al año. Lustros después, tras una gestión decorosa y como distinción al mérito administrativo, obtengo un bulevar con mi nombre. Es una arteria discreta en extensión y flujo. Su trazo se rompe dos veces en intersecciones arbitradas por un par de glorietas que responden, dicho sea de paso, a la voluntad del capricho por encima de cualquier consideración geométrica. Por este motivo debo consentir sus dimensiones humildes y la precariedad del decorado, que cuenta apenas con cuatro bancas de fierro, dos rampas para minusválidos y un islote central invadido por helechos. Las manzanas que componen la vertical de mi bulevar corresponden, por otra parte, a una nueva regulación en la que los ejes del emplazamiento deben quedar afianzados por las piedritas y formar ángulos de cuarenta y cinco grados con los ejes cardinales del casco antiguo. Justo donde comienza la numeración, calle abajo y de sur a norte, una lámina de bronce prepara terreno al busto que ocupará mi lugar en el mundo cuando haya desaparecido. Así se enseña historia, civismo y geografía, tres por uno, en este país: todo ciudadano próspero tiene derecho a reencarnar en monumento. Y Clara, vuelta piedritas, trampas si se quiere, colgará de cada árbol, quicio y campana de la ciudad, su aroma inundará las diagonales y su superficie protegerá mi cobre de las magulladuras del cloro, el oxígeno y el salitre. Caerán otra vez, otras veces: inundaciones, sequías, heladas, huracanes, terremotos, plagas de langostas o roedores: seguirán desplo-mándose pero no habrá nadie que se apropie el daño. Debemos temer sólo a esas partículas microscópicas pero sólidas al fin, surgidas de la desintegración mecánica de algún insumo, acaso las nubes producidas por la trituración y la pulverización de rocas o las que se formarán cuando las ráfagas de aire levanten una polvareda. Allí quedará, como prueba de la eficiencia de nuestro sistema, una cabeza con tiempo de sobra, desprovista de empeños, detenida en medio de un bulevar aislado del viento, de los compuestos de azufre y de los hombres.

Sólo Clara mantendrá esa calma intacta, en el origen mismo del bicho.

96.

Nota al pie de la idea. Quizá un presentimiento: cuando solicito que la vialidad que llevará mi nombre cuente con camellón y ese camellón posea a su vez una hilera de plátanos traídos desde Dos Bocas, el Secretario de Recursos Hidráulicos y Bienestar Social me mira con dulzura y exclama: no abuse de su suerte.

97.

A pesar de lo que su nombre implica, el Bulevar Zuleima de Garay se trata, más bien, de un paseucho con la grava suelta y bien roja. A cada paso se levanta volatizada en pequeñas explosiones de arcilla que revientan en mis botas de goma hasta empanizarlas de punta a caña. Al cielo, en cambio, le falta tintura: podría ser un amplio disolvente allá arriba, sobre las casitas de la costa, tan abandonadas. Forman un camino saltado hasta la Unidad Héroes del 58, aún borrosa a la distancia. En la imagen tiemblan fragmentos de aspa, incluso detrás de la varilla y del concreto: cada casa, todavía indistinta por la lejanía, posee su propio mecanismo refrigerante: cada casa posee un particular sonido, dependiente por completo de los materiales empleados en su construcción, el número y hábitos de sus inquilinos, y la inclinación del terreno donde se emplazan los cimientos. En un costado, la bahía. Más allá faldea un monte pelado y negruzco: el resto es tierra muerta, caminitos de ceniza y lodo entre cartolandia y llegaypón. Del templo donde hace más de mil quinientos años los naturales sacrificaban chivos, vírgenes (poquísimas), y por supuesto niños, no queda ni rastro. Un par de sexenios atrás, la Secretaría de

Fomento a la Vivienda decidió utilizar el terreno hoy conocido como El Cerro para construir una unidad habitacional de veintiocho secciones idénticas. Los afortunados que consiguieron registrarse a tiempo en el Programa de Reparto Domiciliario viven desde entonces hacinados junto a sus familiares cercanos, segundos, amigos, conocidos y subarrendatarios en alguna de las casitas unipersonales que la Secretaría de Fomento a la Vivienda colocó a disposición del empadronado responsable. Subir hasta la unidad a pie es asunto complicado. Espero así, sin suerte, a que un pesero me trepe. Espero hasta que me agoto de tanta espera y decido caminar, sobre todo por miedo a que las madrinas de la Secretaría de Caos y Azar me encuentren a la intemperie, sementado bajo la parada de lona, en plena ladera del Cerro y con el boleto de la albina encima. Conforme avanzo, frente a mí van revelándose las secciones. A lo lejos, cercada por el resto de secciones, se encuentra la CH. Sucede que la inauguración del proyecto coincidió con la derogación de la CH como cuarta letra del alfabeto oficial bajo la consigna de que, evidentemente, la CH no es una letra sino dos, y la Secretaría de Medio Ambiente tuvo que terciar para que la sección fallida fuera utilizada como basurero a fin de evitarle a Reparto Domiciliario un ridículo mayor y, al mismo tiempo, servirse del descuido para alinear rumbo con el nuevo orden verde que desde entonces sirve como credo político a un fragmento minúsculo pero ciertamente escandaloso de la ciudad. Tercera posición entre los magnetizados y las crisálidas: una fuerza de centro con visión ecológica y preocupada por el agotamiento de los recursos naturales y la técnica empleada para su consecuente renovación. Un rótulo metálico con un tucán enroscado en una enorme CH anuncia la entrada. Observo la barda: consignas y datos de la planilla verde pueden leerse a lo largo del bardeado, que da silueta y acorrala la gran montaña de desperdicios en llamas. Alrededor se levantan decenas de casas cuyos inquilinos no han dudado en acoplar, para adornarlas o simplemente sujetarlas a la roca perforada, cuanto se desprende por error del basurero. Hace

años, un documentalista capitalino intentó vender una historia, falsa a todas luces, sobre los habitantes de la sección CH que supuestamente se alimentaban del bulto de basura. Aquí no pasan esas cosas pues hay tortas para todos. De queso de puerco pero tortas al fin. Así, los vecinos del bloque CH viven en el ojo de la infección aunque tampoco pueden quejarse: tienen tortas gratis, pagan cuotas a crédito congelado y las ventanas, aunque tapiadas, apuntan hacia el charco.

98.

Voy a reunirme con los muchachos. A buscarlos. La puerta del 395-B sección CH—Unidad Héroes del 58, es de curiosa manufactura: por fuera es de latón y con el barniz suelto, idéntica en tamaño, diseño y material a la del 395-A o la del 395-C, contiguas por ambos flancos, así como también al resto de casitas repartidas en la cuadra. El barniz, que alguna vez fue verde bandera, tira ahora a un aceituna en erupción, sin posible arreglo ni manita por llegar, pudriéndose en loop a causa de las propiedades cáusticas de este aire mugre que el basurero eructa. Otro asunto: al estar chueca y demasiado chaparra para exponer algo más que el vientre de quien golpea con los nudillos o se ayuda de las uñas y un ligero tamborileo de los dedos, la mirilla incrustada, pienso, debe contar con un juego de espejos cuya función sea disfrazar el momento en que asoma el inquilino. Ese momento terrible para ambas partes, donde a uno, el que está adentro, no le queda otra opción sino abrir o enfrentar la presencia intrusa, de modo que no puede fingirse fuera o hacerse el sordo: tiene que abrir o al menos encarar, porque ha sido sorprendido oscureciendo la mirilla con su tanteo de dueño, acorazado tras lo que el otro supone como una gruesa capa de barniz saltón, y por el contrario, ese otro, el de afuera, no tiene más que esperar en el portal, sospechoso de haber visto una sombra que bien podría ser cualquier cosa, un animal, un presentimiento, balanceando el peso de su

cuerpo entre ambas piernas, mirando distraído a los lados, rascándose la mollera, y luego aproximándose, compasivo, a la conclusión de que el inquilino no está, no debe estar: o está pero no escucha, quizá bajo la regadera o jetón o con la televisión muy alta, y así la suma de alegatos consigue condonar al que está afuera, más por sentirse estorbo que por estorbar en serio: balancea, de izquierda a derecha, los huesos cansados, izquierda, derecha, sin prestar atención al tiempo que pasa, hasta que de tanta extensión ese mismo tiempo ruinoso, lleno de anchura, parece quebrarse, justo cuando asoma la sombra atrás de la mira. Ya no son sólo segundos hinchados en unidades temporales más vastas, ahora incluso el detalle ha migrado a lo sensorial: puede percibirse la respiración contenida, el pliegue membranoso del párpado agitándose cuando el de adentro cae en cuenta que las pestañas podrían delatarlo. Pero acá nadie asoma. La sombra no aparece. Toco al fin por quinta vez, ahora con cinco veces más fuerza, y aunque la puerta parece emparejada no atravieso. Por ello tampoco puedo estar seguro de que, tal y como la piedra muestra en un curioso ángulo reversible, al otro lado la misma puerta cuente con un trabajadísimo acabado en madera pulida, pinus deodara para ser exactos, un quehacer meticuloso que no defrauda la condición natural del insumo, los aromas interiores del duramen, sus propiedades gástricas, carminativas y antiespasmódicas, o los aceites esenciales que, debidamente extraídos y conservados, han de considerarse la parte mejor estimada del cedro cachemiro. Llevo el boleto de la albina a modo de contraseña. Por si alguien pregunta qué con la invasión a la propiedad privada o cuál es el asunto que me ha llevado hasta allí. Puedo sentirlos, al otro lado de sus propias puertas que son sólo metal y herrumbre: los ojos, millones de ojos como puntos azules y colorados, mirándome. Retintinea una luz por la abertura que forman los renvalsos de la puerta y el muro, como anunciando la tormenta. Entonces cruzo, despacito. Aparece el valle: el viso multicolor y distante de las banderas de plegaria, enarboladas entre la punta de los mástiles y las piedras, ondeando al viento como pájaros distraídos.

La ciudad dorada, con sus pabellones y atalayas, ¿qué habrá sido de ella? Sólo queda la nieve, tan roja y puntiaguda. Distingo líneas y algunos trazos. Cimientos. Es curioso: tras cada paso la nieve se reafirma, vuelve a organizarse como si nadie le hubiese puesto un pie encima. Habré perdido el rumbo, pienso. Será tanto tiempo de no volver. De negarme a volver. O de volver a tientas, sin saber que volvía.

-1.

A pesar de que el valle se extiende por kilómetros, la tormenta achata la visibilidad hasta que cada movimiento se vuelve prueba de fe: si separo los brazos del cuerpo (aun a riesgo de tropezar y romper el hielo, o peor aún, romperme los brazos o la cara o todo junto, me abrazo con tal de concentrar el calor de las palmas en las extremidades y viceversa, porque con la cara reventada, con un brazo reventado incluso, se puede andar pero congelado no), apenas puedo notarlos entre la densidad de los grumos que cambian de forma, tan aprisa que se vuelve imposible advertir las formas nuevas construidas al embotellarse los ventarrones y los millones de estructuras hexagonales y nervudas. Conforme la colina se pronuncia, el paso también angosta hasta quedar convertido en un desfiladero que escurre entre dos lagos de aguanieve, cuyas superficies, sin cauces ni escarceo, dan la impresión de estar hechas de pura lava seca. El glaciar que ambos tienen como emisario, aguas arriba, rojísimo también, apenas se presiente entre la densidad que proyecta la nevasca: sirve de faro cuando el tiempo es menos hostil pero ahora, dadas las circunstancias, ni siquiera alcanza a reflejar la luz inútil de un cielo que parece confeccionado en lona, y entonces avanzo guiado por los números impresos en el billete que de vez en cuando extraigo del traje aislante para cerciorarme: no sólo es imposible

seguir la ruta bajo estas condiciones meteorológicas sino que la misma ruta, el trazado, la suma topográfica, están dispuestos a una proporción ridícula, imposible de transportar del esquema a mi situación. La situación. Al palpar el lugar del cuerpo donde guardo siempre una brújula de dedo, me encuentro con que ha desaparecido, lo mismo que las provisiones, la cuerda, el piolet y los crampones. Permanezco quieto, desconcentrado por la pérdida. Luego sigo hasta dar con la grieta. Es estrecha y apenas cabría doblado en posición fetal. Introduzco una mano en la ranura y entiendo: vale la pena esperar hasta que mengüe el desastre pese a lo incómodo que pueda resultar, sobre todo porque no tengo idea de a qué altura del valle pudiera encontrarme. Pero esperar también hiela. Se va metiendo la espera en los huesos hasta que los convierte en esquirlas. Pienso en cómo el colágeno se endurece entre los cartílagos. Pienso en las articulaciones ateridas y en las laminillas óseas, sobradas de estalactitas al interior. Pienso en Clara y me quedó así, pensando en ella por un largo rato, cuando de pronto una sacudida de la tierra sobresalta la estructura que aloja la grieta. Finjo no escucharla hasta que la poca luz que se colaba por la abertura del mineral desaparece. Un eclipse, pienso. Un eclipse. Con maña de faquir saco la cabeza de mi escondite y al fin la veo venir. Una enorme ola pinta el cielo color sangre.

-2.

La imagen del hombre tirado sobre la escalinata que conduce a los cuatro umbrales del templo atraviesa con violencia mientras yo intento mantener la temperatura del cuerpo, guarecido en la hendedura y cubierto de nieve hasta el cuello. Así, el hombre que también lleva puesto un traje aislante con escafandra, está tendido de espaldas contra el mármol, los brazos abiertos, el visor empañado por la diferencia de temperatura entre organismo y exterior. Veo también el templo, desde la perspectiva del rendido y a pesar del vaho que se entromete:

el detalle del marco sobre el que se posa el ojo a medio separar, el repujado en oro y con forma de serpiente, las escamas ventrales, de buen tamaño y alargadas por los bordes que se anudan con destreza y parecen continuar el mismo patrón en el siguiente cerco, a pesar del choque y la repentina interrupción con el mármol y la tierra debajo del mármol y las capas de minerales debajo de esta corteza tan cambiada, tras infinidad de edades y estados, rupturas, movimientos, transformaciones climáticas: la serpiente, el nudo de la serpiente, es uniforme, sin apenas variación, y el hombre se reincorpora con trabajo y a su cuerpo lo atraviesa un sonido torvo: no el del magma que aún se aloja y se revuelve bajo la estructura del templo sino el ruido de sus músculos fríos volviendo al movimiento, la sangre bombeando mientras se desanudan los tejidos a causa del oxígeno invasor, un crujir como de varas secas bajo el traje aislante, las botas de goma, los guantes y la escafandra. Cuando al fin el hombre consigue ponerse de pie queda ensimismado frente a los cuatro quicios. No hay aldaba ni campana posible: percibe sólo oscuridad tras los marcos, vigilados cada uno por dos enormes efigies de piedra prieta que representan una misma deidad originaria, encuerada y con enormes tetas y pezoneras. Elije un umbral, al azar. Cree que elije uno y cree que es el azar lo que lo lleva a creer esto.

-3.

Miro al hombre agazapado en la grieta, consumido por la erupción del glaciar y recuerdo a las figuras humanas de ceniza que están sembradas por todo el Curumbay Alto. Una vez las monjas nos llevaron de excursión a los pueblos calcinados. Muy educativo el paseo, muy lindo, porque si bien los gestos de sufrimiento de las estatuas y el permanente olor a carne quemada pudieron nublar la experiencia, las figuras de ceniza son consideradas patrimonio nacional y prueba fiel de las costumbres y hábitos de una época de la que apenas se conserva poco

más. No se pueden tocar pero a la salida del tour, tras recorrer infinidad de chozas con familias petrificadas dentro, venden meñiques sueltos, encontrados entre los restos de las casas derrumbadas y que, sin cadáver querellante, se han puesto a disposición del turista. La cosecha de suvenires es inagotable: debajo de cada roca se esconde una falange. Así, los bajos del Curumbay Alto sobreviven de carnear piedra. De cierto modo, el hombre en la grieta también. Tiene el gran frío adentro. El espasmo cadavérico y su natural transformación en obra de arte son costumbres arraigadas en toda la cultura yakartinesa, tal y como muestra el fresco que adorna los muros del interminable pasillo por donde camina ahora el otro hombre, quien pocos segundos antes se adentraba —al azar— en uno de los umbrales del templo y que es observado, a su vez, por el hombre congelado en la grieta: quizá mediante alguna clase de ensoñación previa a la muerte o como parte de la conexión síquica que parece existir entre ambos. El hombre avanza y se detiene a tramos para admirar el trazado, y después de un rato de andar y detenerse, reanudar el paso y volver a estacionarse, cae en cuenta de que un solo estribillo, cuya lengua desconoce pero extrañamente entiende, se repite a lo largo del muro: *«Llegó una mujer a la Ciudad, a través de la arena»* y más adelante otra vez y otra y otra: y se repiten también las jetas que poco a poco van desprendiéndose del yeso: en llamas, heladas, atravesadas por picas, separadas de sus troncos, mártires de plagas e inaniciones: un emotivo recorrido por la historia natural del Noble Imperio, aclara una voz que lo cimbra y al principio cree surgir de sí mismo, de un interior inidentificable aunque ciertamente finito, entre el duodeno y el íleon para mayores señas, pero que en realidad proviene del bulto cubierto por un manto de seda que lo espera quieto sobre un banquito de ciprés, cuesta abajo, al fondo del pasadizo adornado con molleras en alto relieve y canecillos que soportan las vigas e intentan, estirando el cuello, pegarle un mordisco cuando pasa.

El bulto no es un bulto. Estoy al tanto. Desconozco lo que en verdad sea porque el hombre no caminó hasta allí para descubrirlo pero tampoco es complicado deducir que entre sus cualidades principales no está la de ser bulto. Además, en el instante en que apartó la vista de su objetivo éste desapareció, o mejor dicho, justo cuando comenzó a reparar en los detalles del trabajo sobre el paño liso, las hebras de colores intercaladas a cada despunte entre muchos más, los nudos encubiertos con maestría, invisibles casi, como si hubieran estado bordados desde el inicio de los tiempos, desde antes del tiempo incluso y no traídos a la vida por la mano artesana, la vitalidad de los perros hilados a punto de morderse las colas sin darse alcance, los colmillos afilados, las lenguas de fuera, larguísimas, y el círculo semiperfecto cuyo orden impone al resto del bordado un sentido espiral aunque plagado de lo que podríamos llamar semimundos o micromundos, pinches munditos, desde el exacto vacío donde confluyen ambos costillares y hasta llegar a una maraña de flores carroñeras, así de menor a mayor para luego volver a quedar limpio en los bordes; entonces perdió de vista al bulto que supuestamente se encontraba escondido. En lugar del simple callejón sin salida aparecen cuatro caminos más. El hombre examina con detenimiento sus opciones. Toma el primer pasadizo seguro de que éste lo conducirá de vuelta a la escalinata, pero al atravesar el umbral aparece, en cambio, a mitad de un patio con azulejos tuertos por tramos y una hierba parda nacida de los vértices que le alcanza las rodillas. Al girar se da cuenta de que la puerta no está por ningún lado. Sacude la cabeza, buscándola. El cuadrado que forman los cuatro muros continúa la coloración del cielo y por tanto es imposible estimar su altura, aunque de antemano parece poco propicio para la escalada. Agotado y sin posible salida, el hombre se tira al suelo. Sale del traje. Hace buen clima, casi calor. Luego de doblar el aislante y acomodarlo junto a las botas y los guantes, se queda dormido. Al principio el sueño

es pesado, sin exabruptos: un sueño de lo más cómodo, tanto así que el hombre comienza a desentenderse de su cuerpo y del sueño mismo. Un sueño al margen del sueño. Está flotando. Apenas unos centímetros sobre el piso aunque poco después ya se alza por los aires con soltura, cada vez a mayor velocidad. El cielo grisea aunque en una tonalidad reconfortante. No le provoca vértigo ni mucho menos. Cuando ha alcanzado cierta altura, los muros comienzan a desaparecer: no los rebasa pero el cemento va tornándose cristalino conforme el cuerpo asciende y la ciudad se revela a sus pies como un modelo para armar. De repente el cielo, la superficie abovedada que pensaba cielo, desaparece y queda sólo un negro espeso de donde surge, como rebanando la oscuridad, una mano enorme. Los dedos son tremendos: cada surco de las líneas dactilares parece una carretera, y la mugre entre las uñas, pantanos. El gigante, del que sólo consigue ver el antebrazo descendiendo con pesadez por la atmósfera, tampoco le provoca angustia. Incluso siente empatía por él, casi cariño, a tal grado que cuando la torpe manaza comienza a destruir las casas y los edificios, el hombre experimenta una extraña paz, como si nada de lo ocurrido tuviera que ver con él o con el mundo.

-5.

Cuando despierta, el bulto es él. Todo sigue igual en el patio, salvo por una de las esquinas del predio, donde ahora alguien ha instalado una tarima improvisada, con un pliego de terciopelo colgando de un barrote a modo de telón. Parece a punto de venirse abajo y la tela está hecha jirones. Para el hombre, competente en carpintería, es un deleite especular sobre el origen de maderas tan pobremente trabajadas. En eso está: contando anillos, comparando vetas, cuando advierte movimiento tras la cortina. Su primer impulso es acercarse aunque el mismo entusiasmo sirve para detenerlo. Sospecha de él. El entusiasmo del cuerpo, le dijeron hace mucho, nunca debe ir

ligado al entusiasmo del espíritu. Es posible separarlos, darles trato distinto. Aun así se acerca y mira. Tras los remiendos del trapo, un grupo de monjas baila alrededor de algo que parece un bulto. Serán apenas veinte, aunque dan la impresión de muchedumbre. No hay música pero la danza es una suerte de polka: se menean rápido y en parejas, a pasitos laterales, derecha-izquierda-derecha, luego en sentido contrario, sin perder el ritmo, simultáneas, izquierda-derecha-izquierda, el primero de los avances dos veces más largo y de vuelta, tacón, tacón, punta, mientras giran cada vez más de prisa y en la parte más frenética del baile pegan un saltito que las devuelve a su posición original. Entonces comienzan de nuevo.

-6.

El nuevo bulto, vaya novedad, tampoco es bulto. Se trata de una flor. El hombre que me observa, puedo intuirlo, debe pensar que soy un imbécil. Aun así me sorprendo o me hago el sorprendido, yo qué sé. La sorpresa o el amago de sorpresa no vienen de saberme observado sino del supuesto bulto, que en realidad es una flor ancha, sin hojas ni tallo: una corola partida en cinco, extendida hasta el piso del escenario y con un pequeño fruto al centro, fragante a carne podrida, cuya función es la de ser almohadón para la mujer tendida sobre los pétalos. Porque hay una mujer: también lleva puesto un hábito pero a diferencia del que portan las monjas danzantes, éste es de un blanco centellante y se amolda a ella como un guante, delineando el volumen de sus tetas. En cuanto me acerco un poco más, las monjas dejan de bailar. Al mirarlas, tan arrugadas que los pliegues de piel ni siquiera dejan asomar las facciones o los ojos, pienso en esas enormes extensiones de tierra que existieron antes de las derivas continentales. Han sobrepasado la vejez: son la vejez misma. Una franja temporal aparte. Como si el tiempo hubiera dejado de obedecer a los sistemas físicos y fuera sólo una acumulación innecesaria de piel muerta. Te

estábamos esperando Yakarta, me dice una, la más próxima. Se dividen formando dos hileras para franquearme el paso. Poco después ya puedo admirarla. Así tan liviana, la novicia se parece a Clara. Empuño las tijeras y el peine, también un rociador atado al cinto. Pero temo tocarla. Que al ponerle un dedo encima se disuelva o me disuelva yo. Les digo a las viejas que no soy capaz. Perdónenme pero no puedo. Si hago esto no voy a poder volver. Y ellas se ríen. Es lo único que tengo, lo único, trato de contestar, pero la voz no sale y de pronto tengo un mechón de la novicia en la mano izquierda. Tiene el pelo helado, tanto que lastima al tacto. Utilizo pinzas, divido en tres secciones y tomo una mecha guía, que sirve para marcar los laterales. Mis dedos se cristalizan mientras intervengo. Pero eso no le importa a las monjas, que aplauden cada tijeretazo como si se tratara de un trazo maestro, un nocaut, una pala de tierra sobre mi propio féretro. Pronto mis manos están azules de frío, el pelo de la novicia forma una pequeña montaña de escarcha negra sobre el suelo y el olor a carne podrida que desprende la flor comienza a marearme, pero las viejas bolsas de piel curtida siguen aplaudiendo: entre más corto aplauden con mayor intensidad, y caigo en cuenta de que no puedo detenerme y las monjas recomienzan el baile, derecha-izquierda-derecha, saltito, paso lateral, y yo tijereteo más rápido, más rabioso si cabe, al ritmo de sus taconazos, de sus silencios, al ritmo de los rezos entrometidos en la polka, de los ungidos que acoplan sus presencias fantasmales al dos por cuatro, y pasa mucho tiempo, no sé cuánto pero la pelambreira parece inagotable, cada vez más poblada, y mientras más corto, el vacío se agranda en consecuencia: un vacío anterior a todo, al escenario, al patio, a Yakarta entera, y pienso en esto mientras corto y corto, por no pensar en el pelo: estoy pensando no en cortar sino en ese vacío, ¿quién va a reclamarlo?, ¿dónde se localiza? De repente noto que ya nadie baila y las monjas están reunidas alrededor de la flor, rodeándonos, y tienen cubiertos en las manos, platería antigua, oxidada: Está listo el capullo, dice una en medio del pelotón, con voz metalizada (que se parece mucho a la

de la abuela) y ni bien ejecuto el tijeretazo final, se abalanzan hambrientas sobre el cuerpo y comienzan a despedazarlo. Así que esto es la necesidad. Apenas una variedad de la rabia. La dividen en pedazos gordos y se la llevan a las bocas; no la rabia, sino el cuerpo, que ya es rabia también después de todo: aun abierta en canal, la novicia no sangra, aunque un pinchazo de tenedor la hace abrir los ojos. Son de un negro piedra, piensa el hombre desde la habitación, al mismo tiempo que nota unos bichitos microscópicos salir de la flor y comenzar a alimentarse de los sobrantes. La carne que se les cae de los hocicos a las monjas servirá para crear nuevas vidas y nuevas muertes, pero yo me fijo más bien en cómo se alimentan las monjitas. En las máquinas de tragar que son ahora, a pesar de no tener dientes.

-7.

El bulto, tal y como previne, no es bulto. Cuando el hombre retira la seda (una variedad que sólo producen los capullos del vecino Camboya), encuentra una maqueta de la ciudad. Estuvo ahí, lo recuerda. Reconoce el charco, el frontón abandonado, el zócalo, la fábrica de harinas, el malecón, la unidad habitacional. Estuvo ahí pero hace mucho: tanto que a pesar de la familiaridad que le provocan los edificios modelados al detalle, apenas puede imaginarse la fisonomía de los pobladores originarios. En la maqueta están representados por chinches amaestradas que al ser descubiertas corren a esconderse al interior de las construcciones. Se trataba, según recuerda, de una civilización antigua y precaria, notable por su voracidad. Pero las chinches amaestradas no sufren. Puede verlas copulando en sus pequeñas casas. No sólo copulan: llevan a cabo actos pornográficos y obscenos. Copular es un verbo que me gusta. Es una linda manera de decir amarrar. El zumbido le machaca la cabeza al hombre. Un chasquido, más bien. Las chinches bailan, utilizan juguetes sexuales en grupo, se torturan por orificios varios. El hombre quiere tocarlas. Jugar con ellas. Pero

es torpe: en cuanto acerca su mano a la maqueta, los edificios comienzan a venirse abajo.

-8.

El bulto definitivamente no es bulto. Se trata del traje aislante desocupado, en la grieta. No humea porque la falta de enra-
recimiento paraliza su combustión. Sucede de esta manera:
como último recurso, sepultado en lo profundo de la nieve
—que no sólo bloquea los respiraderos sino comienza también
a apretujarle los órganos— el hombre desajusta su escafandra
y muere en el acto, asfixiado por la atmósfera yakartinesa,
alta en densidad (radón, 150 ppm; argón, 62.5 ppm; dióxido
de azufre, 12 ppm; helio, .8 ppm; neón, .2 ppm) y muy volátil.
Es tan letal que en los altos, por ejemplo, corren masas de gas
cuyas velocidades llegan a alcanzar 7700 kilómetros por hora,
lo cual bastaría para dar 3.5 vueltas al territorio en apenas una
hora. Ya desde la superficie, en Yakarta la presión atmosférica
es insoportable: en cuanto se halla sin la protección de la es-
cafandra, el peso de cincuenta atmosferas convierte en puré
(una mil millonésima de segundo basta) la cabeza del hombre.

-9.

El bulto no es un bulto. Soy yo. Cuando el hombre saca al
fin la seda que me tapa, se queda mirando por un rato largo.
Saca la lengua, partida en dos. Yo lo miro de vuelta y tampoco
siento nada.

-10.

El bulto fue un bulto. Los chicos no le prendieron fuego en la
última esquina del verano. No le dispararon. No lo humillaron.

No lo agarraron a patadas todos los recreos de todos los días de todos los años. No lo llevaron a la escuela militar. No lo golpearon con cinturones ni cables. No murió infectado. Sólo dejó de estar.

-11.

El bulto es un bulto. Un bulto de basura. Un bulto hediondo. Estamos sobre él Kovac, Morgan y yo. Llevamos los trajes puestos y buscamos algo entre los despojos. No sé qué pero revolvemos con urgencia. Tampoco importa. Buscamos. Es una montaña enorme: la vista no da para explorar los confines. Nosotros sólo revolvemos empaques vacíos, metales, latas, bolsas, trapos, vidrio, rines, tinas, nicas, perros muertos, niños muertos, trozos de manguera, restos de comida, botellas de plástico, escamas, lapiceros, carbón, ceniza, periódico, inodoros, envases de cartón, objetos que ya no cumplen otra función más que la de ser relleno sanitario, formar nuevas islas y territorios autónomos. Somos los padres fundadores del bulto. Los constituyentes del bulto. Ni siquiera la Secretaría de Medio Ambiente tiene injerencia en este nuevo país que, aunque gelatinoso, es todo nuestro. Además, en la cima hiede menos. Se los digo pero no atienden. Acá arriba, muchachos. No quieren atender. Cuando me ve vagar, Kovac grita y manotea. Puedo verle los ojos chuecos a través del visor. Me alegra estar con él: transmite una paz de la que sólo participan los recuerdos. Una paz de ausencia. ¿Hace cuánto no lo tenía tan cerca? Le sonrío y confío en que, detrás de la escafandra, me sonrío de vuelta. Luego, un poco más sereno, pide volver a la pesquisa. Concentración, chico, con-cen-tra-ción. Me concentro, pues. Morgan hace el ruido con la boca. Ese ruido que me enloquece. Concentración, repito en voz baja. Pero no sé qué buscamos. Podría ser cualquier cosa. Uno no siempre busca para encontrar, me digo sin convencimiento. Aun así sigo hincado con las manos sumidas en el bulto. Revuelvo otra vez.

Siento cómo atravieso las capas gelatinosas que el sol y los lixiviados han hecho prosperar. Entonces lo palpo ahí. Corrijo: aparece primero un dedo. Es morado, de niño. Primero noto el color abernjenado y luego lo toco. Un solo dedo. Pero es un dedo y suelen venir unidos a una mano o a otro dedo, al menos a un nudillo, muy pocas veces andan sueltos por ahí. Según puedo comprobar luego de despejar el área, éste es un meñique. La mano, los otros cuatro dedos, aparecen tres metros adelante. Kovac y Morgan están ocupados arrastrando el cuerpo de un gordo que se les desparrama entre los guantes y no se dan cuenta del hallazgo. Yo pienso en el bicho. Qué tontos hemos sido. No se contrae ni se contagia. Nacemos con él. Va revelándose de a poco hasta que de pronto coinciden las revelaciones de un grupo grande de personas. Dos cosas suceden entre muchas más: Morgan chasquea la lengua con mayor fuerza y velocidad, y el meñique, en apariencia rígido, resulta de idéntica consistencia que la gelatina. Ambas sensaciones, sumadas al olor a podredumbre, armonizan la excavación. Por otro lado, he de admitir que disfruto la blanda consistencia del meñique. Lo aprieto, primero con suavidad, probando su resistencia, hasta que explota entre mis propios dedos como si se tratara de un pellizco de pus. Me pone serio, la pérdida. Decido sacarlo por partes y con mayor cuidado. Primero la otra mano, la izquierda, luego el antebrazo. Cuando jalo, el hombro se desprende de la clavícula sin hacer ruido, así que resuelvo poner a un lado el húmero mientras lidio con el tronco para después armarlo con más calma cuando tenga todas las partes afuera. Esto lo he llevado a cabo miles de veces, forma parte de mi memoria corporal: sé cómo conectan los huesos entre sí y qué tejidos u órganos deberían de proteger. Puedo rearmar un cuerpo como si se tratara de un armario o una cómoda. Pero al igual que el resto de objetos que dan volumen al bulto, los miembros seccionados del niño han dejado de cumplir su función original para convertirse en una porción indeterminada de nosotros mismos. La cabeza me la encuentro por casualidad, unos metros más lejos, envuelta en una bolsa de súper.

Tampoco tiene utilidad la cabeza de Helguera: es basura, tiene una herida en la frente y lleva cosido con hilo negro un quepí en la nuca. Escucho dos golpes secos y la tierra se cimbra. Un terremoto, pienso. De pronto el chasquido se interrumpe y oigo también a un nuevo bulto caer sobre el bulto. Kovac está por adherirse a la materia blanda: el bulto se lo está tragando. Giro la cabeza y Morgan carga una piedra enorme, pulida, muy oscura. Respira agitado bajo el traje y Kovac, en el suelo, hundiéndose entre la gelatina que lo reclama, apenas puede moverse. Yo soy el siguiente. Cuando acabe con Kovac vendrá por mí. Pero su lengua no cabe en la escafandra. Su propia lengua, larguísima, autónoma, no contempla escape del aislante para desenrollarse a voluntad y comienza a hacer la rosca en su cuello. Lo veo ponerse morado poco a poco, como el cuerpo de Helguera, sin acomodo, faltante de huesos, nervios, tejidos. No puedo encontrar su forma original aunque tampoco importa. Ya nadie va a reclamarlo. Escucho el aullido de un perro. Voy de vuelta con los perros: a ese tiempo anterior a los ladridos. Morgan quiere venir también. Sabe cuál es su lugar: cada dos o tres décadas más o menos, reaparece. Tiene muchas maneras de manifestarse y por eso en este territorio nunca han podido tomarse las medidas adecuadas para hacerle frente. Morgan, Morgan, Morgan. Con sus últimas fuerzas termina por machacarle la cabeza al albino. La fuerza del golpe lo hace tambalearse y finalmente caer. Resoplando, intenta ponerse de pie. Vuelve el estremecimiento y se derrumba. Entonces arrastra su cuerpo hacia mí, sin dejar de sostener la piedra. Me pregunto entonces si habrá intentado hacer lo mismo en el túnel. Aunque, claro, aquí hay cielo. Un cielo gris interminable. Kovac deja de retorcerse. Los aullidos se multiplican aunque los perros siguen sin aparecer. Morgan, Morgan, Morgan. ¿Cómo puede acumular tanta fuerza en esos brazos flacos? Se arrastra dejando un charco de sangre. Qué lento es. Podría levantarme e intentar escapar. Pero ya estoy muy lejos. Ni atrás ni adelante. Sólo lejos.

Yakarta
se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2016
en los talleres de Offset Rebosán,
Av. Acueducto 115, Col. Huipulco Tlalpan
C.P. 14370, México, D.F.